

Estudio Expositivo de la
Epístola a los Romanos

Justos en Cristo

WARREN W. WIERSBE

Justos en Cristo

Estudio Expositivo de la
Epístola a los Romanos

Warren W. Wiersbe

Editorial Bautista Independiente

Justos en Cristo fue publicado originalmente en inglés bajo el título **Be Right**.

©

1977

SP Publications, Inc.
Wheaton, Illinois

Todas las citas bíblicas de este libro han sido tomadas de la Versión Reina-Valera (1960).

©

1983

Edición revisada 1991

Todos los derechos reservados. Está prohibida la reproducción total o parcial, ya sea mimeografiada o por otros medios, sin la previa autorización escrita de la Editorial Bautista Independiente.

EBI-WWW 525

ISBN 1-879892-06-5

Editorial Bautista Independiente
3417 Kenilworth Blvd.
Sebring, Florida 33870

CONTENIDO

Capítulo	Página
Prefacio	
1 Presto a Predicar en Roma	1
2 Cuando se Acaba la Paciencia de Dios	15
3 El Patriarca Abraham	29
4 ¡Viva Como Rey!	43
5 Morir Para Vivir	55
6 Los Creyentes y la Ley	67
7 Libertad y Realización	81
8 ¿Se Equivocó Dios?	95
9 La Justicia Equivocada	107
10 Dios No Ha Terminado Con Israel	119
11 Relaciones Correctas Producen Conducta Correcta	131
12 Cuando Hay Desacuerdos Entre Creyentes	145
13 El Hombre en Acción	159

Dedicado a

DAVID

CAROLYN

BOB y

JUDY

con el amor y aprecio
de su padre

PREFACIO

Si estás cansado de todas las cosas que andan mal en tu vida, en la vida de otros y en este mundo, entonces la epístola de Pablo a los Romanos es el libro para ti.

El tema de Romanos es “la justicia de Dios”. En esta carta Pablo nos muestra como estar bien con Dios, con nosotros mismos y con los demás. Pablo también explica cómo Dios un día hará que toda la creación esté bien y aún resolverá “el problema judío” y traerá paz a la tierra.

La epístola a los Romanos no fue escrita para espectadores religiosos. Tendrás que *pensar* a medida que vayas estudiando esta carta, pero la recompensa valdrá tus esfuerzos. Si comprendes el libro de Romanos tendrás la clave para comprender lo demás de la Biblia. Mejor aún, tendrás el secreto de una vida cristiana exitosa.

Justos en Cristo no es una explicación detallada de Romanos. Es una exposición concisa que te ayudará a comprender el mensaje principal de la carta y como aplicarlo a tu vida hoy. Después que domines este libro, podrás estudiar comentarios más detallados y confío que estarás mejor preparado para beneficiarte de estos.

Warren W. Wiersbe
Iglesia Moody, Chicago

Romanos 1:1-17

¹Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, ²que él había prometido antes por sus profetas en las santas ³escrituras, ⁴acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, ⁵que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, ⁶y por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre; ⁷entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo; ⁸a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. ⁹Primera-mente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. ¹⁰Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, ¹¹rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. ¹²Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; ¹³esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí. ¹⁴Pero no quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros (pero hasta ahora he sido estorbado), para tener también entre vosotros algún fruto, como entre los demás gentiles. ¹⁵A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor. ¹⁶Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma. ¹⁷Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. ¹⁸Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.

1

Presto a Predicar en Roma

El 24 de mayo de 1738 un misionero desanimado fue *muy en contra de su voluntad* a un servicio religioso en Londres. Aconteció un milagro allí. “A las nueve menos un cuarto”, escribió él en su diario, “sentí un extraño fervor en mi corazón. Sentí que había confiado en Cristo, sólo en Cristo, para mi salvación y estaba seguro de que él había quitado mis pecados, y que me había salvado de la ley del pecado y de la muerte”.

Ese misionero era Juan Wesley. El mensaje que oyó esa noche era el prefacio del comentario sobre la epístola a los Romanos por Martín Lutero. Apenas hacía unos meses que Juan Wesley había escrito en su diario: “Fuí a América a convertir a los indios; pero ¿quién me convertirá a mí?” Esa noche en la calle Aldersgate su pregunta fue contestada, y el resultado fue el gran avivamiento Wesleyano que inundó a Inglaterra y transformó a dicha nación.

La Epístola de Pablo a los Romanos aún está transformando vidas, tal como transformó la vida de Martín Lutero y de Juan Wesley. El pasaje principal que sacó a Lutero de una religión formal al gozo de la salvación por la gracia, por medio de la fe, fue Romanos 1:17: “Mas el justo por la fe vivirá”. La reforma protestante y el avivamiento Wesleyano fueron fruto de esta hermosa carta escrita por Pablo desde Corinto, alrededor del año 56 a. de J.C. La carta fue llevada a Roma por una de las diaconisas de la iglesia de Cencrea, la hermana Febe (Romanos 16:1).

¡Imagínese! ¡Tú y yo podemos leer y estudiar la misma carta inspirada por Dios que le dio vida y poder a Lutero y a Wesley! ¡Y el mismo Espíritu Santo que les enseñó a

Justos

ellos nos puede enseñar a nosotros! Podemos experimentar avivamiento en nuestro corazón, hogares e iglesias si el mensaje de esta carta se apodera de nosotros como lo hizo en siglos pasados con los hombres de fe.

En los primeros versículos de la carta Pablo se presenta a los creyentes de Roma. Obviamente, algunos le conocieron personalmente, ya que los saluda en el último capítulo, pero muchos no lo conocían. Así que, en los primeros 17 versículos Pablo trata de identificarse con sus lectores romanos en tres maneras.

Presenta sus credenciales (Romanos 1:1-7)

En la antigüedad el escritor de una carta siempre la comenzaba dando su nombre. Pero es posible que hubiera muchos hombres llamados Pablo en aquel tiempo, así que el escritor tenía que identificarse enseguida y convencer a los lectores que tenía derecho de enviar la carta. ¿Cuáles son las credenciales de Pablo?

Es siervo de Jesucristo (1:1a). La palabra *siervo* que Pablo usa sería significativa para los romanos porque en griego es la palabra “esclavo”. Se estima que había unos tres millones de esclavos en el imperio romano; y el esclavo era considerado como un objeto y no como una persona. En devoción amorosa Pablo se hizo esclavo de Jesucristo para ser su siervo y obedecer su voluntad.

Es apóstol (1:1b). Esta palabra significa *uno que es enviado con autoridad a una comisión*. Se aplicaba en ese tiempo a los representantes del emperador o a los emisarios del rey. Uno de los requisitos para ser apóstol era haber visto al Señor resucitado (I Corintios 9:1,2). Pablo vio a Cristo en el camino a Damasco (Hechos 9:1-9), y fue entonces que Cristo lo llamó a ser apóstol a los gentiles. Pablo recibió revelaciones divinas de Cristo que tenía que compartir con las iglesias.

Presto a Predicar en Roma

Es predicador del evangelio (1:1c-4). Cuando Pablo era rabí judío, fue apartado como fariseo para las leyes y tradiciones de los judíos. Pero cuando se rindió a Cristo, fue apartado para el evangelio y su ministerio. *Evangelio* significa “buenas nuevas”. Es el mensaje de que Cristo murió por nuestros pecados, fue sepultado y que resucitó, y que ahora puede salvar a todos los que confían en él (I Corintios 15:1-4). Es “el evangelio de Dios” (Romanos 1:1) porque tiene su origen en Dios; no fue inventado por hombres. *Es el evangelio de Cristo* (1:16) porque se centra en Cristo, el Salvador. Pablo también lo llama “el evangelio de su Hijo” (1:9), lo que indica que *Jesucristo es Dios*. En Romanos 16:25,26, Pablo lo llama *mi evangelio*. Con esto hace referencia a la atención especial que él dio en su ministerio a la doctrina de la iglesia y al lugar de los gentiles en el plan de Dios.

El evangelio no es un mensaje nuevo; fue prometido en el Antiguo Testamento comenzando con Génesis 3:15. El profeta Isafas ciertamente predicó el evangelio en pasajes como 1:18, y los capítulos 53 y 55. La salvación que hoy gozamos fue prometida por los profetas aunque ellos no entendieron bien todo lo que predicaron y escribieron (I Pedro 1:10-12).

Jesucristo es el centro del mensaje del evangelio. Pablo lo identifica como un judío, un hombre, y el Hijo de Dios. Nació de una virgen (Isafas 7:14; Mateo 1:18-25) de la familia de David, lo cual le da derecho al trono de David. Murió por los pecados del mundo, y luego resucitó de entre los muertos. Es este evento milagroso de la muerte sustituidora y la resurrección vicaria lo que constituye el evangelio; y este era el evangelio que Pablo predicaba.

Es misionero a los gentiles (1:5-7). *Misionero* es la forma latina de “apóstol—un enviado”. Tal vez había

Justos

varias iglesias en Roma y no sólo una, siendo que Pablo en Romanos 16 saluda a varias *iglesias en las casas* (16:5,10, 11,14). No sabemos con seguridad cómo comenzaron estas iglesias, pero es probable que creyentes de Roma que estuvieron presentes en el día de Pentecostés establecieron las asambleas al regresar a Roma (Hechos 2:10). Sabemos que había judíos y gentiles en dichas asambleas, ya que Pablo se dirige a ambos en esta carta (judíos: 2:17-29; 4:1; 7:1 y gentiles: 1:13; 11:13-24; 15:15-21). Las iglesias en Roma no fueron fundadas por Pedro o algún otro apóstol. Si así fuera, entonces Pablo no hubiera planeado visitar Roma, porque su propósito era predicar donde ningún otro apóstol había predicado (Romanos 15:20,21).

Nota la repetición de la palabra "llamado": Pablo fue llamado a ser apóstol; los creyentes eran llamados a ser de Jesucristo; y también eran llamados santos. (No *a ser* santos; ya *eran* santos. Un santo es uno que ha sido apartado; y aquel que ha confiado en Jesucristo ha sido apartado y, por lo tanto, es un santo.) La salvación no es algo que hacemos para Dios; es Dios quien nos llama en su gracia (II Tesalonicenses 2:13,14). Cuando confías en Cristo eres salvo por su gracia y experimenta su paz.

La comisión especial de Pablo era la de llevar el evangelio a los gentiles (la palabra "naciones" significa gentiles), y esta es la razón por la que estaba planeando ir a Roma, la capital misma del imperio. El era predicador del evangelio, y el evangelio era para todas las naciones. En realidad, Pablo estaba ansioso de ir a España con el mensaje de Cristo (Romanos 15:28).

Habiendo presentado sus credenciales, Pablo procede a forjar un segundo eslabón entre él y los creyentes en Roma.

Presto a Predicar en Roma

Expresa su interés (Romanos 1:8-15)

Es fácil entender la preocupación de Pablo por las iglesias que estableció, pero, ¿por qué se interesaría tanto en los creyentes en Roma? Era un desconocido para muchos de ellos, sin embargo quería asegurarles que estaba profundamente interesado en su bienestar. Fíjate en las evidencias del interés de Pablo.

Estaba agradecido por ellos (1:8). “Todo el mundo”—queriendo decir todo el imperio romano—sabía de la fe de los creyentes de Roma. Viajar era relativamente común entonces, y “todos los caminos llevaban a Roma”. No es sorprendente que el testimonio de la iglesia se difundiera ampliamente, y este creciente testimonio hizo más fácil el ministerio de Pablo en sus viajes misioneros, porque podía referirse a dicho testimonio, el cual salía del corazón mismo del imperio romano.

Oraba por ellos (1:9,10). Ellos ignoraban que Pablo intercedía continuamente a favor de ellos, pero el Señor estaba atento a sus oraciones. (Me pregunto, ¿cuántos conocemos a las personas que están orando por nosotros?) Uno de los anhelos de la oración de Pablo era que Dios le permitiera visitar Roma y ministrar a las iglesias. Las hubiera visitado antes, pero su obra misionera se lo había impedido (Romanos 15:15- 33). Estaba a punto de dejar Corinto para ir a Jerusalén para llevar la ofrenda recibida de las iglesias gentiles para los creyentes judíos pobres. El esperaba viajar de Jerusalén a Roma, y luego a España; y esperaba tener un viaje próspero.

Sin embargo, Pablo tuvo un viaje muy peligroso; y arribó a Roma como prisionero así como predicador. En Jerusalén fue arrestado en el templo, acusado falsamente por las autoridades de los judíos y enviado más tarde a Roma como prisionero del emperador para ser juzgado ante

Justos

César. Cuando Pablo escribió esta carta nunca se imaginó que sería preso y que naufragaría antes de llegar a Roma. En la conclusión de esta carta (15:30-33) pide a los creyentes en Roma que oren por él mientras espera el día de su viaje; ¡y qué bueno que lo hicieron!

Los amaba (1:11,12). "Deseo veros". Esta declaración manifiesta que Pablo, el gran misionero, también tenía corazón de pastor. Algunos de los santos en Roma eran muy queridos para Pablo, tales como Priscila y Aquila (16:3,4) quienes arriesgaron sus vidas por él: "la amada Pérsida" (16:12); y otros que habían trabajado y sufrido con Pablo. Pero también amaba a los creyentes que no conocía, y deseaba compartir algún don espiritual con ellos. Esperaba una ocasión futura de mutua bendición en el amor de Cristo.

Estaba en deuda con ellos (1:13,14). Como apóstol a los gentiles Pablo tenía una obligación de ministrar en Roma. Hubiera cumplido antes esa obligación, pero sus otras ocupaciones se lo habían impedido. Algunas veces Pablo fue estorbado por Satanás (I Tesalonicenses 2:17-20); pero en este caso fue impedido por la obra del Señor. Había tanto trabajo en Asia Menor y Grecia que no hallaba tiempo para ir a Roma. Pero Pablo tenía que pagar su deuda; estaba bajo las órdenes del Señor.

Los griegos consideraban bárbaros a los que no eran griegos. Empapados por siglos de filosofía, los griegos se consideraban sabios y calificaban a los demás como insensatos. Pero Pablo sentía obligación hacia *todos* los hombres, así como nosotros debemos sentir compasión por todo el mundo. Pablo no podía sentirse libre de la deuda hasta que hubiese llevado a cuántos pudiera las buenas nuevas de salvación por medio de Cristo.

Presto a Predicar en Roma

Estaba ansioso de visitarlos (1:15). Pablo estaba deseoso de ir a Roma a fin de ministrar a los creyentes allí. No era el anhelo de un turista, sino de un ganador de almas.

Después de leer estas cinco evidencias del interés de Pablo por los creyentes de Roma, estos creyentes no podían menos que dar gracias a Dios por el apóstol Pablo y su deseo de venir y ayudarles. En realidad la epístola a los Romanos, en la cual explica Pablo el evangelio que predicaba, era su carta de presentación que preparó a los creyentes para su visita. Sin duda, los falsos maestros ya habían ido a Roma a tratar de envenenar a los creyentes en contra de Pablo (ve Romanos 3:8). Algunos lo acusarían de estar en contra de la ley, otros dirían que era traidor a la nación de los judíos. Aun otros torcerían su enseñanza acerca de la gracia y tratarían de probar que enseñó una vida libertina. ¡Con mucha razón Pablo estaba ansioso de llegar a Roma! Quería compartir con ellos la plenitud del evangelio de Cristo.

Pero, ¿obraría el evangelio de Cristo en la gran ciudad de Roma como en otros lugares? ¿Tendría éxito Pablo? ¿Fracasaría? Sin duda el apóstol sintió estas objeciones, y surgieron estas preguntas en su mente, por lo cual forjó un tercer eslabón entre él y sus lectores.

Afirma su confianza (Romanos 1:16,17)

Qué testimonio: “¡Soy deudor! ¡Pronto estoy! ¡No me avergüenzo!” ¿Por qué sería Pablo tentado a avergonzarse del evangelio aun mientras contemplaba su viaje a Roma? Por un lado, el evangelio estaba relacionado con un pobre carpintero judío que fue crucificado. Los romanos no apreciaban en especial a los judíos, y la crucifixión era la forma de ejecución más baja usada con un criminal. ¿Por

Justos

qué entonces poner la fe en un judío que fue crucificado? Por otro lado, Roma era una ciudad orgullosa, y el evangelio venía de Jerusalén, la capital de una de las pequeñas naciones que Roma había conquistado. Los creyentes en aquel tiempo no pertenecían a la alta sociedad; eran gente común y aun esclavos. Roma había conocido muchos grandes filósofos y muchas filosofías; ¿por qué poner atención a una fábula acerca de un judío que resucitó de los muertos? (I Corintios 1:18-25). Los creyentes se consideraban hermanos, todos unidos en Cristo, lo cual iba en contra de la dignidad y el orgullo romano. La idea de que un insignificante judío, fabricante de tiendas, fuese a Roma para predicar tal mensaje, podría causar risa. Pero Pablo no se avergonzaba del evangelio. Confiaba en su mensaje, y nos da varias razones por las cuales no se avergonzaba.

El origen del evangelio: Es el evangelio de Cristo (1:16a). Cualquier mensaje que viniera de César captaría de inmediato la atención de los romanos. Pero el mensaje del evangelio proviene del mismo Hijo de Dios y habla de él. Al iniciar la carta a los romanos, Pablo llama este mensaje “el evangelio de Dios” (1:1). Cómo podría Pablo avergonzarse de tal mensaje cuando éste venía de Dios y su tema central era el Señor Jesucristo?

Durante los años en la escuela preparatoria me escogieron para monitor de la oficina. Los otros monitores del pasillo se sentaban en varios lugares alrededor de los edificios, pero yo tuve el privilegio de sentarme justo afuera de la oficina principal de la escuela. Se me confiaron mensajes muy importantes que tenía que comunicar a diferentes profesores y miembros del cuerpo docente, y a veces aun a otras escuelas. Créame, era divertido entrar a un salón y aun interrumpir la clase. Ningún maestro jamás

Presto a Predicar en Roma

me regañó, porque todos sabían que llevaba mensajes del director. Nunca tenía que temer o avergonzarme, porque yo sabía de dónde venían mis mensajes.

La potencia del evangelio: Es poder de Dios (1:16b). ¿Por qué avergonzarse del poder? Más que otra cosa, Roma se jactaba del poder. Grecia podía tener su filosofía, pero Roma tenía su poder. El temor de Roma cubría como una nube el imperio. ¿No eran ellos los conquistadores? ¿No estaban las legiones romanas estacionadas por todo el mundo conocido? Pero con todo su poder militar, Roma era aún una nación débil. El filósofo Séneca la llamó: “Pozo negro de iniquidad”; y el escritor Juvenal la llamó: “Drenaje asqueroso por el cual corre la escoria del imperio”.

No es necesario preguntar por qué Pablo no se avergonzaba: estaba llevando a Roma, aquella ciudad pecaminosa, el único mensaje que tiene poder para cambiar la vida de los hombres. El había visto el evangelio obrar en otras ciudades impías como Corinto y Efeso, y confiaba que también obraría en Roma. Había transformado su propia vida, y sabía que podía transformar la vida de otros. Había una tercera razón por la que Pablo no se avergonzaba.

El resultado del evangelio: Es el poder de Dios para salvación (1:16c). La palabra “salvación” tenía un tremendo significado en la época de Pablo. Su significado básico es *liberación*, y se aplicaba a la liberación personal y nacional. El emperador era visto como salvador, tal como el médico que sana de la enfermedad. El evangelio libra a los pecadores de la pena y del poder del pecado. *La salvación*, la gran necesidad de la raza humana, es un tema principal en esta carta (ve Romanos 10:1,9,10). Si los hombres y mujeres se han de salvar, tiene que ser por medio de la fe en Jesucristo como se anuncia en el evangelio.

Justos

El alcance del evangelio: “A todo aquel que cree” (1:16d). No era un mensaje exclusivo para los judíos o para los gentiles; era para todos, *porque todos necesitan ser salvos*. “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15) es la comisión de Cristo. “Al judío primeramente” no significa que los judíos sean mejores que los gentiles; porque “no hay diferencia” en la condenación o en la salvación (Romanos 2:6-11; 10:9-13). El evangelio llegó a los judíos primero en el ministerio de Cristo Jesús (Mateo 10:5-7) y bajo el ministerio de los apóstoles (Hechos 3:26). Es maravilloso tener un mensaje de poder que puede llevarse a *toda* la gente.

Dios no pide a los hombres que se *porten bien* para ser salvos, sino que *crean*. Es la fe en Cristo la que salva al pecador. La vida eterna en Cristo es un don adecuado para todos, no importa qué tan grande sea su necesidad o su rango social.

Romanos 1:17 es el versículo clave de la carta, en el cual Pablo anuncia el tema: *La justicia de Dios*. La palabra “justicia” se usa en una forma u otra más de sesenta veces en esta carta (justo, justicia, justificado). La justicia de Dios se revela en el evangelio; porque en la muerte de Cristo, Dios reveló su justicia castigando el pecado; y en la resurrección de Cristo, Dios reveló su justicia poniendo la salvación al alcance del pecador que cree. Aquí surge un problema: ¿cómo puede un Dios Santo perdonar a los pecadores y aún permanecer Santo? Esta cuestión se resuelve en el evangelio. A través de la muerte y resurrección de Cristo, Dios se manifiesta como el justo y el que justifica (Romanos 3:26).

El evangelio revela la justicia que es *por fe*. En el Antiguo Testamento, la justicia era *por obras*, pero pronto los pecadores se dieron cuenta de que no podían obedecer la ley de Dios y cumplir sus justas demandas. Aquí Pablo

Presto a Predicar en Roma

cita Habacuc 2:4: “El justo por su fe vivirá”. Este versículo se cita tres veces en el Nuevo Testamento: Romanos 1:17; Gálatas 3:11 y Hebreos 10:38. Romanos explica “el justo”, Gálatas explica “vivirá” y Hebreos explica “por la fe”. En la epístola a los Romanos hay más de 45 referencias a la fe o a la incredulidad, porque la única manera en que el pecador puede llegar a ser justo ante Dios es por la fe.

Si en este punto Pablo hubiera insertado un bosquejo de su carta, hubiera sido algo semejante al que sigue:

Tema: La Justicia de Dios

Verso Clave: “El justo por la fe vivirá”

Introducción—1:1-17

- I. **El Pecado**—*La Justicia Demandada* 1:18—3:20
 - A. Los gentiles culpables—1:18-32
 - B. Los judíos culpables—2:1—3:8
 - C. El mundo entero culpable—3:9-20
- II. **La Salvación**—*La Justicia Declarada* 3:21—5:21
 - A. La justificación declarada—3:21-31
 - B. La justificación ilustrada en Abraham—4
 - C. La justificación explicada en Adán—5
- III. **La Santificación**—*La Justicia Defendida* 6—8
 - A. Victoria sobre la carne—6
 - B. Libertad de la ley—7
 - C. Seguridad por el Espíritu—8
- IV. **La Soberanía**—*La Justicia Despreciada* 9—11
 - A. Las riquezas pasadas de Israel—9
 - B. El rechazo presente de Israel—10
 - C. La restauración futura de Israel—11
- V. **El Servicio**—*La Justicia Demostrada* 12:1—15:13
 - A. En el cuerpo de la iglesia—12
 - B. En la sociedad—13
 - C. Hacia el creyente débil—15:1-7

Conclusión: 15:8—16:27

Justos

Al estudiar la epístola a los Romanos es como si estuvieras presente en una corte de justicia. Primero, Pablo presenta a los judíos y a los gentiles de pie ante Dios y los encuentra culpables. Luego explica el modo maravilloso de Dios para obtener la salvación—la justificación por medio de la fe. En seguida, contesta a sus acusadores y defiende la salvación de Dios. “Este plan de salvación va a animar a la gente a pecar”, decían. “Es contra la misma ley de Dios”. Pero Pablo les refutó, y así explicó cómo el creyente puede experimentar victoria, libertad y seguridad.

Los capítulos 9—11 no son un paréntesis o una desviación. Había judíos romanos en la congregación y era natural que preguntaran: “¿Y qué acerca de Israel? ¿Cómo se relaciona la justicia de Dios hacia ellos en esta nueva época de la iglesia?” En estos tres capítulos Pablo da una historia completa del pasado, presente y futuro de Israel.

Entonces concluye con el resultado práctico de la justicia de Dios en la vida del creyente. Comienza con consagración a Dios (12:1,2), continúa con el servicio en la iglesia (12:3-21), y luego obediencia al gobierno (13:1-14). También les dice a los judíos y gentiles, fuertes y débiles, cómo vivir en armonía y gozo. En la conclusión (15:14—16:27) Pablo explica sus planes y saluda a sus amigos.

En resumen, el libro de Romanos enseña cómo uno puede estar bien con Dios, con otros y consigo mismo. La justicia de Dios recibida por fe hace posible que vivamos rectamente. Roma necesitaba este mensaje, y también nosotros lo necesitamos hoy día: Tú puedes ser *justo en Cristo*.

Romanos 1:18—3:20

¹⁸Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; ¹⁹porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. ²⁰Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.

(Romanos 1:18-20)

²⁶Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, ²⁷y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío. ²⁸Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen;

(Romanos 1:26-28)

¹Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo. ²Mas sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas es según verdad. ³¿Y piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo, que tú escaparás del juicio de Dios? ⁴¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento? ⁵Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios. ⁶el cual pagará a cada uno conforme a sus obras:

(Romanos 2:1-6)

2

Cuando se Acaba la Paciencia de Dios

“¡Atención, atención! ¡La corte entra en sesión!” Pablo podía haber usado esas palabras aterradoras en esta sección de su carta, porque Romanos 1:18 es la puerta que nos lleva a la sala de la corte de Dios. El tema de Romanos es la justicia de Dios, pero Pablo tenía que comenzar con la *injusticia* del hombre. Mientras que el hombre no reconozca que es pecador, no puede apreciar la salvación por gracia que Dios ofrece por medio de Jesucristo. Pablo usó el patrón bíblico básico: primero la ley y la condenación; luego la gracia y la salvación.

En esta sección, Dios hace tres declaraciones que juntas demuestran que todos los hombres son pecadores y que necesitan a Jesucristo.

El mundo gentil es culpable (Romanos 1:18-32)

El cuadro que Pablo pinta aquí es horrible. Confieso que hay en todas las grandes ciudades algunas vecindades por las cuales me desagrada andar, y las evito cuando pueda. El evitarlas no las cambia ni las elimina. La descripción divina de los pecadores no es bonita, pero no la podemos evitar. Esta porción no enseña la *evolución* (que el hombre empezó como ser inferior y llegó a ser superior), sino la *degeneración*. Empezó como ser superior, y por causa del pecado, cayó más bajo que las bestias. Hay cuatro etapas en la trágica degeneración.

Inteligencia (1:18-20). La historia de la humanidad empezó con el hombre conociendo a Dios. Esta no es la

Justos

historia de una bestia que empezó adorando ídolos, y que evolucionó a hombre que adoraba a un solo Dios. Más bien, la historia de la humanidad es lo opuesto: El hombre comenzó conociendo a Dios, pero se apartó de la verdad y rechazó a Dios. Dios se reveló al hombre por medio de la creación, en las cosas que él hizo. Por el mundo a su alrededor el hombre se dio cuenta que hay un Dios que tiene sabiduría para planear y el poder de crear. El hombre también comprendió que este creador es eterno; “su eterno poder y deidad” (v.20). Dios no podía ser creado, ya que él es el creador. Estos hechos acerca de Dios no están escondidos en la creación; al contrario, son “claramente visibles” (v.20). “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Salmo 19:1).

La palabra traducida “detienen” en el versículo 18 también se puede traducir *suprimir*. Los hombres conocieron la verdad de Dios, pero no permitieron que ésta obrara en sus vidas. La suprimieron a fin de vivir sus vidas a gusto, y no ser redargüidas por la verdad de Dios. El resultado, por supuesto, fue el rechazo de la verdad (1:21,22), y luego cambiaron la verdad por la mentira (1:25). Al fin el hombre abandonó la verdad a tal grado que llegó a ser como bestia en su manera de pensar y de vivir.

Ignorancia (1:21-23). Que el hombre conoció a Dios es evidente, pero no *quería* reconocerlo ni honrarlo como tal. En vez de estar agradecido por todo lo que Dios le había dado, el hombre rehusó darle las gracias y la gloria que le pertenecen. El hombre estaba dispuesto a usar los dones de Dios, pero no estaba dispuesto a adorarlo y alabarlos por los mismos. El resultado fue una mente vacía y un corazón oscurecido. El hombre como adorador llegó a ser el hombre filósofo, pero su sabiduría vacía sólo reveló su

Quando se Acaba la Paciencia de Dios

insensatez. Pablo resume toda la historia griega en una declaración dramática: “Los tiempos de esta ignorancia...” (Hechos 17:30). Con relación a esto, lee I Corintios 1:18-31.

Habiendo detenido la verdad de Dios y rechazado el conocimiento de la gloria de Dios, el hombre se quedó sin un dios; y el hombre es hecho de tal modo que tiene que adorar algo. Si no adora al Dios verdadero, va a adorar a un dios falso, *aunque lo tenga que fabricar él mismo*. Este hecho explica por qué el hombre está propenso a la idolatría. El hombre cambió la gloria del Dios verdadero y la sustituyó por dioses que él mismo hizo. Cambió gloria por vergüenza, incorrupción por corrupción, verdad por mentiras.

Nota que el primero en la lista de dioses falsos es *el hombre*. Esto cumplió el propósito de Satanás cuando le dijo a Eva: “Seréis como Dios” (Génesis 3:5). Satanás animó al hombre a que dijera: “Gloria al *hombre* en las alturas”. En vez de que el hombre fuera hecho a la imagen de Dios, el hombre se hizo dioses a su imagen, y luego descendió tan bajo como para adorar aves, cuadrúpedos y reptiles.

Indulgencia (1:24-27). De la idolatría a la inmoralidad hay sólo un corto paso. Si el hombre es su propio dios entonces puede hacer cualquier cosa que le plazca para satisfacer sus deseos, sin temor del juicio. Llegamos al clímax de la batalla del hombre contra la verdad cuando el hombre cambia la verdad de Dios por “la mentira” y abandona por completo la verdad. “La mentira” es que el hombre es su propio dios y que debe adorarse y servirse a sí mismo y no al creador. Fue “la mentira” la que usó Satanás en el huerto del Edén para guiar a Eva a pecar: “Seréis como Dios”. Satanás siempre ha querido recibir la

Justos

adoración que pertenece sólo a Dios (Mateo 4:8-10); y en la idolatría, él recibe esa adoración (I Corintios 10:19-21).

El resultado de esta autodeificación fue autoindulgencia; y aquí Pablo menciona un pecado común de aquellos días, el cual ha llegado a ser cada vez más prevalente en nuestros días—la homosexualidad. Este pecado es constantemente condenado en la Biblia (Génesis 18:20; I Corintios 6:9,10; Judas 7). Pablo lo clasifica como “vil” y “contra lo natural” tanto como “contra naturaleza”. No sólo los hombres eran culpables, sino que “aun sus mujeres”.

Por causa de su pecado “Dios los entregó” (1:24,26) lo cual significa que Dios les permitió seguir en sus pecados y cosechar las tristes consecuencias.

Ellos recibieron en sí mismos “la retribución debida a su extravío” (1:27). Este es el significado de Romanos 1:18: “La ira de Dios se revela desde el cielo...”. Dios reveló su ira, no enviando fuego del cielo, sino abandonando a los hombres pecaminosos a sus propios caminos lujuriosos. Pero hubo un paso más:

Impenitencia (1:28-32). Cuando el hombre comenzó a sentir las trágicas consecuencias de sus pecados, uno pensaría que se arrepentiría y buscaría a Dios; pero hizo todo lo contrario. Ya que fue abandonado por Dios, sólo se podía empeorar. El hombre no quiso tener en cuenta a Dios, así que “Dios lo entregó” esta vez a una “mente reprobada” (1:28), lo cual significa una mente que no puede juzgar con rectitud. Ahora ellos se entregan a sí mismos al pecado. Pablo menciona 24 pecados específicos, todos los cuales existen hoy. (Para otras listas, ve Marcos 7:20-23; Gálatas 5:19-21; I Timoteo 1:9,10 y II Timoteo 3:2-5.)

Pero todavía viene lo peor. Los hombres no sólo cometieron estos pecados en desafío abierto contra Dios, sino

Cuando se Acaba la Paciencia de Dios

que animaron a otros y les elogiaron cuando los cometieron. ¡A qué profundidad cayó el hombre! Empezó glorificando a Dios, pero terminó cambiando la gloria de Dios por ídolos. Empezó conociendo a Dios pero terminó rehusando tener en cuenta a Dios en su mente y en su corazón. Comenzó como la criatura más grande de Dios, hecho a la imagen de Dios, pero terminó más bajo que las bestias y los insectos, porque los adoró como sus dioses. ¿El veredicto? “No tienen excusa” (1:20).

Esta porción de las Escrituras prueba ampliamente que los paganos están perdidos. Dan Crawford, misionero británico al Africa, dijo: “Los paganos están pecando contra una torrente de luz”. Existe una desesperada necesidad de que llevemos el evangelio a todos los hombres, porque esta es la única manera en que pueden ser salvos.

El mundo judío es culpable (Romanos 2:1—3:8)

Los eruditos en materias bíblicas no concuerdan sobre a quiénes se estaba dirigiendo Pablo en Romanos 2:1-16. Algunos piensan que estaba tratando con el pagano moral que no cometió los pecados mencionados en Romanos 1:18-32, sino que procuraba vivir una vida moral. Pero me parece que Pablo se estaba dirigiendo a sus lectores judíos en esta sección. En primer lugar, su discusión sobre la ley en 2:12-16 tendría más sentido para los judíos que para los gentiles, y en 2:17 abiertamente se dirigió a su lector como “judío”. Hubiera sido una forma extraña de dirigirse si se hubiera estado dirigiendo en la primera parte del capítulo a los gentiles. No era fácil hallar a los judíos culpables, ya que la desobediencia a Dios era un pecado que no querían confesar. Los profetas del Antiguo Testamento fueron perseguidos por señalar a Israel sus pecados, y Jesús fue crucificado por la misma razón. Pablo convocó cuatro testigos para probar la culpabilidad de la nación judía.

Justos

Los gentiles (2:1-3). Seguramente que los judíos aplaudirían la condenación de los gentiles en Romanos 1:18-32. En realidad, el orgullo religioso y nacional de los judíos los animaba a despreciar a los *perros gentiles* y a no tener nada que ver con ellos. Pablo usó esta actitud juzgadora para probar la culpa de los judíos; *¡porque las mismas cosas que condenaban en los gentiles, ellos las practicaban!* Pensaban que escaparían el juicio porque eran el pueblo escogido de Dios. Pero Pablo afirma que su elección divina les hacía más responsables.

El juicio de Dios es según la verdad. El no tiene una norma para los judíos y otra para los gentiles. Cualquiera que lea la lista de pecados en Romanos 1:29-32 no puede pasar por alto el hecho de que cada persona es culpable, por lo menos, de uno. Hay *pecados de la carne* y *pecados del espíritu* (II Corintios 7:1); hay *hijos pródigos* y hay *hermanos mayores* (Lucas 15:11-32). Al condenar a los gentiles por sus pecados, los judíos en realidad se condenaron a sí mismos. Cuando señalas a alguien con un dedo, los otros tres le señalan a ti.

Las bendiciones de Dios (2:4-11). Las bendiciones que los judíos recibieron de Dios no les confirieron un trato especial, sino que les hicieron más responsables de obedecerlo y glorificarlo. En su bondad Dios le dio a Israel grandes riquezas materiales y espirituales: una hermosa tierra, una ley justa, un templo y un sacerdocio, la provi-dencia de Dios, y muchas otras bendiciones. Dios había soportado con paciencia muchos pecados y rebeliones de Israel, y les envió a su Hijo como su Mesías. Aun después que Israel crucificó a Cristo, Dios le dio a la nación como 40 años más de gracia y detuvo su juicio. No es el *juicio* de Dios el que guía a los hombres al arrepentimiento, sino la *bondad* de Dios; pero Israel no se arrepintió.

Cuando se Acaba la Paciencia de Dios

En Romanos 2:6-11 Pablo no estaba enseñando que la salvación es por el carácter o por buenas obras, sólo que Dios juzga según las obras y según la verdad. Pablo estaba tratando aquí las obras habituales de la vida de una persona, el impacto total de su carácter y conducta. Por ejemplo, David cometió algunos pecados terribles; pero el énfasis total de su vida está en su obediencia a Dios. Judas confesó su pecado y proveyó el dinero para comprar un cementerio para los extranjeros; pero el énfasis total de su vida está sobre su desobediencia e incredulidad.

La verdadera fe que salva resulta en una vida de obediencia y piedad, aunque puede haber caídas ocasionales. Cuando Dios midió las obras de los judíos, las halló tan impías como las de los gentiles. El hecho de que los judíos en ciertas ocasiones celebraban una fiesta o que guardaban el día de reposo con regularidad, no cambió el hecho de que en su vida diaria constantemente desobedecían a Dios. Las bendiciones de Dios no los guiaron al arrepentimiento.

La ley de Dios (2:12-24). La afirmación de Pablo en el versículo 11—"Porque no hay acepción de personas para con Dios"—sacudiría a los judíos porque creían que merecían un trato especial por ser el pueblo escogido de Dios. Pero Pablo explicó que la ley de los judíos sólo hizo más grande la culpa de Israel. Dios no dio la ley a los gentiles, así que no serían juzgados por la ley. En realidad, los gentiles tenían "la obra de la ley escrita en sus corazones" (Romanos 2:15). Dondequiera que vaya, uno encontrará personas con un sentido interno de lo correcto y lo incorrecto; y a este juez interior, la Biblia lo llama "conciencia". Se encuentra entre todas las culturas un sentido de pecado, un temor del juicio, y un intento de propiciar sus pecados y apaciguar cualesquiera dioses temidos.

Justos

El judío se jactaba en la ley. Era diferente de sus vecinos paganos que adoraban ídolos. Pero Pablo aclara que no era la *posesión* de la ley lo que contaba, sino la *práctica* de la ley. Los judíos veían a los gentiles como ciegos, en las tinieblas, como insensatos, inmaduros e ignorantes. Pero si Dios encontró culpables a los “des-tituídos” gentiles, cuánto más culpables eran los “privilegiados” judíos. Dios no sólo juzga de acuerdo con la verdad (2:2), y según las obras de los hombres (2:6); sino que también juzga “los secretos de los hombres” (2:16). El ve lo que hay en el corazón.

Los judíos tenían una religión de obras externas, pero carecían de la correcta actitud interna. Daban la impresión de ser morales, pero ¿qué ocurría en el corazón? La manera en que nuestro Señor acusó a los fariseos en Mateo 23 ilustra bien esta verdad. Dios no sólo ve las acciones, sino también ve los “pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12). Es posible para un judío ser culpable de robo, adulterio e idolatría (vs.21,22) aun sin que alguien le haya visto cometer dichos pecados. En el Sermón del Monte se nos enseña que tales pecados pueden ser cometidos en el corazón.

En vez de glorificar a Dios entre los gentiles, los judíos lo deshonraron; y Pablo citó Isaías 52:5 para probarlo. Los gentiles paganos tenían contacto diario con los judíos en los negocios y otras actividades y no fueron engañados por la devoción de los judíos por la ley. La misma ley que pretendían obedecer sólo los acusaba.

La circuncisión (2:25-29). Esta fue la gran señal del pacto, y comenzó con Abraham, el padre de la nación judía (Génesis 17). Para los judíos los gentiles eran “perros incircuncisos”. La tragedia es que los judíos confiaban en esta señal física en vez de la realidad espiritual que

Cuando se Acaba la Paciencia de Dios

representaba (Deuteronomio 10:16; Jeremías 9:26; Ezequiel 44:9). Un verdadero judío es aquel que ha tenido una experiencia *interna* en el corazón, y no sólo una operación física. La gente hoy también comete el mismo error acerca del bautismo y la cena del Señor, o aun en relación con ser miembro de una iglesia.

Dios juzga según *los secretos de los corazones* (ve Romanos 2:16), así que no se impresiona con meras formalidades externas. Un gentil obediente sin ser circuncidado sería más aceptable que un judío desobediente circuncidado. En realidad, el judío desobediente convierte su circuncisión en *incircuncisión* ante los ojos de Dios, porque Dios mira el corazón. Los judíos se alababan por su obediencia a la ley, pero la cosa importante no era la alabanza de los hombres, sino “la alabanza... de Dios” (v.29). Al recordar que el nombre *judío* viene del nombre *judá* que significa *alabanza*, entonces esta declaración tiene un nuevo significado (Génesis 29:35; 49:8).

Todos los cuatro testigos de Pablo concuerdan: Los judíos eran culpables ante Dios. En Romanos 3:1-8, Pablo hace un resumen del argumento y refuta a aquellos judíos que trataban de debatir con él. Ellos presentaron tres preguntas. (1)“¿Qué ventaja hay en ser judío?” Respuesta: En todas maneras, especialmente en poseer la Palabra de Dios. (2)“¿La incredulidad de los judíos invalida la fidelidad de Dios?” Respuesta: En lo absoluto, más bien la establece. (3)“Si nuestro pecado hace resaltar su justicia, ¿cómo nos puede juzgar?” Respuesta: No hacemos el mal para que venga el bien. Dios juzga al mundo justamente.

El mundo entero es culpable (Romanos 3:9-20)

La tercera declaración era obvia porque Pablo había probado que ambos, judíos y gentiles, eran culpables ante

Justos

Dios. Enseguida declaró que todos los hombres eran pecadores y lo demostró con varias citas del Antiguo Testamento. Nota la repetición de las palabras “no hay” y “todos”, las cuales afirman la universalidad de la culpa humana.

La primera cita era del Salmo 14:1-3. Este Salmo comienza con: “Dice el necio en su corazón: No hay Dios”. En la versión hebrea la palabra “hay” no se encuentra, lo cual indica que la añadieron los traductores. Así que, la oración puede leerse así: “Dice el necio en su corazón: No, Dios”. Este es un paralelo de la degeneración del hombre descrita en Romanos 1:18-32, porque todo comenzó con el hombre diciendo ¡No! a Dios.

Estos versículos indican que todo el ser interior del hombre es controlado por el pecado; su *mente* (no hay quien entienda), su *corazón* (no hay quien busque a Dios), y su *voluntad* (no hay quien haga lo bueno). Medido por la justicia perfecta de Dios, no hay ser humano sin pecado. Ningún pecador busca a Dios. Por lo tanto, Dios tiene que buscar al pecador (Génesis 3:8-10; Lucas 19:10). El hombre se ha descarriado y ha llegado a ser inútil para Dios y para sí mismo. Las parábolas de nuestro Señor en Lucas 15 lo ilustran perfectamente.

En los versículos 13-18 Pablo nos da un estudio completo de rayos-x del pecador perdido. Sus citas son las siguientes: 13a—Salmo 5:9; 13b—Salmo 140:3; 14—Salmo 10:7; 15-17—Isaías 59:7,8; 18—Salmo 36:1. Para tener el impacto completo es necesario leer estos textos con sus contextos.

Los versículos 13 y 14 hacen hincapié en el habla humana: la garganta, la lengua, los labios y la boca. La relación entre las palabras y el carácter se ve en Mateo 12:34: “Porque de la abundancia del corazón habla la boca”. El pecador está muerto espiritualmente por natu-

Quando se Acaba la Paciencia de Dios

raleza (Efesios 2:1-3); por lo tanto sólo muerte puede salir de su boca. La boca condenada por Dios puede convertirse y proclamar que *Jesucristo es el Señor* (Romanos 10:9,10). “Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado” (Mateo 12:37).

En los versículos 15 y 16 Pablo describe los pies del pecador. Tal como sus palabras son engañosas, así sus pies son destructivos. Los pies del creyente son calzados con el apresto del evangelio de paz (Efesios 6:15); pero el pecador perdido lleva muerte, destrucción y miseria a dondequiera que vaya. Es posible que estas tragedias no ocurran inmediatamente, pero es inevitable que vengan. El pecador perdido va por el camino ancho que lleva a la perdición (Mateo 7:13,14). El necesita arrepentirse, confiar en Jesucristo, y tomar el camino angosto que lleva a la vida.

El versículo 17 trata acerca de la mente del pecador: No conoce el camino de la paz de Dios. Esto es lo que hizo llorar a Jesús en el camino a Jerusalén (Lucas 19:41-44). El pecador no quiere conocer la verdad de Dios (Romanos 1:21,25,28); prefiere creer la mentira del diablo. El camino de la paz de Dios es por medio de Jesucristo: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1).

En el versículo 18, en el cual se cita el Salmo 36:1, se describe el orgullo arrogante del pecador: “No hay temor de Dios delante de sus ojos”. Se debe leer todo el Salmo para tener un cuadro completo. La ignorancia mencionada en Romanos 3:17 es causada por el orgullo del versículo 18; porque “El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Proverbios 1:7).

Estas citas de la ley de Dios, las Escrituras del Antiguo Testamento, nos guían a una conclusión: *¡El mundo entero*

Justos

es culpable ante Dios! Puede ser que haya quienes quieran argumentar, pero toda boca es cerrada. No hay debate ni defensa. El mundo entero es culpable; judíos y gentiles. Los judíos están condenados por la ley de la cual se jactaban, y los gentiles están condenados a base del testimonio de la creación y de la conciencia.

La frase “ya que” en el versículo 20 significa *porque* y da la razón por la cual el mundo entero es culpable. Ninguna carne puede obedecer la ley de Dios y ser justificada (declarada justa) ante sus ojos. Es cierto que “los hacedores de la ley serán justificados” (Romanos 2:13), *¡pero nadie puede hacer lo que la ley demanda!* Esta incapacidad es una manera por la que los hombres se dan cuenta de que son pecadores. Cuando tratan de obedecer la ley de Dios, fallan miserablemente, y necesitan clamar por la misericordia de Dios. Ni los judíos ni los gentiles pueden obedecer la ley de Dios; por lo tanto, Dios tiene que salvar a los pecadores en otra manera. Pablo se ocupa en el resto de la carta explicando esa manera de salvación.

La mejor manera de concluir esta sección es hacer dos preguntas sencillas. ¿Te estás jactando de tu propia justicia y defendiéndote ante Dios? Si es así, entonces quizá nunca has sido salvo por la gracia de Dios. Sólo cuando permanecemos en silencio ante Dios como pecadores, él nos puede salvar. Mientras nos defendamos y nos ensalcemos, no podemos ser salvos por la gracia de Dios. El mundo entero es culpable ante Dios—y esto nos incluye a ti y a mí.

Romanos 3:21—4:25

²¹Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; ²²la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, ²³por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, ²⁴siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, ²⁵a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, ²⁶con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús. ²⁷¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe.

(Romanos 3:21-27)

¹³Porque no por la ley fue dada a Abraham o a su descendencia la promesa de que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe. ¹⁴Porque si los que son de la ley son los herederos, vana resulta la fe, y anulada la promesa. ¹⁵Pues la ley produce ira; pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión. ¹⁶Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros ¹⁷(como está escrito: Te he puesto por padre de muchas gentes) delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen.

(Romanos 4:13-17)

3

El Patriarca Abraham

El tema de Pablo en la segunda sección de esta carta es *la salvación—la justicia declarada*. Ya había probado que todos los hombres son pecadores; enseguida va a explicar cómo pueden ser salvos. El término teológico para esta salvación es *justificación por fe*. La justificación es el acto de Dios por el cual declara justo en Cristo al pecador creyente, a base de la obra consumada de Cristo en la cruz. Cada parte de esta definición es importante, así que debemos considerarla con cuidado.

Para comenzar, la justificación es un *acto*, no un proceso. No hay niveles de justificación; cada creyente tiene la misma posición justa ante Dios. También, la justificación es algo que *Dios* hace, no el hombre. Ningún pecador puede justificarse a sí mismo ante Dios. Todavía más importante es el hecho de que Dios no nos *hace* justos, sino que nos *declara* justos. La justificación es un asunto legal. Dios pone la justicia de Cristo en nuestra cuenta en lugar de nuestra propia pecaminosidad; y esta cuenta nunca puede ser alterada.

No confunda la justificación con la santificación. La santificación es el proceso por el cual Dios hace al creyente más y más como Cristo. La santificación puede cambiar de día en día. La justificación nunca cambia. Cuando el pecador confía en Cristo, Dios lo declara justo, y tal declaración nunca será derogada. Dios nos mira y nos trata como si nunca hubiéramos pecado.

Pero, ¿cómo puede un Dios santo declarar justos a los pecadores? ¿Es la justificación sólo una *idea ficticia* sin fundamento real? En esta sección de Romanos Pablo

Justos

contesta estas preguntas en dos maneras. Primero, explica la justificación por la fe (3:21-31); y luego, ilustra la justificación por la fe por medio de la vida de Abraham (4:1-25).

La Justificación Explicada (Romanos 3:21-31)

“Pero ahora... se ha manifestado la justicia de Dios” (Romanos 3:21). Dios reveló su justicia en diferentes maneras antes de la revelación completa del evangelio; por medio de su ley, sus juicios contra el pecado, sus apelaciones por medio de los profetas, y sus bendiciones sobre los obedientes. Pero en el evangelio, una nueva clase de justicia ha sido revelada (Romanos 1:16,17); y las características de esta justicia se explican claramente en esta sección.

Aparte de la ley (3:21). Bajo la ley del Antiguo Testamento, la justicia vino por medio de *la conducta* del hombre; pero bajo el evangelio, la justicia viene por *el creer*. La ley misma revela la justicia de Dios, porque la ley es santa, justa y buena (Romanos 7:12). Además, la ley testificó de esta justicia del evangelio aunque no podía proporcionarla. Comenzando con Génesis 3:15 y continuando a través de todo el Antiguo Testamento, se da testimonio acerca de la salvación por la fe en Cristo. Los sacrificios del Antiguo Testamento, las profecías, los tipos, y los grandes pasajes del evangelio (tales como Isaías 53), testifican acerca de esta verdad. La ley podía testificar de la justicia de Dios, pero no la podía proporcionar al pecador (ve Gálatas 2:21).

Por medio de la fe en Jesucristo (3:22a). La fe sólo es buena cuando su objeto es bueno. Todos confían en algo, aunque sea en sí mismos; pero el creyente confía en Cristo. La justicia de la ley es una recompensa por las obras. La

El Patriarca Abraham

justicia del evangelio es un don por medio de la fe. Muchos dicen: “Yo creo en Dios”. Pero esto no salva. Es la fe personal en Jesucristo lo que salva y justifica al pecador perdido. Aun los demonios creen en Dios y tiemblan; sin embargo, esto no los salva (Santiago 2:19).

Para todos (3:22b,23). Dios dio la ley a los judíos, no a los gentiles; pero las buenas nuevas de salvación por Cristo se ofrecen a todos. Todos pueden ser salvos. No hay diferencia entre judíos y gentiles cuando se trata del juicio. “Por cuanto todos pecaron, y no están alcanzando la gloria de Dios” (traducción literal de Romanos 3:23). Dios declaró a todos los hombres culpables a fin de ofrecer a todos su don gratuito de salvación.

Por gracia (3:24). Dios tiene dos clases de atributos: *absolutos* (lo que él es en sí mismo), y *relativos* (cómo él se relaciona con el mundo y la humanidad). Uno de sus atributos absolutos es amor: “Dios es amor” (I Juan 4:8). Cuando Dios relaciona ese amor con nosotros, llega a ser *gracia y misericordia*. Dios en su misericordia no nos da lo que merecemos, y Dios en su gracia nos da lo que no merecemos. La palabra griega para *gratuitamente* se traduce en Juan 15:25 “sin causa”. Somos justificados *sin causa*. No hay razón (causa) en nosotros para que merezcamos la salvación de Dios. Es todo por gracia.

A gran costo para Dios (3:24b,25). La salvación es gratuita, pero no barata. Tres palabras expresan el precio que Dios pagó por nuestra salvación: propiciación, redención y sangre. En términos humanos *propiciación* significa aplacar la ira de alguien que está airado. Comúnmente esto se hace con una dádiva. Pero esto no es su significado en la Biblia. *Propiciación* significa satisfacer la santa ley de Dios, el cumplimiento de sus justas demandas, a fin de que Dios pueda perdonar gratuitamente a los que acuden a

Justos

Cristo. La palabra *sangre* nos dice cuál fue el precio. Cristo tuvo que morir en la cruz a fin de satisfacer la ley y justificar a los pecadores perdidos.

La mejor ilustración de esta verdad es el día de la expiación de los judíos, el cual se describe en Levítico 16. Dos machos cabríos eran presentados en el altar, y uno era escogido para el sacrificio. Este animal era muerto y su sangre era llevada al lugar santísimo y rociada sobre el propiciatorio, la cubierta de oro que estaba sobre las dos tablas de la ley que estaban dentro del arca. La sangre derramada satisfizo (temporalmente) las justas demandas del Dios Santo.

Luego el sacerdote ponía las manos sobre la cabeza del otro macho cabrío y confesaba los pecados del pueblo. Luego el macho cabrío era llevado al desierto donde era soltado, simbolizando de esta manera que nuestros pecados fueron alejados. “Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones” (Salmo 103:12). En el período del Antiguo Testamento la sangre de los animales nunca pudo quitar el pecado; sólo lo podía cubrir hasta que Jesús viniera y comprara una salvación completada. Dios *pasó por alto* los pecados pasados (Romanos 3:25) sabiendo que su Hijo vendría y terminaría la obra. Por su muerte y resurrección habría *redención*—la compra y la liberación del pecador.

El famoso predicador, Campbell Morgan, estaba tratando de explicar *la salvación gratuita* a un trabajador de una mina de carbón, pero el hombre no podía entender. —Tengo que pagar por ella, —argüía. Con una percepción divina relampagueante el Sr. Morgan preguntó: —¿Cómo bajó esta mañana a la mina? —Pues, fue fácil, sólo entré al ascensor, y bajé, —respondió el hombre.

El Patriarca Abraham

Luego Morgan preguntó: —¿No fue eso demasiado fácil? ¿No le costó algo?

El hombre dijo: —No, no me costó nada; pero debe haber costado mucho a la compañía instalar el ascensor. —Al fin el hombre comprendió la verdad: —A *mi*, no me cuesta nada ser salvo, pero a *Dios* le costó la vida de su Hijo.

En justicia perfecta (3:25,26). Dios tenía que ser perfectamente consistente consigo mismo. No podía quebrantar su propia ley o violar su propia naturaleza. “Dios es amor” (I Juan 4:8), y “Dios es luz” (I Juan 1:5). Un Dios de amor quiere perdonar a los pecadores, pero un Dios de santidad tiene que castigar el pecado y mantener su ley justa. ¿Cómo puede ser Dios “justo y el que justifica”? La respuesta está en Jesucristo. Cuando Jesús sufrió la ira de Dios por los pecados del mundo, satisfizo completamente las demandas de la ley de Dios, y *también cabalmente manifestó el amor de Dios*. Los sacrificios de animales nunca quitaron el pecado; pero cuando Jesús murió, la eficacia de su sacrificio se extendió aun hasta Adán y borró aquellos pecados. Ninguno (incluyendo a Satanás) puede acusar a Dios de ser injusto por haber pasado por alto los pecados del tiempo del Antiguo Testamento.

Para establecer la ley (3:27-31). Por causa de sus lectores judíos, Pablo quería decir más acerca de la relación del evangelio con la ley. La doctrina de la justificación por la fe no está en contra de la ley, porque establece la ley. Dios obedeció su propia ley al elaborar el plan de la salvación. Jesús en su vida y muerte cumplió completamente las demandas de la ley. Dios no tiene dos maneras para salvar, una para los judíos y otra para los gentiles; porque él es un solo Dios. El es consistente con su propia

Justos

naturaleza y con su ley. Si la salvación fuera por la ley entonces los hombres podrían jactarse; pero ya que la salvación viene por medio de la fe, es imposible que el hombre se jacte. El nadador cuando es salvado de ahogarse no hace alarde de que confió en el salvavidas. ¿Qué más podía hacer? Cuando un pecador cree y es justificado por la fe, éste no se puede jactar de su fe, pero sí, puede gloriarse en el maravilloso Salvador.

En Romanos, capítulos 4 al 8, Pablo explica cómo el gran plan de Dios para la salvación está en completa armonía con las Escrituras del Antiguo Testamento. Comenzó con el padre de la nación judía, Abraham.

La Justificación Ilustrada (Romanos 4:1-25)

Los judíos creyentes de Roma podían haber preguntado de inmediato: “¿Cómo se relaciona esta doctrina de justificación por medio de la fe con nuestra historia? Pablo, tú dices que esta doctrina es testificada por la ley y por los profetas. ¿Y qué acerca de Abraham?”

Pablo aceptó el reto y explicó cómo fue salvo Abraham. Fue llamado “nuestro padre”, refiriéndose principalmente a que los judíos son descendientes de Abraham según la carne. Pero en el versículo 11 Abraham fue llamado “padre de todos los creyentes”, lo que significa todos los que han confiado en Cristo (ve Gálatas 3:1-18). Pablo afirma tres hechos importantes acerca de la salvación de Abraham para probar que la experiencia espiritual del patriarca fue semejante a la de los creyentes en la actualidad.

Fue justificado por la fe, no por obras (4:1-8). Pablo citó dos testigos para probar su afirmación: Moisés (Génesis 15:6) y David (Salmo 32:1,2). En los versículos 1-3 Pablo examinó la experiencia de Abraham, la cual se encuentra en Génesis 15. Abraham había derrotado a los

El Patriarca Abraham

reyes (Génesis 14) y se preguntaba si regresarían a pelear contra él. Dios le apareció y le aseguró que él era su escudo y que su “galardón sería sobremanera grande”. Pero lo que Abraham más anhelaba era un hijo para ser su heredero. Dios le había prometido un hijo, pero aún no se cumplía la promesa.

Fue entonces cuando Dios le dijo que mirara las estrellas. “Así será tu descendencia” Dios le prometió; y Abraham creyó la promesa de Dios. La palabra hebrea “creyó” significa “decir amén”. Fue esta la fe que le fue contada por justicia.

La palabra “contado” en Romanos 4:3 es una palabra griega que se usa 11 veces en este capítulo y se traduce “contada” (vs.3,5,9,10,11,22,23,24); “cuenta” (v.4); “atribuye” (v.6); e “inculpa” (v.8). Cuando alguien trabaja gana un salario y ese dinero es puesto en su cuenta. Pero Abraham no obró para ganar su salvación; sencillamente confió en la palabra de Dios. Fue Jesucristo quien hizo la obra en la cruz, y su justicia fue puesta a la cuenta de Abraham.

El versículo 5 hace una declaración sorprendente: ¡Dios justifica *al impío!* La ley decía: “No justificaré al impío” (Exodo 23:7). A los jueces del Antiguo Testamento se les ordenó: “absolverán al justo, y condenarán al culpable” (Deuteronomio 25:1). Cuando Salomón dedicó el templo le pidió a Dios que condenara al impío y que justificara al justo (I Reyes 8:31,32). Pero Dios justifica al impío *porque no hay piadoso para que él lo justifique*. El cargó nuestros pecados a la cuenta de Cristo a fin de poner la justicia de Cristo en nuestra cuenta.

En los versículos 6-8 Pablo usó a David como testigo, citando uno de los Salmos de confesión de David, después de su terrible pecado con Betsabé (Salmo 32:1,2). David

Justos

hizo dos maravillosas afirmaciones: (1) que Dios perdona los pecados y atribuye justicia sin obras, (2) que Dios no inculpa de pecado. En otras palabras, una vez justificados, nuestro registro contiene la justicia perfecta de Cristo y *nunca más puede contener nuestros pecados*. Los creyentes pecan, y estos pecados necesitan ser perdonados si hemos de tener comunión con Dios (I Juan 1:5-7); *pero estos pecados no son retenidos contra nosotros*. Dios tiene un registro de nuestras obras a fin de recompensarnos cuando Cristo venga; pero no está guardando un registro de nuestros pecados.

Fue justificado por gracia, no por la ley (4:9-17). Como ya hemos visto, los judíos se jactaban de la circuncisión y de la ley. Si un judío quería llegar a ser justo ante Dios, tenía que circuncidarse y obedecer la ley. Pablo ya había aclarado en Romanos 2:12-29 que debe haber una obediencia *interna* a la ley, y una “circuncisión del corazón”. Las meras observancias externas nunca pueden salvar al pecador.

Pero Abraham fue declarado justo cuando era incircunciso. Desde el punto de vista judío, Abraham era un gentil. Abraham tenía 99 años de edad cuando fue circuncidado (Génesis 17:23-27). Ya habían pasado más de 14 años desde los eventos de Génesis 15. La conclusión es obvia: La circuncisión no tiene nada que ver con la justificación.

Entonces, ¿por qué fue dada la circuncisión? Era una señal y un sello (Romanos 4:11). Como señal, era evidencia de que Abraham pertenecía a Dios y de que creía su promesa. Como sello, le recordaba que Dios le había hecho una promesa y que la cumpliría. Los creyentes en la actualidad son sellados con el Espíritu Santo de Dios (Efesios 1:13,14). También han experimentado una circuncisión espiritual en el corazón (Colosenses 2:10-12); no

El Patriarca Abraham

solo una pequeña operación física, sino el despojamiento de la vieja naturaleza por medio de la muerte y resurrección de Cristo. La circuncisión no le añadió nada a la salvación de Abraham; solamente testificó de ella.

Pero también Abraham fue justificado antes de que la ley fuera dada, y esto lo discute Pablo en los versículos 13 al 17. Aquí, la palabra clave es “promesa”. Abraham fue justificado por creer la promesa de Dios, no por obedecer la ley de Dios; porque la ley de Dios no había sido aún dada por medio de Moisés. La promesa a Abraham le fue dada por la pura gracia de Dios. El no la ganó ni la merecía. Así hoy, Dios justifica a los impíos porque creen su promesa de gracia, y no porque obedecen su ley. La ley no fue dada para salvar a los hombres, sino para mostrarles que necesitan ser salvos (Romanos 4:15).

El hecho de que Abraham haya sido justificado por gracia y no por la ley prueba que la salvación es para todos. Abraham es el padre de todos los creyentes, ya sean judíos o gentiles (Romanos 4:16; Gálatas 3:7,29). En vez de que los judíos se quejen porque Abraham no se salvó por la ley, deben regocijarse porque la salvación de Dios está al alcance de todos, y de que Abraham tiene una familia espiritual (todos los verdaderos creyentes), así como una familia natural (la nación de Israel). Pablo vio esto como el cumplimiento de Génesis 17:5, “Te he puesto por padre de muchedumbre de gentes”.

Fue justificado por el poder de la resurrección, no por esfuerzos humanos (4:18-25). Estos versículos son una amplificación de una frase del versículo 17, “el cual da vida a los muertos”. Pablo vio el rejuvenecimiento del cuerpo de Abraham como un cuadro de la resurrección de los muertos; y luego lo relacionó con la resurrección de Cristo.

Justos

Una de las razones por las que Dios demoró en enviar un hijo a Abraham y a Sara fue para permitir que toda su fuerza natural decayera y luego desapareciera. Era inconcebible que un hombre de 99 años pudiera engendrar un hijo en la matriz de su esposa de 89 años de edad. Desde el punto de vista reproductivo ambos estaban ya muertos.

Pero Abraham no andaba por vista; el andaba por fe. Lo que Dios promete, lo cumple. Todo lo que tenemos que hacer es creer. La fe inicial de Abraham, según se relata en Génesis 15, no disminuyó en los años siguientes. En Génesis 17 y 18 Abraham era *fuerte en la fe*. Fue esta fe la que le dio fortaleza para engendrar un hijo en su vejez.

La aplicación a la salvación es clara: Dios tiene que esperar hasta que el pecador esté *muerto* e incapacitado para ayudarse a sí mismo antes de manifestar su poder salvador. Mientras el pecador perdido piense que por sus propias fuerzas puede hacer obras que agraden a Dios, no puede ser salvo por gracia. Cuando Abraham reconoció que estaba *muerto*, el poder de Dios obró en su cuerpo. Cuando el pecador confiesa que está espiritualmente muerto e incapacitado de ayudarse a sí mismo, es cuando Dios lo puede salvar.

El evangelio es “poder de Dios para salvación” (Romanos 1:16) porque Cristo resucitó de entre los muertos. Romanos 4:24 y 10:9,10 son pasajes paralelos. Jesucristo *fue entregado a morir por causa de nuestras transgresiones, y resucitado por causa de nuestra justificación* (traducción literal de Romanos 4:25). Esto significa que la resurrección de Cristo es la prueba de que Dios aceptó el sacrificio de su Hijo, y que ahora los pecadores pueden ser justificados sin que Dios viole su propia ley o contradiga su naturaleza.

El Patriarca Abraham

La clave, por supuesto, es si “creemos” (v.24). Hay más de 60 referencias en Romanos a la fe o a la incredulidad. El poder salvador es experimentado por aquellos que creen en Cristo (Romanos 1:16). Su justicia es otorgada a aquellos que creen (Romanos 3:22). Somos justificados por la fe (Romanos 5:1). El objeto de nuestra fe es Jesucristo quien murió y resucitó por nosotros.

Todo esto nos hace maravillarse de la fe de Abraham. El no tenía una Biblia que pudiera leer; sólo tenía la promesa de Dios. Como creyente, casi estaba solo, rodeado de paganos incrédulos. No podía mirar hacia atrás a una historia larga de fe; en efecto, él ayudó a que se escribiera esta historia. Sin embargo, Abraham creyó a Dios. La gente hoy en día tiene una Biblia completa que puede leer y estudiar. Tiene compañerismo en la iglesia, y puede mirar hacia atrás a siglos de fe escrita en la historia de la iglesia y en la Biblia. Sin embargo, muchos rehusan creer.

El predicador de renombre, Harry Ironside, pastor por 18 años de la Iglesia Moody de Chicago, contó acerca de una visita que hizo durante sus vacaciones a una clase de escuela dominical. El maestro preguntó: —¿Cómo fue salva la gente en el Antiguo Testamento? —Después de una pausa, un hombre replicó: —Por guardar la ley. —Correcto, —dijo el maestro.

Pero el pastor Ironside interrumpió: —Mi Biblia dice que por las obras de la ley nadie será justificado.

El maestro, un poco apenado, dijo: —¿Alguien más tiene una idea?

Otro alumno dijo: —Fueron salvos por ofrecer sacrificios a Dios.

—Si, es verdad, —dijo el maestro, y trató de seguir con la lección.

Justos

Pero el pastor Ironside lo volvió a interrumpir y dijo: —Mi Biblia dice que la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados.

Pero entonces el maestro, quien tenía poco conocimiento de la Biblia, estaba seguro de que el visitante sabía más de la Biblia que él, así que le dijo: —¡Bueno, díganos *usted* cómo se salvó la gente en el Antiguo Testamento!

El pastor Ironside explicó que fueron salvos por la fe—en la misma manera que somos salvos hoy en día. Veintiuna veces en Hebreos 11 se encuentran las palabras “por fe”.

Si tú eres judío, entonces eres hijo de Abraham físicamente; pero, ¿eres tú un hijo de Abraham *espiritualmente*? Abraham es el padre de todos los que creen en Jesucristo y que son justificados por la fe. Si eres un gentil, nunca podrás ser descendiente natural de Abraham; pero puedes ser uno de sus descendientes *espirituales*. Abraham “creyó a Dios y le fue contado por justicia”.

Romanos 5:1-21

¹Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; ²por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. ³Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; ⁴y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; ⁵y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado. ⁶Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos.

(Romanos 5:1-6)

¹² Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. ¹³Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado. ¹⁴No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir.

(Romanos 5:12-14)

²⁰ Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; ²¹ para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.

(Romanos 5:20,21)

4

¡Viva Como Rey!

Ya que Romanos es un libro de lógica, tenemos varias frases que presentan conclusiones deducidas de los argumentos. Tenemos el “ya que” de condenación en 3:20, el “pues” de justificación en 5:1, y el “pues” de no condenación en 8:1 y el “así que” de dedicación en 12:1. Al presentar sus argumentos, Pablo dio pruebas de que todo el mundo es culpable ante Dios, y que ninguno puede ser salvo por obras religiosas, tales como guardar la ley, etc. Explicó que el camino de Dios para la salvación siempre ha sido “por gracia... por medio de la fe” (Efesios 2:8,9), y usó a Abraham como ilustración. Si el lector no leyera más de esta carta, se daría cuenta que *necesita* ser salvo y que *puede* ser salvo.

Pero hay mucho más que el pecador necesita saber acerca de la justificación por la fe. ¿Puede estar seguro de que la salvación permanecerá? ¿Cómo es posible que Dios salve a un pecador por medio de la muerte de Cristo en la cruz? El capítulo 5 es una explicación de las últimas dos palabras del capítulo 4: “nuestra justificación”. Pablo explica dos verdades básicas: las bendiciones de nuestra justificación (5:1-11), y la base de nuestra justificación (5:12-21).

Las Bendiciones de Nuestra Justificación (Romanos 5:1-11)

Al hacer una lista de estas bendiciones, Pablo cumple dos propósitos. Primero, explica cuan maravilloso es ser creyente. Nuestra justificación no sólo es una garantía del cielo, la cual es una gran bendición, sino también es la

Justos

fuente de bendiciones maravillosas que gozamos aquí en la tierra.

Su segundo propósito era asegurar a sus lectores que la justificación es algo permanente. Los lectores judíos en particular preguntarían: “¿Puede esta experiencia espiritual permanecer, siendo que no requiere obediencia a la ley? ¿Qué acerca de las pruebas y los sufrimientos de la vida? ¿Qué acerca del juicio venidero?” Cuando Dios nos declaró justos en Cristo Jesús, nos dio siete bendiciones espirituales que nos aseguran que no nos podemos perder.

Paz con Dios (5:1). La persona no salva está en “enemistad contra Dios” (Romanos 5:10; 8:7) porque no puede obedecer la ley de Dios ni cumplir la voluntad de Dios. Dos versículos de Isaías aclaran el asunto: “No hay paz para los malos, dijo Jehová” (Isaías 48:22) y “el efecto de la justicia será paz” (Isaías 32:17). Condenación significa que Dios nos declara *pecadores*, y tal declaración es una de *guerra*. Justificación significa que Dios nos declara *justos*, y es una declaración de *paz*, hecha posible por la muerte de Cristo en la cruz. “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron” (Salmo 85:10). “Pues la ley produce ira” (Romanos 4:15), así que, ninguno condenado por la ley puede gozar paz con Dios. Pero cuando uno es justificado por la fe, es declarado justo, y la ley no lo puede condenar o declararle la guerra.

Acceso a Dios (5:2a). El judío estaba separado de la presencia de Dios por el velo del templo; y el gentil estaba separado por una pared en el templo con la advertencia de que cualquier gentil que la traspasara sería muerto. Pero cuando Cristo murió, rompió el velo (Lucas 23:45) y derrumbó la pared (Efesios 2:14). En Cristo, los creyentes, tanto judíos como gentiles, tienen acceso a Dios (Efesios 2:18; Hebreos 10:19-25); y pueden apropiarse de las

¡Viva Como Rey!

inagotables riquezas de la gracia de Dios (Efesios 1:7; 2:4; 3:8). Estamos “bajo la gracia” y no “bajo la ley”. La justificación tiene que ver con nuestra posición; la santificación tiene que ver con nuestro estado. El hijo de un rey puede entrar a la presencia de su padre sin importar su apariencia. La palabra “entrada” aquí significa “entrada al rey por los méritos de otro”.

Esperanza gloriosa (5:2b). La *paz con Dios* se refiere al pasado: Dios nunca más presentará nuestros pecados contra nosotros. *Entrada a Dios* se refiere al presente: Podemos acercarnos a él en cualquier tiempo para recibir la ayuda que necesitamos. “Esperanza de la gloria de Dios” se refiere al futuro: Un día compartiremos su gloria. La palabra “gloriamos” también se usa en el versículo 3 y en el versículo 11. Cuando éramos pecadores no teníamos nada de que gloriarnos (Romanos 3:27), porque estábamos destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23). Pero en Cristo nos gloriamos en *su* justicia y en *su* gloria. Pablo ampliará esto en Romanos 8:18-30.

El carácter cristiano (5:3,4). La justificación no es un escape de las pruebas de la vida. “En el mundo tendréis aflicción” (Juan 16:33). Pero las pruebas obran *en favor* y no *en contra* del creyente. Ninguna cantidad de sufrimiento nos puede separar del Señor (Romanos 8:35-39); más bien, las pruebas nos acercan más al Señor y nos hacen más semejantes a él. El sufrimiento edifica el carácter cristiano. La palabra “prueba” en el versículo 4 significa *el carácter que ha sido probado*. La secuencia es: tribulación—paciencia—carácter probado—esperanza. Nuestra palabra española “tribulación” viene de la palabra *tribulum*. En los días de Pablo un *tribulum* era un pedazo pesado de madera con clavos que se usaba para trillar el grano. El *tribulum* se pasaba encima del grano y separaba el trigo del

Justos

tamo. Cuando pasamos por tribulaciones y dependemos de la gracia de Dios, las pruebas solamente nos purifican y nos ayudan a sacar la basura de nuestras vidas.

El amor de Dios derramado (5:5-8). “La esperanza que se demora es tormento del corazón” (Proverbios 13:12). Pero mientras esperamos el cumplimiento de esta esperanza, “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones”. Nota cómo los primeros *tres frutos del Espíritu* son experimentados: amor (v.5), gozo (v.2), y paz (v.1). Antes de ser salvos, Dios demostró su amor enviando a Cristo a morir por nosotros. Ahora que somos sus hijos, de seguro que nos amará más. Es la experiencia interna de este amor a través del Espíritu que nos sostiene cuando pasamos por tribulaciones.

Por varios meses visité en un hospital a un joven que casi murió quemado. No sé cuántas operaciones e injertos de piel tuvo durante aquellos meses, o cuántos especialistas lo visitaron. Pero lo que lo sostuvo durante aquellos meses difíciles no fueron las explicaciones de los doctores, sino las promesas de que se recuperaría. Esa era su esperanza. Y lo que sostenía su esperanza era el amor de su familia y de sus amigos que le apoyaban. El amor de Dios llegó a él a través de ellos. El joven se recuperó y ahora da gloria a Dios.

Las virtudes—fe (v.1), esperanza (v.2) y amor (v.5) combinadas dan al creyente paciencia en las pruebas de la vida. Y la paciencia hace posible que el creyente crezca en carácter y llegue a ser un creyente maduro (Santiago 1:1-4).

Salvación de la ira venidera (5:9,10). El argumento de Pablo va de lo menor a lo mayor. Si Dios nos salvó cuando éramos enemigos, seguramente nos guardará salvos ahora que somos sus hijos. Hay una *ira venidera*, pero ningún

¡Viva Como Rey!

hombre?” La respuesta, por supuesto, es que no sólo fue justo, sino que también fue de sabiduría y de gracia. Para comenzar, si Dios hubiera probado a cada ser individualmente, el resultado hubiera sido el mismo: desobediencia. Pero, aun más importante, al condenar a la raza humana por un hombre (Adán), Dios *pudo salvar a la raza humana por medio de un hombre* (Jesucristo). Cada uno de nosotros estamos unidos a Adán por ser de la raza humana; así que, su obra nos afectó (ve Hebreos 7:9,10 donde se encuentra un ejemplo de este señorío racial). Los ángeles caídos no pueden ser salvos porque no son una raza. Ellos pecaron individualmente y fueron juzgados individualmente. No podía haber representante que recibiera su juicio por ellos y los salvara. Pero siendo que tú y yo estábamos perdidos en Adán, la cabeza de nuestra raza, podemos ser salvos en Cristo, la cabeza de la nueva creación. El plan de Dios fue sabio y lleno de gracia.

Una pregunta final debe ser contestada: “¿Cómo podemos *saber* que estamos unidos con Adán por los lazos raciales?” La respuesta está en Romanos 5:12-14, y el argumento se presenta como sigue. Sabemos que todos los hombres mueren. Pero la muerte es el resultado de desobedecer la ley. No hubo ley desde Adán hasta Moisés; sin embargo, los hombres murieron. Un resultado general demanda una causa general. ¿Cuál es la causa? Sólo puede ser una: la desobediencia de Adán. Adán pecó y finalmente murió. Todos sus descendientes murieron (Génesis 5), aunque la ley no se había dado todavía. Conclusión: murieron por causa del pecado de Adán. “Por cuanto todos pecaron” (v.12) significa que todos han pecado *en el pecado de Adán*. Los hombres no mueren por causa de sus propios pecados; de otra manera, los niños no morirían (Romanos 9:11). Los hombres mueren porque están unidos

Justos

racionalmente con Adán, y “en Adán todos mueren” (I Corintios 15:22).

Habiendo entendido estas verdades generales acerca del pasaje, podemos examinar los contrastes entre Adán y Cristo, y entre el pecado de Adán y el acto de obediencia de Cristo en la cruz.

La ofensa de Adán contrastada con el don gratuito de Cristo (5:15). Por causa de la transgresión de Adán muchos murieron; por causa de la obediencia de Cristo la gracia de Dios abunda para traer vida a muchos. La palabra “muchos” (literalmente “los muchos”) significa “todos” como en los versículos 12 y 18. Nota el “mucho más”; porque la gracia de Cristo no solamente trae vida física, sino también vida espiritual y vida abundante. Cristo conquistó la muerte y un día va a resucitar los cuerpos de todos los que han muerto “en Cristo”. Si sólo hiciera esto, solamente invertiría los efectos del pecado de Adán; pero él hizo “mucho más”. Da vida eterna en abundancia a todos los que confían en él (Juan 10:10).

El efecto del pecado de Adán contrastado con el efecto de la obediencia de Cristo (5:16). El pecado de Adán trajo juicio y condenación; pero la obra de Cristo en la cruz trae justificación. Cuando Adán pecó fue declarado injusto y condenado. Cuando un pecador confía en Cristo, es justificado—declarado justo en Cristo.

Los dos reinos contrastados (5:17). Por la desobediencia de Adán, la muerte reinó. Lee “el libro de las generaciones de Adán” en Génesis 5, y nota la repetición de la solemne frase “y murió”. El versículo 14 declara que aquellos que murieron “desde Adán hasta Moisés” no murieron por la misma razón que murió Adán—quebrantar una ley revelada por Dios—porque la ley aún no había sido dada. “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23a).

¡Viva Como Rey!

Ya que el *pecado* reinaba en la vida de los hombres (Romanos 5:21), también la *muerte* reinaba (vs.14,17).

Pero por medio de Jesucristo entramos en un nuevo reino: “Porque el reino de Dios no es comida ni bebida; sino *justicia, paz y gozo* en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17). “Justificados, pues, por la fe”, somos declarados *justos*, tenemos *paz* con Dios, y *nos regocijamos* en la esperanza de la gloria de Dios. Nota que *somos nosotros* los que reinamos. “Mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo”. En Adán perdimos nuestro reinado, pero en Cristo Jesús reinamos como reyes. Y reinamos “mucho más”. Nuestro reino espiritual es mucho más grande que el reino terrenal de Adán, porque compartimos “la abundancia de la gracia y del don de la justicia” (Romanos 5:17).

Los dos actos contrastados (5:18,19). Adán no tuvo que cometer una serie de pecados. En un solo acto Dios probó a Adán, y éste falló. Este fracaso de Adán es llamado “transgresión” y “desobediencia”. La palabra “transgresión” significa *traspasar, cruzar la línea*. Dios le señaló a Adán los límites y Adán en rebelión los traspasó. “De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2:16,17).

En contraste con la “transgresión de uno” está la justicia de uno; la obra justa de Cristo en la cruz. En el versículo 19 Pablo la llama “la obediencia de uno” (ve Filipenses 2:5-12). El sacrificio de Cristo en la cruz no solamente hizo posible *la justificación*, sino también “*la justificación de vida*”. Justificación no es simplemente un término legal que describe nuestra posición ante Dios (tal como si nunca hubiéramos pecado); sino que resulta en una cierta clase de vida. “Justificación de vida” en el versículo 18 es paralelo a ser “constituidos justos” en el versículo 19. En otras

Justos

palabras, nuestra justificación es el resultado de una unión vital con Cristo. Y esta unión debe resultar en una nueva clase de vida, una vida justa de obediencia a Dios. Nuestra unión con Adán nos hizo pecadores; nuestra unión con Cristo nos capacita para “reinar en vida”.

La ley y la gracia contrastadas (5:20,21). “Pero la ley entró paulatinamente...” (traducción de Carlos Williams); o “Pero la ley entró al lado de...” (traducción literal). La gracia no era una adición al plan de Dios; sino que formaba parte de ese plan desde el principio. Dios trató en gracia con Adán y Eva. Lo mismo hizo con los patriarcas y la nación de Israel. El dio la ley por medio de Moisés, no para sustituir su gracia, sino para revelar al hombre la necesidad de gracia. Le ley fue temporal, pero la gracia es eterna.

Pero como la ley hizo que los pecados del hombre aumentaran, la gracia de Dios sobreabundó aún más. La gracia de Dios era más que adecuada para tratar con el pecado del hombre. Aunque el pecado y la muerte todavía reinan en el mundo, la gracia de Dios también está reinando a través de la justicia de Cristo. El cuerpo del creyente está sujeto a la muerte y su vieja naturaleza lo tienta a pecar; pero en Cristo Jesús puede “reinar en vida” porque es parte del reino de gracia de Cristo.

Una historia del Antiguo Testamento nos ayuda a entender el conflicto de estos dos *reinos* en el mundo en la actualidad. Dios rechazó a Saúl como rey de Israel, y ungió a David. Aquellos que confiaron en David, más tarde compartieron su reino de paz y gozo. Los que confiaron en Saúl terminaron en vergüenza y derrota.

Como David, Jesucristo es el rey ungido por Dios. Como Saúl, rey rebelde, Satanás aún está libre para obrar en el mundo y busca ganar la alianza de los hombres. El

¡Viva Como Rey!

pecado y la muerte están reinando en *la vieja creación* sobre la cual Adán era la cabeza, pero la gracia y la justicia están reinando en la *nueva creación* sobre la cual Cristo es la cabeza. Y a medida que nos rindamos a él, “reinamos en vida”.

En el versículo 14 Adán es llamado “figura del que había de venir”. Adán era tipo, o cuadro, de Jesucristo. Adán vino de la tierra, pero Jesucristo, el Señor, es del cielo (I Corintios 15:47). Adán fue probado en un huerto, rodeado de belleza y amor; Jesús fue tentado en un desierto, y murió en la cruenta cruz rodeado de odio y horror. Adán era un ladrón, y fue echado fuera del paraíso; pero Jesucristo miró a un ladrón y le dijo: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). El Antiguo Testamento es el “libro de las generaciones de Adán” (Génesis 5:1) y termina con *una maldición* (Malaquías 4:6). El Nuevo Testamento es el “libro de la genealogía de Jesucristo” (Mateo 1:1) y termina con “no habrá más maldición” (Apocalipsis 22:3).

No puedes evitar el *estar* “en Adán” porque esto vino por tu primer nacimiento sobre el cual no tuviste ningún control. Pero no tienes que *permanecer* “en Adán” porque puedes experimentar un segundo nacimiento—un nuevo nacimiento de arriba—el cual te pondrá “en Cristo”. Por esto Jesús dijo: “Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7).

Romanos 6:1-23

¹¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? ²En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ³¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? ⁴Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. ⁵Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; ⁶sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. ⁷Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado.

(Romanos 6:1-7)

¹³ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. ¹⁴Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.

(Romanos 6:13-14)

²⁰Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ²¹¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. ²²Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. ²³Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.

(Romanos 6:20-23)

5

Morir Para Vivir

Durante una sesión de la corte, un abogado a menudo se levanta y dice: “Su señoría, tengo una objeción”. Algunos creyentes romanos debían haber sentido que tenían objeciones al oír la lectura de la carta de Pablo, y parecía que Pablo se anticipaba a sus pensamientos. En los capítulos 6—8 Pablo defiende su doctrina de la justificación por la fe. Se anticipó a tres objeciones: (1) *Si la gracia de Dios abunda cuando pecamos, entonces continuemos en el pecado para que podamos experimentar más gracia* (6:1-14); (2) *Si no estamos bajo la ley, entonces somos libres de vivir como nos plazca* (6:15—7:6); y (3) *Tú has hecho pecaminosa la ley de Dios* (7:7-25).

Estas objeciones demuestran que los lectores no entendían ni la ley ni la gracia. Fueron a los extremos: Al legalismo por un lado y al libertinaje por el otro. Así que mientras Pablo defendía la justificación también explicaba la santificación. El enseñó cómo podemos vivir vidas *de victoria* (c.6), *de libertad* (c.7), y *de seguridad* (c.8). Explicó nuestra relación con la carne, la ley y el Espíritu Santo. En el capítulo 6 enseña tres cosas necesarias para obtener la victoria sobre el pecado.

Saber (Romanos 6:1-10)

La repetición de la palabra *saber* en los versículos 3,6 y 9 indica que Pablo quería que entendiéramos una doctrina básica. La vida cristiana se basa en las verdades cristianas; el deber siempre está fundado en la doctrina. Si satanás puede mantener a un creyente en la ignorancia, también puede mantenerlo impotente.

Justos

La verdad fundamental que Pablo estaba enseñando es la identificación del creyente con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección. Tal como estamos identificados con Adán en el pecado y la condenación, así estamos ahora identificados con Cristo en justicia y justificación. En Romanos 5:12 Pablo hace la transición de discutir *los pecados* para discutir *el pecado*. Él pone énfasis en las causas y no en las acciones; en la raíz del pecado y no en los frutos del mismo. Cristo no sólo murió por nuestros pecados, sino que también murió al pecado, y nosotros morimos con él. Un esquema de comparación explicará mejor los contrastes.

Romanos 3:21—5:21

Sustitución: El murió
por mí

El murió *por* mis pecados

El pagó la pena del
pecado

Justificación: justicia
atribuida (puesta a mi
cuenta)

Salvado por su muerte

Romanos 6—8

Identificación: Yo morí
con él

El murió *al* pecado

El destruyó el poder
del pecado

Santificación: justicia
impartida (hecha parte
de mi vida)

Salvado por su vida

En otras palabras, la justificación por la fe no es sólo un asunto legal entre el pecador y Dios; es una relación íntima y vital. *Es una justificación que trae vida* (Romanos 5:18—traducción literal).

Estoy *en Cristo* e identificado con él. Por lo tanto, lo que le ha acontecido a Cristo me ha acontecido a mí. Cuando él murió, yo morí. Cuando él resucitó, yo resucité en él. Ahora estoy sentado en los lugares celestiales con él (ve Efesios 2:1-10; Colosenses 3:1-3). Por causa de esta

Morir Para Vivir

unión vital con Cristo, el creyente tiene una relación totalmente nueva con respecto al pecado.

Está muerto al pecado (6:2-5). Pablo usó el bautismo para ilustrar esta verdad. La palabra griega para bautismo tiene dos sentidos principales: (1) un significado literal—zambullir o sumergir; y (2) un significado figurativo—ser identificado con. Un ejemplo del último es I Corintios 10:2 “Y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar”. La nación de Israel se identificó con Moisés, su líder, cuando cruzaron el Mar Rojo.

Parece que Pablo tenía en mente tanto el significado literal como el simbólico en este párrafo, porque habló del bautismo en agua para recordar a los lectores de la identificación que tienen con Cristo por medio del bautismo del Espíritu Santo. Ser bautizados “en Cristo Jesús” (v.3) es lo mismo que “por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo” (I Corintios 12:13). Hay una diferencia entre el bautismo en agua y el bautismo del Espíritu (Juan 1:33). Cuando un pecador confía en Cristo es nacido inmediatamente en la familia de Dios y recibe el don del Espíritu Santo. Encontramos un buen ejemplo de esto en la familia de Cornelio cuando oyó predicar a Pedro (Hechos 10:34-48). Cuando creyeron en Cristo, de inmediato recibieron al Espíritu Santo, y *luego* fueron bautizados. Las palabras de Pedro “todos los que en él creyeren recibirán perdón de pecados” les dio la promesa que necesitaban. Creyeron—y fueron salvos.

Los historiadores concuerdan en que el modo de bautismo en la iglesia primitiva era por inmersión. El creyente era “sepultado” en el agua y levantado, lo cual simboliza la muerte, sepultura y resurrección. El bautismo por inmersión (el cual es la ilustración que Pablo utiliza en Romanos 6) representa la identificación con Cristo en su

Justos

muerte, sepultura y resurrección. Es un símbolo externo de una experiencia interna. Pablo no está enseñando que la inmersión en agua los haya colocado “en Cristo Jesús”, porque esto fue realizado por el Espíritu cuando creyeron. Su inmersión era un cuadro de lo que el Espíritu hizo. El Espíritu Santo los identificó con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección.

Esto quiere decir que el creyente tiene una nueva relación con el pecado. Está “muerto al pecado”. “Con Cristo estoy juntamente crucificado” (Gálatas 2:20). Si un borracho muere, ya no puede ser tentado más por el alcohol porque su cuerpo está muerto a todos los sentidos físicos. No puede ver el alcohol, ni olerlo, ni probarlo o desearlo. En Cristo Jesús hemos muerto al pecado de manera que ya no queremos *continuar en el pecado*. Pero no sólo estamos muertos al pecado; sino que también estamos vivos en Cristo. Hemos sido resucitados de la muerte y ahora andamos en el poder de su resurrección. Andamos “en vida nueva” porque compartimos su vida. “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo” (Gálatas 2:20).

Esta maravillosa verdad espiritual se ilustra en la resurrección de Lázaro (Juan 11). Cuando Cristo llegó a Betania Lázaro había estado en la tumba cuatro días; así que, no había duda de su muerte. Jesús resucitó de entre los muertos a su amigo con el poder de su Palabra (“Lázaro, ven fuera”). Pero cuando Lázaro apareció a la entrada de la tumba, estaba envuelto con los lienzos fúnebres. Así que, Jesús ordenó: “Desatadle, y dejadle ir”. Había sido resucitado para andar “en vida nueva”. En Juan 12 Lázaro estaba sentado con Cristo a la mesa, en compañerismo con él. Muerto—resucitado—libertado para andar en vida nueva—sentado con Cristo: Todo esto ilustra verdades

Morir Para Vivir

espirituales acerca de nuestra identificación con Cristo como se presenta en Efesios 2:1-10.

Muchos creyentes son “intermedios”: viven entre Egipto y Canaán, salvos pero nunca satisfechos; o viven entre el viernes santo y el domingo de resurrección, creyendo en la cruz pero sin entrar en el poder y la gloria de la resurrección. El versículo 5 enseña que nuestra unión con Cristo garantiza nuestra resurrección, si nos toca morir. Pero, el versículo 4 enseña que compartimos *hoy* el poder de su resurrección. “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba... porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:1-3).

Es claro, entonces, que el creyente no puede vivir deliberadamente en pecado siendo que tiene una nueva relación con el pecado por causa de su identificación con Cristo. El creyente ha muerto a la vida vieja; ha sido resucitado a una nueva vida. El creyente no quiere regresar al pecado, así como Lázaro no quería regresar a la tumba envuelto en los lienzos fúnebres. Enseguida Pablo presenta un segundo hecho acerca de la nueva relación que el creyente tiene respecto al pecado:

No debe servir al pecado (6:6-10). El pecado es un amo terrible, y encuentra un siervo dispuesto en el cuerpo humano. El cuerpo no es pecaminoso; el cuerpo es neutral. Puede ser controlado tanto por el pecado como por Dios. Pero la naturaleza caída del hombre, la cual no ha sido cambiada por la conversión, da al pecado un punto estratégico desde el cual puede atacar y luego controlar. Pablo expresó el problema: “Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (Romanos 7:18).

Justos

Aquí se presenta una gran verdad: el viejo hombre (el viejo ego, el yo) fue crucificado con Cristo de manera que el cuerpo no tiene que ser controlado por el pecado. La palabra “destruido” en el versículo 6 no significa aniquilado; significa *hecho inactivo, sin efecto*. La misma palabra griega se traduce “libre” en Romanos 7:2. Si el esposo de una señora muere, ella es *libre* de la ley de su esposo y es libre para volverse a casar. Hay un cambio en la relación. Aún la ley existe, pero no tiene autoridad sobre la mujer porque su esposo ha muerto.

El pecado quiere ser nuestro amo. Encuentra un apoyo en la vieja naturaleza, y a través de ella procura controlar los miembros del cuerpo. Pero en Jesucristo morimos al pecado; y la vieja naturaleza fue crucificada de modo que la vida vieja ha sido hecha ineficaz. Pablo no describía una experiencia, sino declaraba un hecho. La experiencia práctica vendría después. Es un hecho histórico que Cristo murió en la cruz. También es un hecho histórico que el creyente murió con él; y “el que ha muerto, ha sido justificado del pecado” (v.7). No justificado *para pecar* como decían falsamente los acusadores de Pablo; sino justificados *del pecado*.

El pecado y la muerte no tienen dominio sobre Cristo. Estamos “en Cristo”; por lo tanto, el pecado y la muerte no tienen dominio sobre nosotros. Jesucristo no sólo murió “por el pecado”, sino que también murió “al pecado”. Es decir, no sólo pagó la pena del pecado, sino que también destruyó el poder del pecado. La idea de dominio nos lleva a Romanos 5:12-21 donde Pablo trató de los *reinos* del pecado, de la muerte y de la gracia. Por Cristo reinamos en vida (Romanos 5:17); así que el pecado ya no controla nuestra vida.

Ya que creo los hechos históricos, la gran pregunta es: ¿cómo puedo hacer que dichos hechos obren en mi experiencia diaria? Esto nos guía a la segunda enseñanza de Pablo.

Considerar (Romanos 6:11)

Esta palabra a veces significa *pensar* o *suponer*. También equivale a decir *lo doy por hecho*. Pero ninguno de estos significados puede aplicarse a este versículo. La palabra “consideraos” es la traducción de una palabra griega que se usa 41 veces en el Nuevo Testamento—19 de éstas se encuentran en Romanos. Aparece en Romanos 4 traducida como “contar” y “atribuir”. Significa *contar, calcular, estimar*. La palabra *atribuir—poner a la cuenta de uno*—tal vez sea la mejor traducción. “Consideraos” significa *poner a la cuenta de uno*. Simplemente significa creer que lo que Dios dice en su Palabra en cuanto a lo que él ha hecho por nosotros es cierto en nuestra vida.

Pablo no les dijo a sus lectores que *sintieran* que estaban muertos al pecado, ni tampoco que lo *entendieran* completamente, sino que actuaran a base de la Palabra de Dios y lo reclamaran para sí mismos.

Considerarse es un asunto de fe que concluye con acción. Es como endorsar un cheque: si realmente creemos que el dinero está en la cuenta de cheques lo firmaremos y lo cobraremos. Considerarse no es reclamar una promesa, sino actuar basándose en un hecho. Dios no nos manda que lleguemos a estar muertos al pecado. Nos dice que ya *estamos* muertos al pecado y vivos para Dios, y nos manda actuar basándonos en esto. Y aunque no lo hagamos, aún es cierto.

La primera cosa que Pablo enseñó (*saber*) está centrada en la *mente*, y esta segunda enseñanza (*considerar*) se

Justos

enfoca en el *corazón*. Su tercera enseñanza se relaciona con la *voluntad*.

Presentar (Romanos 6:12-23)

La palabra griega traducida “presentaos” se encuentra cinco veces en esta sección (vs.13,16,19), y significa *someterse, presentarse, ofrecerse en sacrificio*. Según Romanos 12:1, el cuerpo del creyente debe presentarse al Señor “en sacrificio vivo”, para su gloria. Los sacrificios del Antiguo Testamento eran sacrificios muertos. Tal vez el Señor nos pida a *algunos* a morir por él, pero nos pide a *todos* que vivamos para él.

¿Cómo debemos presentarnos? (6:12,13). Este es un acto voluntario basado en el conocimiento que tenemos de lo que Cristo ha hecho por nosotros. Es un acto inteligente—no es la decisión impulsiva del momento basada en una experiencia emocional. Es importante tomar en cuenta los tiempos de los verbos en estos versículos. Una traducción literal sería: “no permita que el pecado reine constantemente en su cuerpo mortal de manera que obedezca constantemente sus deseos. Tampoco presente constantemente los miembros de su cuerpo como armas (o instrumentos) de injusticia al pecado; sino que una vez por todas preséntese usted mismo a Dios”. Esa rendición de una vez por todas se describe en Romanos 12:1.

Debe haber en la vida del creyente esa rendición definitiva y completa de su cuerpo a Jesucristo. Esto no quiere decir que no puede haber pasos de rendición posteriormente, porque los habrá. Entre más andemos con Cristo, más íntima será nuestra comunión. Pero no puede haber pasos subsecuentes sin ese primer paso. El tiempo del verbo en Romanos 12:1 concuerda con el tiempo del verbo en Romanos 6:13—una presentación de una vez por

Morir Para Vivir

todas al Señor. Por supuesto, debemos rendirnos diariamente a él; pero aun esto está basado en una entrega definitiva y completa.

¿Por qué quiere tu cuerpo el Señor? Ante todo, el cuerpo del creyente es templo de Dios, y él lo quiere usar para su gloria (I Corintios 6:19,20; Filipenses 1:20,21). Pero también Pablo escribió que el cuerpo es instrumento y arma de Dios (Romanos 6:13). Dios quiere usar los miembros del cuerpo como instrumentos para la edificación de su reino y como armas para luchar contra el enemigo.

La Biblia nos habla de varias personas que permitieron que Dios tomara sus cuerpos y los usara para cumplir sus propósitos. Dios usó la vara en la mano de Moisés y conquistó Egipto. Usó la honda en la mano de David para derrotar a los filisteos. Usó la boca y la lengua de los profetas. Los dedicados pies de Pablo lo llevaron de ciudad en ciudad mientras proclamaba el evangelio. Los ojos del apóstol Juan vieron visiones del futuro, sus oídos escucharon el mensaje de Dios, y sus dedos lo escribieron en un libro que hoy podemos leer.

Pero también puedes leer en la Biblia acerca de miembros del cuerpo usados con fines pecaminosos. Los ojos de David codiciaron a la esposa de su vecino; su mente ideó un plan maligno; su mano firmó una orden cobarde para matar el esposo de la mujer. Al leer Salmo 51 puedes ver que todo su cuerpo fue afectado por el pecado: sus ojos (v.3), su mente (v.6), sus oídos (v.8), su corazón (v.10), y sus labios y la boca (vs.14,15). No nos asombra que David haya orado por una limpieza *completa* (v.2).

¿Por qué debemos presentarnos? (6:14-23). Se pueden resumir en tres palabras las razones de nuestra presentación: *gracia* (vs.14,15), *libertad* (vs.16-20) y *fruto* (vs.21-23).

Justos

Gracia (6:14,15). Es por la gracia de Dios que nos presentamos a él. Pablo ha demostrado que no somos salvos por la ley y que no vivimos bajo la ley. El hecho de ser salvo por gracia no es excusa para pecar; sino que es una razón para obedecer. El pecado y la ley van juntos. “El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley” (I Corintios 15:56). Ya que no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia, el pecado ha perdido su poder.

Libertad (6:16-20). La ilustración del amo y el siervo es obvia. Aquello a lo que uno se someta, llegará a ser su amo. Antes de ser salvo eras esclavo del pecado. Ahora que perteneces a Cristo, has sido libertado de esa antigua esclavitud y has sido hecho siervo de Cristo. El versículo 19 sugiere que el creyente debe ser tan entusiasta en presentarse al Señor como lo fue en presentarse al pecado. Un amigo me dijo una vez, “Quiero ser tan buen santo como fui pecador”. Yo entendí lo que quería decir porque en sus días de inconverso casi era “el primero de los pecadores”.

La persona no salva es libre—libre *acerca* de la justicia (v.20). Pero el pecado que le domina le esclaviza de tal manera que cada vez le es más difícil hacer lo bueno. Tenemos un ejemplo de esto en el hijo pródigo (Lucas 15:11-24). Cuando estaba en el hogar deseaba ser libre, así que dejó el hogar para encontrarse a sí mismo y gozarse. Pero su rebelión sólo le hundió más en la esclavitud. Era esclavo de malos deseos, luego esclavo de malas obras; y al fin literalmente llegó a ser un esclavo cuando empezó a apacentar cerdos. Pensó hallarse a sí mismo, y se perdió. Pensó en libertad y se convirtió en el peor esclavo. Fue sólo cuando regresó al hogar y *se presentó a su padre* que encontró la verdadera libertad.

Morir Para Vivir

Fruto (6:21-23). Aquel que sirve a un amo, puede esperar recibir salario. El pecado paga—con la muerte. Dios también paga—con santidad y vida eterna. En la vida anterior llevamos fruto del cual nos avergonzamos. En la nueva vida en Cristo, producimos fruto que glorifica a Dios y trae gozo a nuestras vidas. Generalmente, usamos el versículo 23 con referencia a los perdidos, y por supuesto que se aplica; pero también tiene una advertencia para los salvos. “Hay pecado de muerte” (I Juan 5:16). “Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen” (I Corintios 11:30). Sansón, por ejemplo, no quiso someterse a Dios, sino se presentó a los deseos de la carne, y el resultado fue muerte (Jueces 16). Si el creyente rehusa rendir su cuerpo al Señor, pero usa sus miembros para fines pecaminosos, entonces está en peligro de ser disciplinado por el Padre celestial, y esta disciplina puede ser la muerte (ve Hebreos 12:5-11, y nota el final del versículo 9 en particular).

Estas tres enseñanzas deben ser atendidas cada día de nuestra vida. **Saber** que has sido crucificado con Cristo y que estás muerto al pecado. **Considerar** que este hecho es real en tu propia vida. **Presentar** tu cuerpo al Señor para ser usado para su gloria.

Ahora que **sabes** estas verdades, **considéralas** ciertas en tu vida, y luego **preséntate** a ti mismo a Dios.

Romanos 7:1-25

¹¿Acaso ignoráis, hermanos (pues hablo con los que conocen la ley), que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que éste vive? ²Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. ³Así que, si en vida del marido se uniere a otro varón, será llamada adúltera; pero si su marido muriere, es libre de esa ley, de tal manera que si se uniere a otro marido, no será adúltera. ⁴Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios. ⁵Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte. ⁶Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra. ⁷¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás.

(Romanos 7:1-7)

²¹Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. ²²Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; ²³pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ²⁴¡Miserable de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte? ²⁵Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado.

(Romanos 7:21-25)

6

Los Creyentes y la Ley

Algo en la naturaleza humana nos impulsa hacia los extremos. Esta es una debilidad de la cual los creyentes no son completamente libres. Algunos dirán: “Ya que somos salvos por gracia, somos libres de vivir como nos plazca”. Esto expresa el extremo del *libertinaje*.

“Pero no podemos hacer caso omiso de la ley de Dios”, dirán otros. “Es cierto que somos salvos por gracia, pero tenemos que vivir bajo la ley para agradecer a Dios”. Esta es la expresión extremista del *legalismo*.

Pablo contestó al primer grupo en el capítulo 6 y al segundo grupo en el capítulo 7. La palabra *ley* se usa 23 veces en este capítulo. En el capítulo 6 Pablo nos dice cómo dejar de hacer cosas malas; en el capítulo 7 nos dice como *no* hacer cosas buenas. El argumenta: “No pueden ser justificados por guardar la ley, ni tampoco ser santificados por ello”.

Cada creyente que está avanzando en su vida espiritual entiende la experiencia de Romanos 6 y 7. Una vez que hemos aprendido cómo *saber, considerar y presentar*, comenzamos a tener la victoria sobre los hábitos de la carne, y sentimos que estamos llegando a ser más espirituales. Nos ponemos normas e ideales elevados y por un tiempo parece que los seguimos. *Luego todo se derrumba*. Empezamos a mirar a lo profundo de nuestro corazón y descubrimos pecados que no sabíamos que estaban allí. La santa ley de Dios toma nuevo poder, y nos preguntamos si jamás podremos hacer algo bueno. Sin darnos cuenta hemos entrado al *legalismo* y a la vez hemos aprendido la verdad acerca del pecado, la ley y nosotros mismos.

Justos

¿Qué es en realidad el *legalismo*? Es la creencia de que se puede llegar a ser santo y agradar a Dios obedeciendo leyes. Es medir la espiritualidad con una lista de *mandatos* y *prohibiciones*. El error del legalismo es que pone énfasis en *los pecados* (plural) y no en *el pecado* (la raíz del problema). Juzga por lo externo y no por lo interno. Además, el legalista no comprende el propósito verdadero de la ley de Dios y la relación de la ley con la gracia.

En mi experiencia pastoral, he aconsejado a muchas personas que han sufrido daños espirituales y emocionales porque han tratado de vivir una vida santa basándose en normas elevadas. Yo he visto las consecuencias de estos intentos: La persona llega a aparentar o sufre un colapso y abandona sus deseos de vivir piadosamente. También he visto que muchos legalistas son exageradamente duros con otras personas—críticos, sin amor, sin un espíritu perdonador. Pablo quería evitar a sus lectores esta difícil y peligrosa experiencia. En Romanos 7, discutió tres temas, los cuales si los entendemos y los aplicamos, nos librarán del legalismo.

La Autoridad de la Ley (Romanos 7:1-6)

Estos versículos continúan la discusión que Pablo comenzó en Romanos 6:15 al contestar la pregunta: “¿Pecaremos porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia?” El usó la ilustración del amo y el siervo para explicar la forma en que los creyentes deben presentarse a Dios. En este pasaje usa la ilustración de la mujer y su marido para explicar que el creyente tiene una nueva relación con la ley por causa de su unión con Jesucristo.

La ilustración es sencilla, pero tiene una aplicación profunda. Cuando un hombre y una mujer se casan, están unidos de por vida. El matrimonio es una unión física

Los Creyentes y la Ley

(“serán una sola carne” Génesis 2:24) y sólo puede disolverse por causas físicas, una de las cuales es la *muerte*. (Mateo 5:31-34 y 19:1-12 indican que la infidelidad también destruye el matrimonio, pero Pablo no habla de esto. No está discutiendo el matrimonio y el divorcio, sino que está usando el matrimonio como ilustración.)

Mientras viven, el esposo y la esposa están bajo la autoridad de la ley del matrimonio. Si la esposa deja al esposo y se casa con otro hombre, comete adulterio. Pero si el esposo muere, es libre de volverse a casar porque ya no es esposa. La muerte ha puesto fin a la relación matrimonial y ella es libre.

La aplicación de Pablo en los versículos 4 a 6 confirma el argumento. Declara dos hechos maravillosos que explican la relación del creyente con la ley.

Morimos a la ley (7:4). Parece que Pablo ha confundido su ilustración, pero no lo hizo. Cuando no éramos salvos (“en la carne” v.5), estábamos bajo la autoridad de la ley de Dios. Estábamos condenados por la ley. Cuando confiamos en Cristo y nos unimos con él, *morimos a la ley* así como morimos a la carne (Romanos 6:1-10). La ley no murió; *nosotros* morimos.

Pero en esta ilustración acerca del matrimonio, fue el *esposo* el que murió y la esposa la que se casó otra vez. Si tú y yo somos representados por la esposa, y la ley por el esposo, entonces la aplicación no sigue a la ilustración. Si la esposa murió en la ilustración, la única manera para volverse a casar sería que resucitara. Pero es precisamente lo que Pablo quería enseñar. Cuando confiamos en Cristo, morimos a la ley; pero en Cristo resucitamos de los muertos y ahora estamos *casados* (unidos) con Cristo para vivir una nueva clase de vida.

Justos

La ley no murió, porque aún gobierna sobre los hombres. Nosotros morimos a la ley, y ya no tiene dominio sobre nosotros. Pero no estamos *sin ley*; estamos unidos con Cristo, compartimos su vida y, por lo tanto, andamos “en vida nueva”. Romanos 8:4 es el clímax del argumento: “Para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”. En la vida vieja de pecado, llevamos fruto “para muerte”, pero en la vida de gracia, llevamos fruto “para Dios”. Estar “muerto a la ley” no significa que vivimos sin ley. Simplemente significa que *la motivación y la dinámica* de nuestras vidas no vienen de la ley; vienen por la gracia de Dios a través de nuestra unión con Cristo.

Somos libertados de la ley (7:6). Esta es la conclusión lógica: La ley no puede ejercer ninguna autoridad sobre una persona muerta. Pablo escribió: “Por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos...”. Muerte significa liberación (nota Romanos 6:9,10). Pero hemos sido libertados para servir. La vida cristiana no es una vida de independencia y rebelión. Morimos a la ley para *casarnos con Cristo*. Fuimos liberados de la ley para que sirvamos a Cristo. Esta verdad refuta la falsa acusación de que Pablo enseñaba el libertinaje.

¿Qué diferencia hay entre nuestro servicio cristiano y nuestra vida vieja de pecado? En primer lugar, el Espíritu Santo nos da poder mientras procuramos obedecer y servir al Señor. Bajo la ley no fue dado ningún poder. Los mandamientos de Dios estaban escritos en tablas de piedra y eran leídos al pueblo. Pero bajo la gracia la Palabra de Dios es escrita en nuestros corazones (II Corintios 3:1-3). Andamos “en vida nueva” (Romanos 6:4) y servimos “bajo el régimen nuevo del Espíritu”. Así que, el creyente ya no está más bajo la autoridad de la ley.

Los Creyentes y la Ley

El Ministerio de la Ley (Romanos 7:7-13)

Los que se oponían a la enseñanza de Pablo estaban listos con sus objeciones. “¿Para que sirve la ley si ya no la necesitamos? Pues, tal enseñanza, como la tuya, convierte a la ley en pecado”. Al contestar esta objeción Pablo explicó los ministerios de la ley, los cuales todavía están en función en la actualidad.

La ley revela el pecado (7:7). “...Por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3:20); “donde no hay ley, tampoco hay transgresión” (Romanos 4:15). La ley es como un espejo que nos revela el hombre interior y cuan sucios estamos (Santiago 1:22-25). Fíjate que Pablo no habla del homicidio, el robo o el adulterio; sino de “la codicia”. Este pecado se prohíbe en el décimo mandamiento, el cual difiere de los otros nueve en que condena una actitud interna, no una acción externa. La codicia conduce a quebrantar los demás mandamientos. Es un pecado insidioso que la mayoría de la gente no reconoce en sus propias vidas, pero la ley de Dios lo revela.

El joven rico en Marcos 10:17-27 es un buen ejemplo del uso de la ley para revelar el pecado y mostrar al hombre su necesidad de un Salvador. El joven era muy moral en su vida exterior, pero nunca se había enfrentado con sus pecados internos. Jesús no le habló de la ley porque el joven rico no comprendía su propia pecaminosidad. Ciertamente, nunca había cometido adulterio, ni tampoco había robado, dado falso testimonio o deshonrado a sus padres, pero, ¿qué acerca de la codicia? Cuando Cristo le dijo que vendiera sus bienes y los diera a los pobres, el hombre se fue triste. El mandamiento *no codiciarás* le había revelado qué tan pecador realmente era. En lugar de reconocer su pecado, rechazó a Cristo y se fue sin convertirse.

Justos

La ley revive el pecado (7:8,9). Puesto que Pablo era fariseo devoto, y procuraba obedecer la ley antes de su conversión, es más fácil entender estos versículos. (Lee Filipenses 3:1-11 y Gálatas 1 para más información sobre la relación de Pablo con la ley antes de su conversión.) Recuerda que el poder del pecado es la ley (I Corintios 15:56). Puesto que tenemos una naturaleza pecaminosa, la ley despertará esa naturaleza como el imán atrae el acero.

Hay algo en la naturaleza humana que quiere rebelarse cada vez que se le impone una nueva ley. Una vez yo estaba en un parque mirando las bancas recién pintadas; y noté un anuncio en cada banca: “No tocar”. Mientras observaba, vi a varias personas deliberadamente tocando la pintura fresca. ¿Por qué? Porque el anuncio les decía que no lo hicieran. Dígale a un niño que no se acerque al agua, y precisamente eso es lo que hará. ¿Por qué? “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7).

Los creyentes que tratan de vivir por medio de reglas y normas descubren que su sistema legalista sólo incita a más pecados y crea más problemas. Las iglesias de Galacia eran muy legalistas, y tuvieron toda clase de problemas. “Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros” (Gálatas 5:15). Su legalismo no los hizo más espirituales; los hizo más pecaminosos. ¿Por qué? Porque la ley revive el pecado en nuestra naturaleza.

La ley mata (7:10,11). “...Porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley” (Gálatas 3:21). Pero la ley no puede dar vida; sólo puede mostrar al pecador que es culpable y que está condenado. Esto explica por qué las iglesias legalistas no crecen ni

Los Creyentes y la Ley

llevan fruto espiritual. Viven según la ley, y la ley siempre mata. No hay iglesia más muerta que aquella iglesia ortodoxa que se jacta de sus *normas elevadas* y que trata de vivir de acuerdo con ellas en sus propias fuerzas. A menudo los miembros de tal iglesia comienzan a juzgarse y condenarse unos a otros, y el triste resultado es un pleito que divide la iglesia y deja a los miembros—o a los exmiembros—enojados y amargados.

A medida que el nuevo creyente crece, está en contacto con varias filosofías sobre la vida cristiana. Puede leer libros, asistir a seminarios, escuchar cintas grabadas, y recibir mucha información. Si no tiene cuidado, empezará a seguir a un líder humano y aceptará sus enseñanzas como si fueran leyes. Esta práctica es una forma de legalismo muy sutil, y mata el crecimiento espiritual. Ningún maestro humano puede tomar el lugar de Cristo; ningún libro puede tomar el lugar de la Biblia. Los hombres nos pueden dar información, pero solamente el Espíritu puede darnos iluminación y ayudarnos a entender las verdades espirituales. El Espíritu nos ilumina y capacita; ningún líder humano puede hacer esto.

La ley nos muestra la pecaminosidad del pecado (7:12,13). Los no salvos saben que hay tal cosa como pecado, pero no comprenden la pecaminosidad del pecado. Muchos creyentes no comprenden la verdadera naturaleza del pecado. A veces excusamos nuestros pecados llamándolos *errores o debilidades*, pero Dios siempre los condena y procura hacernos ver que son *excesivamente pecaminosos*. Mientras no comprendamos la gravedad de nuestros pecados, nunca tendremos el deseo de combatirlos y vivir en victoria.

El argumento de Pablo aquí es fuerte: (1) La ley no es pecado—es santa, justa y buena; (2) pero la ley revela el

Justos

pecado, lo revive, y luego lo usa para matarnos; si algo tan bueno como la ley hace esto, definitivamente algo anda mal; (3) la conclusión: vemos cuán pecaminoso es el pecado en que puede usar algo tan bueno como la ley para producir resultados tan trágicos. El pecado es en verdad *excesivamente pecaminoso*. El problema no es la ley, sino la naturaleza pecaminosa. Esto prepara el camino para el tercer tema del capítulo.

La Incapacidad de la Ley (Romanos 7:14-25)

Habiendo explicado lo que la ley hace, ahora Pablo explica lo que no puede hacer.

La ley no le puede cambiar (7:14). Cuatro palabras se usan para describir la ley: santa, justa, buena y espiritual. Que la ley sea santa y justa, nadie puede negarlo. La ley es buena. Nos revela la santidad de Dios y nos ayuda a ver la necesidad de un Salvador.

¿Qué significa la declaración que “la ley es espiritual”? Quiere decir que la ley trata con el hombre interior, la parte espiritual, así como con las acciones externas. Cuando la ley fue dada en Exodo, se hizo hincapié en las acciones externas. Pero cuando Moisés expuso de nuevo la ley en Deuteronomio, puso énfasis en la cualidad espiritual de la ley en relación con el corazón del hombre. Este énfasis se declara en Deuteronomio 10:12,13. La repetición de la palabra “amor” en Deuteronomio también muestra que esa interpretación más profunda de la ley se relaciona con el hombre interior (Deuteronomio 4:37; 6:4-6; 10:12; 11:1; 30:6,16,20).

Nuestra naturaleza es carnal; pero la naturaleza de la ley es espiritual. Esto explica por qué la naturaleza vieja responde a la ley como lo hace. Se ha dicho bien que “la vieja naturaleza no conoce ninguna ley, y que la nueva

Los Creyentes y la Ley

naturaleza no necesita ninguna ley”. La ley no puede transformar la vieja naturaleza; sólo puede revelar cuán pecaminosa es. El creyente que trata de vivir bajo la ley solamente *activará* la vieja naturaleza; no la erradicará.

La ley no le puede capacitar para hacer lo bueno (7:15-21). Tres veces en este pasaje Pablo declara que el pecado mora en nosotros (vs.14,18,20). El se estaba refiriendo, por supuesto, a la vieja naturaleza. También es cierto que el Espíritu Santo mora en nosotros; y en el capítulo 8 Pablo explica cómo el Espíritu de Dios nos ayuda a vivir en victoria; algo que la ley no puede hacer.

Los muchos pronombres en esta sección indican que el escritor tiene un problema con el *yo*. Esto no quiere decir que el creyente tiene una personalidad dividida, porque no la tiene. La salvación hace completo al hombre. Sin embargo, es verdad que la mente, la voluntad y el cuerpo del creyente pueden ser controlados tanto por la vieja naturaleza como por la nueva; tanto por la carne como por el Espíritu. Las declaraciones aquí indican que el creyente tiene dos problemas serios: (1) No puede hacer el bien que quiere hacer, y (2) hace el mal que no quiere hacer.

¿Quiere decir esto que Pablo no podía dejar de quebrantar la ley de Dios, que era mentiroso y homicida? Por supuesto que no. Pablo estaba diciendo que en su propia fuerza no podía obedecer la ley de Dios; y aun cuando lo hiciera, sus obras estaban manchadas de pecado. Aun cuando hiciera lo mejor, tendría que reconocer que era *un siervo inútil* (Lucas 17:10). “Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí” (Romanos 7:21). Por supuesto, este es un problema diferente de él del capítulo 6. En el capítulo 6 el problema era “¿cómo puedo dejar de hacer lo malo?” En cambio, el problema aquí es: “¿cómo puedo hacer lo bueno?”

Justos

El legalista dice: "Obedezca la ley y tu harás lo bueno y vivirás una vida buena". Pero la ley sólo revela y revive el pecado, mostrando cuán pecaminoso es. Me es imposible obedecer la ley porque tengo una naturaleza pecaminosa que se rebela contra la ley de Dios. Aunque yo piense que he hecho bien, sé que el pecado está presente. La ley es buena, pero yo soy malo por naturaleza. Así que, el legalista está equivocado: La ley no nos puede capacitar para hacer lo bueno.

La ley no puede libertarte (7:21-24). El creyente tiene una vieja naturaleza que lo quiere mantener en esclavitud: "Me libraré de estos antiguos pecados", dice el creyente. "Determino que de aquí en adelante no haré esto más". ¿Qué sucede? Se esfuerza con toda su voluntad y energía, y por un tiempo tiene éxito; y cuando menos lo espera, cae otra vez. ¿Por qué? Porque trata de vencer su vieja naturaleza por la ley, y la ley no nos puede librar de la vieja naturaleza. Cuando el creyente se pone bajo la ley, solamente está fortaleciendo la vieja naturaleza; porque *el poder del pecado es la ley* (I Corintios 15:56). En vez de ser una dínamo que nos da poder para vencer, la ley es un imán que nos atrae a toda clase de pecados y corrupción. El hombre interior puede deleitarse en la ley de Dios (Salmo 119:35), pero la vieja naturaleza se deleita en quebrantar la ley de Dios. No es extraño que el creyente bajo la ley llega a estar cansado y desanimado, y finalmente se da por vencido. Está cautivo y su condición es "desventurada". (La palabra griega indica una persona agotada por una batalla.) ¿Qué puede ser más agotador que esforzarse con todas sus energías para vivir una vida buena, sólo para descubrir que lo mejor que hace todavía no es suficiente.

Los Creyentes y la Ley

¿Hay liberación? Por supuesto. *Doy gracias a Dios que hay alguien que me liberará—Jesucristo nuestro Señor.* Ya que el creyente está unido con Cristo, está muerto a la ley y ya no más bajo su dominio. Pero está vivo para con Dios y puede apropiarse del poder del Espíritu Santo. La explicación de esta victoria se da en el capítulo 8.

La última oración del capítulo 7 no nos enseña que el creyente vive una vida dividida: pecando con la carne, pero sirviendo a Dios con la mente. Esto significaría que su cuerpo sería usado en dos maneras contrarias *a la vez*, lo cual es imposible. El creyente comprende que hay una lucha interna entre la carne y el Espíritu (Gálatas 5:16-18), pero se da cuenta que la una o el otro tiene que tener el control.

Por la “mente” Pablo quiere decir “el hombre interior” (v.22), en contraste a la “carne” (v.18). Amplifica este pensamiento en Romanos 8:5-8. La vieja naturaleza no puede hacer nada bueno. Todo lo que la Biblia dice acerca de la vieja naturaleza es negativo: *nada bueno* (Romanos 7:18); “la carne para nada aprovecha” (Juan 6:63); “no teniendo confianza en la carne” (Filipenses 3:3). Si dependemos de los esfuerzos de la carne, no podemos servir a Dios, ni agradarle, ni hacer nada bueno. Pero si nos rendimos al Espíritu Santo, entonces tenemos el poder que necesitamos para obedecer su voluntad. La carne nunca servirá a la ley de Dios, porque la carne está en guerra contra Dios. Pero el Espíritu solamente puede obedecer la ley de Dios. Por lo tanto, el secreto para hacer lo bueno es rendimos al Espíritu Santo.

Pablo aludió a esto en los primeros versículos de este capítulo cuando escribió: “...a fin de que llevemos fruto para Dios” (v.4). Tal como estamos muertos a la vieja naturaleza así estamos muertos a la ley. Pero estamos

Justos

unidos con Cristo y vivos en Cristo, y por lo tanto podemos llevar fruto para Dios. Es nuestra unión con Cristo lo que nos capacita para servir a Dios aceptablemente. “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). Eso resolvió el problema de Pablo en Romanos 7:18: “Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo”.

La vieja naturaleza no reconoce ninguna ley y la nueva naturaleza no necesita ley. El legalismo hace desventurada a una persona porque contrista a la nueva naturaleza e irrita a la vieja naturaleza. El legalista llega a ser un fariseo cuyas acciones externas son aceptables, pero sus actitudes internas son despreciables. No es sorpresa que Jesús los llamara “sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia” (Mateo 23:27). ¡Cuán desventurado puede ser el hombre!

Lo mejor aún está por venir. El próximo capítulo explica la obra del Espíritu Santo de vencer lo malo y producir lo bueno.

Romanos 8:1-39

¹Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. ²Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. ³Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; ⁴para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.

(Romanos 8:1-4)

¹¹Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros. ¹²Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; ¹³porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. ¹⁴Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. ¹⁵Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! ¹⁶El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. ¹⁷Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.

(Romanos 8:11-17)

³⁸Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ³⁹ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

(Romanos 8:38,39)

Libertad y Realización

El 6 de enero de 1941, Franklin D. Roosevelt, quien fuera entonces presidente de los Estados Unidos de América del Norte, habló al congreso acerca del estado de la guerra en Europa. Mucho de lo que dijo ese día ha sido olvidado. Pero al final de su discurso dijo que él contemplaba un futuro en el cual el mundo estaría fundado sobre cuatro libertades humanas esenciales. Las mencionó: libertad de expresión, libertad de religión, libertad de la pobreza y libertad del temor. Estas palabras todavía se recuerdan, aunque sus ideales aún no se han realizado en ninguna parte del mundo.

Romanos 8 es la *Declaración de libertad* del creyente, porque Pablo declara aquí las cuatro libertades espirituales que gozamos por nuestra unión con Cristo Jesús. Un estudio del capítulo nos mostrará el énfasis que se hace sobre el Espíritu Santo quien se menciona diecinueve veces. “Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (II Corintios 3:17).

Libertad del Juicio—Ninguna Condenación (Romanos 8:1-4)

Romanos 3:20 muestra el “ya que” de condenación; pero Romanos 8:1 nos da el “ahora, pues” de ninguna condenación—una gran verdad y la conclusión de un argumento maravilloso. (Las palabras “los que no andan...” no pertenecen al pasaje según los mejores manuscritos. No tenemos que cumplir con ninguna condición.) La base para esta hermosa seguridad es la frase “en Cristo Jesús”. En

Justos

Adán estamos condenados. En Cristo, ¡no hay condena-ción!

El versículo no dice ningún *error* o ninguna *falla* ni siquiera dice ningunos *pecados*. Los creyentes fallan y cometen errores, y pecan. Abraham mintió acerca de su esposa; David cometió adulterio; Pedro trató de matar a un hombre con su espada. Por supuesto, ellos sufrieron las consecuencias por sus pecados, pero no sufrieron la condena-ción.

La ley condena; pero el creyente tiene una nueva relación con la ley, y por lo tanto, no puede ser condenado. Pablo declaró tres cosas acerca del creyente y la ley, y juntas resultan en: *Ninguna condenación*.

La ley no te puede exigir nada (8:2). El creyente ha sido libertado de la ley del pecado y de la muerte. Ahora tiene vida en el Espíritu. Ha sido cambiado a una esfera de vida completamente nueva en Cristo. En Romanos 7:7-25 Pablo describió “la ley del pecado y de la muerte”. Y en Romanos 8 describe “la ley del Espíritu de vida”. La ley ya no tiene jurisdicción sobre el creyente; pues, está muerto a la ley (Romanos 7:4) y es libre (8:2).

La ley no te puede condenar (8:3). ¿Por qué? Porque Cristo ya sufrió esa condena-ción en la cruz. La ley no podía salvar; sólo condenar. Pero Dios envió a su Hijo a salvarnos, y a hacer lo que la ley no pudo hacer. Jesús no vino como ángel; vino como hombre. No vino “en carne de pecado”, porque eso lo habría constituido pecador. Vino en “semejanza” de carne de pecado, como hombre. El llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz.

La ley de doble responsabilidad establece que un hombre no puede ser juzgado dos veces por el mismo crimen. Ya que Cristo pagó la pena por nuestros pecados, y siendo que estamos en Cristo, Dios no nos condenará.

Libertad y Realización

La ley no te puede controlar (8:4). El creyente vive una vida justa, no por el poder de la ley, sino por el poder del Espíritu Santo. La ley no tiene poder para producir santidad; sólo puede revelar y condenar el pecado. Pero el Espíritu Santo, quien mora en el creyente, lo capacita para andar en obediencia a la voluntad de Dios. La justicia que Dios demanda en la ley se cumple en el creyente por medio del poder del Espíritu. En el Espíritu Santo hay vida y libertad (Romanos 8:2).

El legalista trata de obedecer a Dios en su propio poder y fracasa en alcanzar la medida de justicia que Dios demanda. El creyente que es guiado por el Espíritu experimenta la obra santificadora del Espíritu en su vida, a medida que se rinde al Señor. “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). Este hecho nos guía a la segunda libertad que gozamos como creyentes.

Libertad de la Derrota—Ninguna Obligación (Romanos 8:5-17)

“Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne” (Romanos 8:12). No tenemos obligación con la vieja naturaleza. El creyente puede vivir en victoria. En esta sección Pablo describe la vida en tres diferentes niveles; y anima a sus lectores a que vivan en el nivel más elevado.

No tiene el Espíritu (8:5-8). Pablo no está describiendo a dos clases de creyentes, uno carnal y el otro espiritual. Está contrastando al salvo con el no salvo. Hay cuatro contrastes:

En la carne—en el Espíritu (8:5). La persona no salva no tiene el Espíritu de Dios (Romanos 8:9) y vive *en* la carne y *para* la carne. Su mente está centrada en las cosas

Justos

que satisfacen a la carne. Pero el creyente tiene el Espíritu de Dios y vive en una esfera completamente nueva y diferente. Su mente está puesta en las cosas del Espíritu. Esto no quiere decir que el incrédulo nunca hace nada bueno ni que el creyente nunca haga algo malo. Quiere decir que la inclinación de sus vidas es diferente. Uno vive para la carne, el otro vive para el Espíritu.

Muerte—vida (8:6). La persona no salva está viva físicamente, pero muerta espiritualmente. El hombre interior está muerto hacia Dios y no responde a las cosas del Espíritu. Quizá sea moral, y aun religioso; pero le falta vida espiritual. Necesita el “Espíritu de vida en Cristo Jesús...” (Romanos 8:2).

Guerra contra Dios—paz con Dios (8:6,7). En nuestro estudio de Romanos 7 vimos que la vieja naturaleza se rebela contra Dios y no se sujeta a la ley de Dios. Los que han confiado en Cristo gozan de la *paz con Dios* (Romanos 5:1), mientras que el no salvo está en guerra contra Dios. “No hay paz para los malos, dijo Jehová” (Isaías 48:22).

Agradándose a si mismo—agradando a Dios (8:8). Estar *en la carne* significa estar perdido—estar fuera de Cristo. El incrédulo vive para agradarse a sí mismo, y es raro si piensa en agradar a Dios. La raíz del pecado es el egoísmo—“hágase mi voluntad” y no “hágase tu voluntad”.

Cuando uno no es salvo y no tiene el Espíritu, vive en el nivel de vida más bajo, pero no tiene que quedarse allí, porque por medio de la fe en Cristo puede ascender al segundo nivel.

Tiene el Espíritu (8:9-11). “Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros” (Romanos 8:9). La evidencia de conversión es la presencia del Espíritu Santo en el creyente, porque le da testimonio de que es hijo de Dios (Roma-

Libertad y Realización

nos 8:16). Tu cuerpo llega a ser en verdad el templo del Espíritu Santo (I Corintios 6:19,20). Aunque el cuerpo está destinado a morir por causa del pecado (a menos que el Señor venga antes), el Espíritu da vida al cuerpo hoy para que podamos servir a Dios. Si morimos, el cuerpo un día resucitará de entre los muertos porque el Espíritu Santo ha sellado a cada creyente (Efesios 1:13,14).

¡Qué diferencia produce la presencia del Espíritu en tu cuerpo! Experimenta nueva vida, y aun tus facultades físicas toman una nueva dimensión de experiencia. Al describir su experiencia de conversión D. L. Moody dijo: “Estaba en un mundo nuevo. Al día siguiente el sol brilló más y los pájaros contaron más dulce... los viejos olmos movían de gozo sus ramas, y toda la naturaleza estaba en paz”. La vida en Cristo es vida abundante.

Pero hay un tercer nivel de experiencia para el cual los otros dos son la preparación.

El Espíritu nos tiene a nosotros (8:12-17). No es suficiente que tengamos el Espíritu; el Espíritu debe tenernos a nosotros. Sólo así, puede compartir con nosotros la vida abundante y victoriosa que puede ser nuestra en Cristo. No tenemos obligación con la carne, porque la carne sólo nos ha traído problemas en nuestra vida. Tenemos una obligación con el Espíritu Santo porque es el Espíritu quien nos convenció, nos reveló la persona y obra de Cristo y nos impartió vida eterna cuando confiamos en Cristo. Puesto que él es “el Espíritu de vida”, puede darnos poder para obedecer a Cristo, y nos puede capacitar para ser más semejantes a Cristo.

Pero también es el Espíritu de muerte. Nos puede capacitar para *hacer morir* las obras pecaminosas de la carne (Colosenses 3:5). A medida que presentamos los miembros de nuestro cuerpo al Espíritu (Romanos 6:12-

Justos

17), él hace eficaz en nuestras vidas la muerte y resurrección de Cristo. Hace morir las cosas de la carne, y produce las cosas del Espíritu.

El Espíritu Santo también es “el Espíritu de adopción” (8:14-17). La palabra adopción en el Nuevo Testamento significa *ser colocado como un hijo adulto*. Entramos a la familia de Dios por nacimiento. Pero en el instante que nacemos en la familia de Dios, Dios nos adopta y nos da la posición de un hijo adulto. Un bebé no puede andar, hablar, tomar decisiones, o usar la riqueza de la familia. Pero el creyente puede hacer todo esto al instante que nace de nuevo.

Puede andar y ser “guiado por el Espíritu” (8:14). El verbo aquí quiere decir *guiado voluntariamente*. Nos rendimos al Espíritu, y él nos guía por su Palabra día tras día. No somos esclavos de la ley, temiendo actuar. Tenemos la libertad del Espíritu y somos libres para seguir a Cristo. El creyente también puede hablar: “clamamos, ¡Abba, Padre!” (8:15). ¿No sería asombroso si un recién nacido alzara la vista a su padre y lo saludara? Primero, el Espíritu en nosotros dice: “¡Abba, Padre!” (Gálatas 4:6), y luego nosotros se lo decimos a Dios. (“Abba” significa “papá”, un término de cariño.)

Un bebé no puede firmar cheques, pero el hijo de Dios por la fe puede usar su riqueza espiritual porque es heredero de Dios y coheredero con Cristo (8:17). El Espíritu nos enseña de la Palabra, y luego recibimos por fe las riquezas de Dios. ¡Qué emocionante es tener el “Espíritu de adopción” obrando en nuestra vida!

No es necesario que el creyente sea derrotado. Puede rendir su cuerpo al Espíritu y por fe vencer la vieja naturaleza. Como *Espíritu de vida*, nos da poder; como *Espíritu de muerte*, nos da la victoria sobre la carne; y como

Libertad y Realización

Espíritu de adopción, nos provee riquezas espirituales y nos guía en la voluntad de Dios.

Libertad del Desaliento—Ninguna Frustración (Romanos 8:18-30)

En esta sección Pablo trata el gran problema del sufrimiento y el dolor. Quizá la mejor manera de entender esta sección es notar los tres *gemidos* que se discuten.

El gemido de la creación (8:18-22). Cuando Dios terminó la creación, vio que era buena (Génesis 1:31); pero ahora es una creación que gime. Hay sufrimientos y muerte; hay dolor, todo lo cual es, por supuesto, resultado del pecado de Adán. No es culpa de la creación. Nota las palabras que Pablo usa para describir la situación crítica de la creación: aflicciones (v.18), vanidad (v.20), esclavitud (v.21), corrupción (v.21) y dolores (v.22). Sin embargo, este gemir no es algo inútil: Pablo lo compara a una mujer en la hora del parto. Hay dolor, pero el dolor terminará al nacer el niño. Un día la creación será liberada, y la creación que gime llegará a ser una creación gloriosa. El creyente no enfoca su atención en las aflicciones actuales; mira hacia adelante a la gloria del mañana (v.18; II Corintios 4:15-18). El gemido actual de esclavitud será transformado en la gloriosa libertad del mañana.

Los creyentes gimen (8:23-25). La razón de nuestro gemido es que hemos experimentado “las primicias del Espíritu”, un anticipo de la gloria venidera. Así como la nación de Israel probó las primicias de la tierra de Canaán cuando regresaron los espías (Números 13:23-27), los creyentes han probado las bendiciones celestiales por medio del ministerio del Espíritu. Esto nos hace desear ver al Señor, recibir el nuevo cuerpo, y vivir con él y servirle para siempre. Estamos esperando “la adopción”, la reden-

Justos

ción de nuestro cuerpo, en la venida del Señor (Filipenses 3:20,21). Este es el emocionante clímax de la *adopción* que aconteció en el momento de la conversión cuando “el Espíritu de adopción” nos dio una posición de adultos en la familia de Dios. Cuando Cristo venga tomaremos posesión de nuestra herencia completa.

Mientras tanto, aguardamos con esperanza. “Porque en esperanza fuimos salvos” (8:24). ¿Cuál esperanza? “La esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2:13). Lo mejor aún está por venir. El creyente no se frustra al ver y experimentar el sufrimiento y el dolor en este mundo. Sabe que un día el sufrimiento temporal será substituido por la gloria eterna.

El Espíritu Santo gime (8:25-30). Dios tiene interés en las pruebas de su pueblo. Cuando Cristo ministraba en la tierra, gemía al ver lo que el pecado estaba causando a la humanidad (Marcos 7:34; Juan 11:33, 38). Hoy en día el Espíritu Santo gime en nosotros y siente la carga de nuestras debilidades. Pero el Espíritu aun hace más que gemir; ora por nosotros en su gemir a fin de que seamos guiados en la voluntad de Dios. No siempre conocemos la voluntad de Dios. Tampoco sabemos siempre cómo orar, pero el Espíritu intercede para que vivamos en la voluntad de Dios a pesar de las aflicciones. El Espíritu comparte la carga.

El creyente nunca tiene que desmayar en tiempos de aflicción y de prueba porque sabe que Dios obra en el mundo (8:28), y que tiene un plan perfecto (8:29). Dios tiene dos propósitos en ese plan: nuestro bien y su gloria. Finalmente, nos hará semejantes a Jesucristo. Lo mejor de todo es que su plan tendrá éxito. Comenzó en el pasado en la eternidad cuando nos escogió en Cristo (Efesios 1:4,5).

Libertad y Realización

El determinó de antemano que un día fuésemos semejantes a su Hijo. La predestinación se aplica solamente a los salvos. En ninguna parte se nos enseña que Dios haya predestinado personas a la condenación eterna. Si se condenan, será porque rehusaron confiar en Cristo (Juan 3:18-21). Aquellos a quienes escogió, los llamó (ve II Tesalonicenses 2:13,14); cuando respondieron a su llamamiento, los justificó y también los glorificó. Esto quiere decir que el creyente ya ha sido glorificado en Cristo (Juan 17:22); la revelación de esta gloria se espera en la venida del Señor (Romanos 8:21-23).

¿Cómo podemos los creyentes estar desanimados y frustrados cuando ya compartimos la gloria de Dios? Nuestras aflicciones presentes sólo nos garantizan mucho más gloria cuando Jesucristo venga.

La Libertad del Temor—Ninguna Separación (Romanos 8:31-39)

No hay condenación porque compartimos la justicia de Dios y la ley no puede condenarnos. No hay obligación porque tenemos al Espíritu de Dios quien nos da poder para vencer la carne y vivir para Dios. No hay frustración porque compartimos la gloria de Dios, la bendita esperanza de la venida de Cristo. No hay separación porque experimentamos el amor de Dios: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (Romanos 8:35).

En esta sección final el énfasis se hace sobre la seguridad del creyente. No necesitamos temer lo pasado, lo presente ni lo futuro, porque estamos seguros en el amor de Cristo. Pablo presenta cinco argumentos para probar que no puede haber separación entre el creyente y el Señor.

Dios es por nosotros (8:31). El padre es por nosotros y lo demostró dando a su Hijo (8:32). El Hijo es por noso-

Justos

tros (8:34) y asimismo *el Espíritu* (8:26). Dios hace que todas las cosas obren a nuestro favor (8:28). En su persona y providencia, Dios es por nosotros. Algunas veces, nos lamentamos como Jacob: “Contra mí son todas estas cosas” (Génesis 42:36), cuando todo realmente nos ayuda a bien. La conclusión es obvia: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”

El creyente necesita comenzar cada día reconociendo que Dios es por él. No hay por qué temer, porque su Padre amante sólo desea lo mejor para sus hijos, aunque tengan que pasar por pruebas para recibir lo mejor de él. “Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis” (Jeremías 29:11).

Cristo murió por nosotros (8:32). El argumento aquí va de lo menor a lo mayor. Si cuando éramos pecadores Dios nos dio lo mejor, ahora que somos sus hijos, ¿no nos dará todo lo que necesitamos? Jesús usó este mismo argumento cuando trató de convencer a la gente de que era una necesidad preocuparse y temer. Dios cuida de las aves y de las ovejas, y aun de los lirios. Seguramente cuidará de sus hijos. Dios trata con los suyos sobre la base de la gracia manifestada en el Calvario, y no sobre la base de la ley. Dios da gratuitamente todas las cosas a los suyos.

Dios nos ha justificado (8:33). Esto significa que nos ha declarado justos en Cristo. A Satanás le gustaría acusarnos (Apocalipsis 12:10; Zacarías 3:1-7), pero permanecemos justos en Jesucristo. Somos los elegidos de Dios—escogidos y aceptados en Cristo. Seguramente Dios no nos acusará, ya que nos ha justificado. Porque el acusarnos significaría que su salvación fuera un fracaso y aún estaríamos en nuestros pecados.

Libertad y Realización

La comprensión del significado de la justificación trae paz a nuestros corazones. Dios declara al pecador justo en Cristo cuando cree, y esa declaración nunca cambia. Nuestra experiencia cristiana cambia de día en día, pero nuestra justificación nunca cambia. Podemos acusarnos a nosotros mismos, y otros pueden acusarnos; pero Dios nunca nos acusará. Cristo ya pagó la pena y estamos seguros en él.

Cristo intercede por nosotros (8:34). Una doble intercesión guarda al creyente seguro en Cristo; el Espíritu intercede (8:26,27) y el Hijo de Dios intercede (8:34). El mismo Salvador que murió por nosotros está ahora en el cielo intercediendo por nosotros. Como nuestro Sumo Sacerdote, nos puede dar la gracia que necesitamos para vencer la tentación y para derrotar al enemigo (Hebreos 4:14-16). Como nuestro abogado puede perdonar nuestros pecados y restaurar nuestra comunión con Dios (I Juan 1:9—2:2). Intercesión significa que Jesucristo nos represente ante el trono de Dios y no tenemos que representarnos a nosotros mismos.

Pablo aludió a este ministerio de intercesión en Romanos 5:9,10. No sólo somos salvos por su muerte, sino que también somos salvos por su vida. “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25). Pedro pecó contra el Señor, pero fue perdonado y restaurado a la comunión por causa de Jesucristo. “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lucas 22:31,32). Cristo está intercediendo por cada uno de nosotros, un ministerio que garantiza nuestra seguridad.

Justos

Cristo nos ama (8:35-39). En los versículos 31-34 Pablo demostró que Dios no nos puede fallar, pero, ¿es posible que nosotros le fallemos? Suponga que venga una gran prueba o tentación y que fallemos. ¿Y luego qué? Pablo trata el problema en esta sección final y explica que nada nos puede separar del amor de Jesucristo.

Para comenzar, Dios no nos protege de las dificultades de la vida, porque las necesitamos para nuestro crecimiento espiritual (Romanos 5:3-5). En Romanos 8:28 Dios nos asegura que las dificultades de la vida obran, no en contra de nosotros, sino a nuestro favor. Dios permite que vengan pruebas para que las usemos para nuestro bien y para su gloria. Sobrellevamos pruebas por su causa (8:36), y siendo así, ¿será posible que nos abandone? Por supuesto que no. Más bien, está más cerca de nosotros cuando pasamos por las dificultades de la vida.

Además, nos da el poder para vencer (v.37). Somos “más que vencedores” por medio de Cristo Jesús, literalmente *somos supervencedores*. Nos da victoria sobre victoria. No tenemos que temer a la vida ni a la muerte, a las cosas presentes ni a las venideras, porque Jesucristo nos ama y nos da la victoria. Esta no es una promesa con condiciones adicionales: “Si haces esto, Dios hará aquello”. Esta seguridad en Cristo es un hecho establecido, y la reclamamos porque estamos en Cristo. Nada nos puede separar de su amor. Debemos creer esta gran verdad y regocijarnos en ella.

Un repaso de este maravilloso capítulo muestra que el creyente es completamente victorioso. Somos libres de condenación porque Cristo murió por nosotros y tenemos su justicia. Somos libres de la derrota porque Cristo vive en nosotros por su Espíritu y compartimos su vida. Somos libres del desaliento porque Cristo viene por nosotros y

Libertad y Realización

compartiremos su gloria. Somos libres de temor porque Cristo intercede por nosotros y no podemos ser separados de su amor. ¡Ninguna condenación! ¡Ninguna obligación! ¡Ninguna frustración! ¡Ninguna separación!

Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?

Romanos 9:1-33

¹Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, ²que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. ³Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; ⁴que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; ⁵de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén.

(Romanos 9:1-5)

²⁰Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ²¹¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? ²²¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, ²³y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria, ²⁴a los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros, no sólo de los judíos, sino también de los gentiles?

(Romanos 9:20-24)

³⁰¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe; ³¹mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ³²¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley, pues tropezaron en la piedra de tropiezo, ³³como está escrito: "He aquí pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de caída; Y el que creyere en él, no será avergonzado".

(Romanos 9:30-33)

8

¿Se Equivocó Dios?

Parece extraño que Pablo interrumpiera su discusión de la salvación y dedicara una larga sección de tres capítulos a la nación de Israel. ¿Por qué no prosiguió de la enseñanza doctrinal del capítulo 8 a los deberes prácticos de los capítulos 12—15? Un estudio cuidadoso de Romanos 9—11 revelará que esta sección no es en verdad una interrupción; es una parte necesaria del argumento de Pablo sobre la justificación por la fe.

Para comenzar, Pablo era considerado un traidor de la nación de Israel. El predicó a los gentiles y enseñó libertad de la ley de Moisés. Predicó en muchas sinagogas y causó muchos problemas, y sin duda muchos judíos de Roma habían oído acerca de su dudosa reputación. En estos capítulos Pablo mostró su amor por Israel y su preocupación por el bienestar de ellos. Esta es la razón personal de Pablo para esta discusión.

Pero había una razón doctrinal. Pablo había argumentado en Romanos 8 que el creyente está seguro en Cristo y que la elección divina permanecería (8:28-30). Pero alguien podía preguntar: “¿Qué acerca de los judíos? Fueron escogidos por Dios, y sin embargo, ahora dices que han sido puestos a un lado y que Dios está edificando su iglesia. ¿Faltó Dios a sus promesas a Israel?” En otras palabras, el carácter mismo de Dios estaba de por medio. Si Dios no fuera fiel a los judíos, ¿cómo podemos saber que será fiel a la iglesia?

El énfasis en el capítulo 9 se hace sobre la elección pasada de Israel; en el capítulo 10 sobre el rechazo presente de Israel; y en el capítulo 11 sobre la restauración

Justos

futura de Israel. Israel es la única nación en el mundo con una historia completa—pasada, presente y futura. En el capítulo 9, Pablo defendió el carácter de Dios al mostrar que la historia pasada de Israel en realidad magnifica los atributos de Dios. Específicamente menciona cuatro atributos de Dios: su fidelidad (vs.1-13), su rectitud (vs.14-18), su justicia (vs.19-29), y su gracia (vs.30-33). Estas divisiones corresponden a las tres preguntas de Pablo: “¿Qué hay injusticia en Dios?” (v.14); “¿Por qué, pues, inculpa?” (v.19); y “¿Qué, pues diremos?” (v.30).

La Fidelidad de Dios (Romanos 9:1-13)

Es notable la manera en que Pablo cambia del tema del gozo en el capítulo 8 al tema de la tristeza y preocupación en el capítulo 9. Cuando miró a Cristo, se regocijó; pero cuando vio al pueblo de Israel perdido, lloró. Como Moisés (Exodo 32:30-35), Pablo estaba dispuesto a ser maldito (anatema) y separado de Cristo si eso significara la salvación de Israel. ¡Qué hombre era Pablo! Estaba dispuesto a perder el cielo e ir al infierno por amor a sus hermanos (9:3).

Su tema era la elección divina de Israel; y la primera cosa que trató fue la bendición de su elección (vs.4,5). Israel fue adoptado por Dios como su pueblo (Exodo 4:22, 23). Les dio su gloria en el tabernáculo y en el templo (Exodo 40:34-38; I Reyes 8:10,11). La gloria que Moisés contempló en el monte Sinaí vino a morar con Israel (Exodo 24:16,17). Dios le dio a Israel sus pactos, el primero a Abraham, y luego unos pactos adicionales a Moisés y a David. También les dio su ley para gobernar su vida política, social y religiosa; y la obediencia a esa ley les aseguraba la bendición de Dios. Les dio “el culto”, refiriéndose al ministerio del tabernáculo y el templo. Les

¿Se Equivocó Dios?

dio las promesas y los patriarcas (v.5). El propósito de estas bendiciones fue que Cristo viniera al mundo a través de Israel. (Nota que el versículo 5 afirma que Cristo es Dios.) Todas estas bendiciones se dieron gratuitamente a Israel y a ninguna otra nación.

Pero a pesar de estas bendiciones, Israel falló. Cuando el Mesías apareció, Israel lo rechazó y lo crucificó. Ninguno supo esto mejor que Pablo, porque al principio había perseguido a la iglesia. ¿Significa el fracaso de Israel que falló la palabra de Dios? (La palabra griega traducida “fallado” presenta un cuadro de un barco saliéndose de su curso.) La respuesta es: “No, Dios es fiel sin importar lo que el hombre pueda hacer con su Palabra”. Aquí, Pablo explica las bases de la elección de Israel.

No fue por descendencia natural (9:6-10). Como vimos en Romanos 2:25-29, hay diferencia entre la simiente natural de Abraham y sus hijos espirituales. Recuerde que tuvo dos hijos, Ismael (de Agar) e Isaac (de Sara). Ya que Ismael era el primogénito, debía haber sido el escogido, pero Dios escogió a Isaac. Isaac y Rebeca tuvieron hijos gemelos, Esaú y Jacob. Como el primogénito, Esaú debía ser el escogido, pero Dios escogió a Jacob. Jacob y Esaú tuvieron el mismo padre y la misma madre; no así Ismael e Isaac quienes tuvieron el mismo padre pero no la misma madre. Dios no basó su elección en lo físico. Por lo tanto, si la nación de Israel—los descendientes de Abraham según la carne—ha rechazado la Palabra de Dios, esto no anula en nada el propósito de Dios en la elección.

No es por méritos humanos (9:11-13). Dios escogió a Jacob antes que los niños nacieran. Ninguno de los dos había hecho ni bien ni mal; así que la elección de Dios no se basó en su carácter o conducta. El versículo 13 es una referencia a Malaquías 1:2,3 y habla de las naciones (Israel

Justos

y Edom) y no de los pecadores como individuos. Dios no odia a los pecadores. Juan 3:16 aclara que Dios ama a los pecadores. La declaración aquí tiene que ver con la elección nacional, no con la individual. Siendo que la elección divina de Israel no depende de méritos humanos, su desobediencia no puede anular los propósitos de Dios en la elección. Dios es fiel aunque su pueblo sea infiel.

La Rectitud de Dios (Romanos 9:14-18)

El hecho de que Dios escogiera a uno y no al otro parece indicar que él es injusto. “¿Qué hay injusticia en Dios?” Pablo entonces replica: “En ninguna manera”. No es concebible que el Dios santo pueda cometer un acto de injusticia. La elección es totalmente un asunto de gracia. Si Dios actuara a base de su justicia, nadie sería salvo. Pablo citó Exodo 33:19 para mostrar que la misericordia y compasión de Dios se extienden de acuerdo con la voluntad de Dios y no con la del hombre. Todos merecemos condenación—y no misericordia. La referencia en Exodo 33 trata de la idolatría de Israel mientras Moisés estaba en el monte recibiendo la ley. Toda la nación merecía ser destruida; sin embargo, Dios sólo mató a 3.000 personas, no porque ellas fueran más impías o porque los demás fueran más piadosos, sino simplemente por su gracia y misericordia.

Luego Pablo citó Exodo 9:16, usando a Faraón como ilustración. Moisés era judío y Faraón era gentil. Sin embargo, ambos eran pecadores. En verdad, ambos eran homicidas. Ambos vieron las maravillas de Dios. Sin embargo, Moisés fue salvo y Faraón se perdió. Dios levantó a Faraón para revelar por medio de él su gloria y poder; y tuvo misericordia de Moisés para usarlo como libertador de su pueblo Israel. Faraón era un gobernante, y

¿Se Equivocó Dios?

Moisés un esclavo; pero fue Moisés quien experimentó la misericordia y compasión de Dios—porque Dios así lo designó. Dios es soberano en su obra y actúa según su voluntad y propósitos. Así que, no fue un asunto de justicia sino de soberana voluntad de Dios.

Dios es santo y tiene que castigar el pecado; pero Dios es amor y desea salvar a los pecadores. Si todos fueran salvos, esto negaría su santidad; pero si todos se perdieran, esto negaría su amor. La solución al problema es la soberana elección de Dios.

Un profesor del seminario una vez me dijo: “Trata de explicar la elección y te puedes volver loco; pero recházala y perderás tu alma”.

Dios escogió a Israel y condenó a Egipto, porque este era su propósito soberano. Nadie puede condenar a Dios por la manera que extiende su misericordia, porque Dios es justo.

Antes de dejar esta sección, necesitamos discutir *el endurecimiento* de Faraón (v.18). Este proceso de endurecimiento se menciona a lo menos 15 veces en Exodo 7—14. Algunas veces se nos dice que Faraón endureció su corazón (Exodo 8:15,19,32), y otras veces que Dios endureció el corazón de Faraón (Exodo 9:12; 10:1,20,27). Al declarar su Palabra y revelar su poder, Dios dio a Faraón oportunidad de arrepentirse, pero en vez de hacerlo, resistió a Dios y endureció su corazón. La falta no cayó sobre Dios, sino sobre Faraón. El mismo calor del sol que derrite el hielo, también endurece el barro. Dios no fue injusto en su trato con Faraón porque le dio muchas oportunidades de arrepentirse y creer.

La Justicia de Dios (Romanos 9:19-29)

Pero este hecho de la soberanía de Dios sólo parece crear otro problema. Si Dios es soberano, entonces ¿quién

Justos

puede resistirle? Y si alguien le resiste, ¿qué derecho tiene Dios de juzgar? Es la antigua pregunta sobre la justicia de Dios en su trato con la raza humana.

Recuerdo que en una ocasión yo testificaba y repartía tratados en una reunión al aire libre. La mayoría de la gente aceptaba con gratitud los folletos, pero un hombre tomó uno y con un gesto de desdén lo estrujó y lo tiró por el sumidero. El tratado se titulaba: *Cuatro cosas que Dios quiere que usted sepa*.

“Hay algunas cosas que me gustaría que Dios supiera”, dijo el hombre. “¿Por qué hay tanta tristeza y tragedia en el mundo? ¿Por qué sufre el inocente mientras que el rico se va libre? Bah, no me diga que hay Dios. Si lo hay, entonces Dios es el pecador más grande que jamás haya vivido”. Y se fue burlándose y se perdió entre la multitud.

Sabemos que Dios por naturaleza es perfectamente justo. “El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (Génesis 18:25). Es inconcebible que Dios tuviera un propósito injusto o que hiciera algo injusto. Pero a veces parece que sí. Tuvo misericordia de Moisés, pero condenó a Faraón. ¿Es justo esto? Escogió a Israel y rechazó a las demás naciones. ¿Es justo? Pablo da tres respuestas a esta acusación.

¿Quiénes somos nosotros para altercar con Dios? (9:19-21). Este es un argumento lógico. Dios es el alfarero y nosotros el barro. Dios es más sabio que nosotros y somos necios si resistimos a su voluntad o la ponemos en duda. (La referencia aquí es a Isaías 45:9.) De hecho, el barro no tiene vida y es pasivo en la mano del alfarero. Tenemos sentimientos, intelecto y fuerza de voluntad, y podemos resistirle si queremos. (Ve Jeremías 18 donde se desarrolla este pensamiento.) Pero es Dios quien determina si el hombre será un Moisés o un Faraón. Ni Moisés ni

¿Se Equivocó Dios?

Faraón ni ningún otro podía escoger a sus padres, ni su estructura genética, o la fecha o lugar de nacimiento. Tenemos que creer que estos asuntos están en las manos de Dios.

Sin embargo, esto no nos libra de la responsabilidad. Faraón tuvo grandes oportunidades de aprender acerca del Dios verdadero, y de confiar en él, pero escogió ser rebelde. Pablo no trata este aspecto de la verdad porque su tema era la soberanía divina, y no la responsabilidad humana. La una no niega a la otra, aunque nuestras mentes finitas no las alcancen a comprender.

Dios tiene sus propósitos (9:22-24). Nunca debemos pensar que Dios se haya gozado de ver a un tirano como Faraón. Lo toleró. Dios dijo a Moisés: “He visto la aflicción de mi pueblo... y he oído su clamor... pues he conocido sus angustias” (Exodo 3:7). El hecho de que Dios haya sido tolerante indica que le dio a Faraón oportunidad de ser salvo (ve II Pedro 3:9). La palabra “preparados” en el versículo 22 no sugiere que *Dios* hizo a Faraón un *vaso de ira*. El verbo se encuentra en lo que los gramáticos griegos llaman la voz media, haciéndolo un verbo de acción reflexiva. Así que, debe leerse: “Preparó a sí mismo para destrucción”. Dios prepara a los hombres para gloria (v.23), pero los pecadores se preparan a sí mismos para destrucción. En Moisés e Israel Dios reveló las riquezas de su misericordia; en Faraón y en Egipto reveló su ira y poder. Puesto que ninguno de éstos merecía misericordia, Dios no puede ser culpado de injusticia.

Por supuesto, el propósito final de Dios era formar su iglesia de ambos, judíos y gentiles (v.24). Los creyentes hoy son, por la gracia de Dios, “vasos de misericordia” que Dios está preparando para gloria. Esta verdad nos recuerda Romanos 8:29,30.

Justos

Todo esto fue profetizado (9:25-29). Primero, Pablo citó Oseas 2:23, que declara que Dios se volvería de los judíos a los gentiles. A continuación, citó Oseas 1:10 para probar que este nuevo pueblo sería llamado pueblo de Dios e “hijos del Dios viviente”. Después citó Isaías 10:22,23 para mostrar que sólo un remanente de Israel sería salvo, mientras que la mayor parte de la nación sufriría el juicio. El versículo 28 tal vez se refiere al juicio de Dios durante la tribulación, cuando la nación de Israel será perseguida y juzgada, y sólo un pequeño remanente será dejado para que entre al reino cuando Cristo regrese a la tierra. Pero la aplicación para la actualidad es clara: Sólo un remanente de los judíos actualmente cree; y ellos, junto con los gentiles, son los llamados de Dios (v.24). La cita final es de Isaías 1:9 y hace hincapié en la gracia de Dios para con el pequeño remanente de creyentes.

Ahora, ¿qué significa todo esto? Que Dios no era injusto al salvar a algunos y juzgar a otros, porque solamente estaba cumpliendo las profecías del Antiguo Testamento dadas siglos antes. Sería injusto si no cumpliera su Palabra. Pero aun más, estas profecías muestran que la elección de Dios ha hecho posible la salvación de los gentiles. En esto vemos la gracia de Dios. En el tiempo del éxodo, Dios rechazó los a gentiles y escogió a los judíos; de manera que, a través de los judíos, él puede salvar los gentiles. La nación de Israel rechazó su voluntad, pero eso no echó por tierra sus propósitos. Un remanente de judíos cree y la Palabra de Dios se ha cumplido.

Hasta aquí Pablo ha defendido el carácter de Dios mostrando su fidelidad, su rectitud, y su justicia. El rechazo de Israel no canceló la elección de Dios; solamente demostró que él era fiel a su carácter y a sus propósitos.

¿Se Equivocó Dios?

La Gracia de Dios (Romanos 9:30-33)

Ahora, Pablo deja el tema de la soberanía divina para tratar el asunto de la responsabilidad humana. Nota que Pablo no dice *elegidos* o *no elegidos*, sino que más bien hace hincapié en la fe. Esta es una paradoja: los judíos buscaban la justicia y no la encontraron, mientras que los gentiles, que no la buscaban, la hallaron. ¿La razón? Israel trataba de salvarse por obras y no por fe. Rechazaron la *justicia por gracia*, y trataron de agradar a Dios por la *justicia de la ley*. Los judíos pensaban que los gentiles tenían que *subir* al nivel de ellos para ser salvos. Cuando en realidad los judíos tenían que *bajar* al nivel de los gentiles para ser salvos. “Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:22,23). En vez de permitir que sus privilegios religiosos (Romanos 9:1-5) los guiaran a Cristo, pusieron estos privilegios en lugar de Cristo.

Pero, ¡he aquí la gracia de Dios! El rechazo de Israel significa la salvación de los gentiles. La última cita de Pablo es de Isaías 28:16 y se refiere a Cristo, la roca de salvación (ve Salmo 118:22). Dios dio a Cristo para que fuera la piedra fundamental, pero Israel lo rechazó y él llegó a ser piedra de tropiezo para dicha nación. En lugar de *levantarse* sobre esta piedra, Israel cayó (Romanos 11:11); pero, como veremos, su caída hizo posible la salvación de los gentiles por la gracia de Dios.

Tenemos que decidir qué clase de justicia estamos buscando, ya sea que estemos dependiendo de las buenas obras y la moralidad o que estemos confiando en Cristo solo, para la salvación. Dios no salva a la gente por su nacimiento o conducta; la salva “por gracia... por medio de la fe...” (Efesios 2:8,9). No es asunto de ser o no ser uno de los escogidos de Dios. Ese es un misterio que sólo Dios

Justos

conoce. El nos ofrece su salvación por la fe. Su oferta se hace a “el que quiera” (Apocalipsis 22:17). Después que hemos confiado en Cristo, entonces tenemos el testimonio y la evidencia de que estamos entre sus escogidos (Efesios 1:4-14; I Tesalonicenses 1:1-10). Primero tenemos que creer y recibir por fe su justicia, lo cual es nuestra única garantía del cielo.

Nadie negará que hay muchos misterios relacionados con la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre. En ninguna parte Dios nos pide que escojamos entre estas dos verdades, porque ambas vienen de Dios y son parte del plan de Dios. No compiten entre sí; más bien cooperan. El hecho de que no podamos entender completamente *cómo* obran en armonía, no niega que lo hacen. Cuando un hombre le preguntó a Carlos Spurgeon cómo reconciliaba la soberanía divina con la responsabilidad humana, contestó: “Nunca trato de reconciliar a los que son amigos”.

Pero el asunto principal del capítulo es claro: El rechazo de Cristo por Israel no anula la fidelidad de Dios. Romanos 9 no anula a Romanos 8. Dios aún es fiel, recto, justo y muestra su gracia, y podemos confiar que cumplirá sus propósitos y sus promesas.

Romanos 10:1-21

¹Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. ²Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. ³Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; ⁴porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree. ⁵Porque de la justicia que es por la ley Moisés escribe así: El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas.

(Romanos 10:1-5)

⁹Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. ¹⁰Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiese para salvación. ¹¹Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado. ¹²Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; ¹³porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¹⁴¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¹⁵¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!

(Romanos 10:9-15)

9

La Justicia Equivocada

El tema de este capítulo es el rechazo actual de Israel. Pablo deja el tema de la soberanía divina (capítulo 9) y procede a hablar de la responsabilidad humana. Continúa con el tema de la justicia que fue presentado al final del capítulo nueve (vs.30-33) y explica tres aspectos del rechazo de Israel.

Las Razones de su Rechazo (Romanos 10:1-13)

Uno pensaría que Israel como nación habría esperado con ansias la venida de su Mesías y que habría estado preparada para recibirlo. Por siglos habían conocido las profecías del Antiguo Testamento y habían practicado la ley, la cual era un “ayo” para guiarlos a Cristo (Gálatas 3:24). Dios había procurado preparar a la nación, pero cuando Jesucristo vino, lo rechazaron. “A lo suyo vino (al mundo), y los suyos (su pueblo) no le recibieron” (Juan 1:11). Por supuesto, había un remanente fiel en la nación que esperaba su venida, tal como Simeón y Ana (Lucas 2:25-38); pero la mayor parte de su pueblo no estaba preparada cuando él vino.

¿Cómo explicamos este evento trágico? Pablo da varias razones por las que Israel rechazó a su Mesías.

No sintieron la necesidad de ser salvos (10:1). Hubo un tiempo cuando Pablo habría estado de acuerdo con su pueblo, porque él mismo se oponía al evangelio y consideraba que Cristo Jesús era impostor. Israel juzgaba que los gentiles necesitaban la salvación, pero que ellos definitivamente no la necesitaban. En varias de sus parábolas, Cristo señaló esta actitud equivocada: el hermano mayor

Justos

(Lucas 15:11-32) y el fariseo (Lucas 18:9-14) son dos ejemplos. A Israel le hubiera gustado una salvación política de Roma, pero no sintió la necesidad de una salvación espiritual de su pecado.

Eran celosos por Dios (10:2). Desde que Israel regresó de la cautividad babilónica a su tierra, la nación había sido curada de la idolatría. En el templo y en las sinagogas locales sólo el Dios verdadero era adorado y servido y sólo la ley verdadera se enseñaba. Tan celosos eran los judíos de la ley de Dios que aun *la mejoraron* y le añadieron sus propias tradiciones, haciéndolas iguales a la ley. Pablo mismo había sido celoso de la ley y de las tradiciones (Hechos 26:1-11; Gálatas 1:13,14).

Pero su celo no estaba basado en el conocimiento; era calor sin luz. Lamentablemente, muchas personas religiosas hoy en día cometen el mismo error. Piensan que sus buenas obras y sus obras religiosas les pueden salvar, cuando en realidad estas prácticas les impiden ser salvos. Es cierto que muchos de ellos son sinceros y devotos, pero la sinceridad y la devoción nunca salvarán el alma. “Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él” (Romanos 3:20).

Eran orgullosos y se creían muy justos y buenos (10:3). Israel ignoraba la justicia de Dios, no porque nunca se les hubiera hablado, sino porque rehusaban aprender. Hay ignorancia que viene por falta de oportunidad, pero Israel había tenido muchas oportunidades de ser salvo. En su caso, era una ignorancia nacida de arrogancia, de obstinada resistencia a la verdad. No se sometieron a Dios. Estaban orgullosos de sus propias buenas obras, y de su propia justicia religiosa, y no reconocieron sus pecados ni confiaron en el Salvador. Pablo había cometido el mismo error antes de conocer al Señor (Filipenses 3:1-11).

La Justicia Equivocada

El piadoso predicador presbiteriano Murray McCheyne estaba repartiendo tratados un día y le ofreció uno a una dama muy bien vestida. Viéndolo con altivez le dijo: “Señor, ¿sabe usted quién soy?”

En su manera amable, McCheyne le replicó: “Señora, viene un día de juicio, y en ese día no importará quien es usted”.

Entendieron mal su propia ley (10:4-13). Todo en la religión judía señalaba hacia la venida del Mesías—sus sacrificios, su sacerdocio, los servicios del templo, las festividades religiosas y los pactos. Su ley les decía que eran pecadores y que necesitaban un Salvador. Pero en vez de permitirle a la ley traerlos a Cristo (Gálatas 3:24), adoraron su ley y rechazaron al Salvador. La ley era sólo un *letrado* que indicaba el camino; jamás los podía llevar a su destino. La ley no puede dar justicia; sólo puede guiar al pecador al Salvador quien puede dar la justicia.

Cristo es “el fin de la ley” en el sentido de que por su muerte y resurrección puso fin al ministerio de la ley para aquellos que creen. La ley ha terminado en lo que concierne a los creyentes. La justicia de la ley se cumple en la vida del creyente por el poder del Espíritu (Romanos 8:4); pero el reinado de la ley ha terminado. (Ve Efesios 2:15 y Colosenses 2:14.) “Pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:14).

Pablo citó el Antiguo Testamento para probar a sus lectores que no entendían ni aun su propia ley. Comenzó con Levítico 18:5 en donde se expresa el propósito de la ley: Quien la obedece vivirá.

“Pues la hemos obedecido”, argumentarían. Pablo replicaría: “Tal vez la han obedecido *exteriormente*, pero no la han creído en su corazón”. Enseguida citó Deuteronomio 30:12-14 y le dio al pasaje un significado espiritual

Justos

más profundo. El tema del mensaje de Moisés era *el mandamiento* (Deuteronomio 30:11), término que se refiere a la Palabra de Dios. Moisés argumentó que los judíos no tenían razón para desobedecer la Palabra de Dios porque les había sido explicada claramente y no estaba lejos de ellos. En realidad, Moisés les instó a recibir la Palabra en sus corazones (ve Deuteronomio 5:29; 6:5-12; 13:3; y 30:6). En Deuteronomio el énfasis se hace en el corazón, la condición espiritual interna, y no en los meros actos externos de obediencia.

Pablo nos dio el significado espiritual de esta amonestación. El entendió que “el mandamiento” y “la Palabra” se referían a Cristo, la Palabra de Dios. Así que, empleó el vocablo *Cristo* en lugar de *el mandamiento*. Nos dijo que el camino de Dios para la salvación no es difícil ni complicado. No necesitamos ir al cielo para encontrar a Cristo, o al mundo de los muertos. El está cerca de nosotros. En otras palabras, el evangelio de Cristo—la Palabra de fe, está al alcance de todos. El pecador no necesita hacer obras difíciles para ser salvo. Todo lo que necesita hacer es confiar en Cristo. Esta misma palabra de fe es la que estaba en los labios de los judíos religiosos. La misma ley que leían y repetían señalaba a Cristo.

Aquí Pablo citó Isaías 28:16 para mostrar que la salvación es *por la fe*. “Y el que creyere en él, no será avergonzada”. Ya había citado este versículo en Romanos 9:33. Aclaró en Romanos 10:9,10 que la salvación es *por la fe*—creemos en el corazón, recibimos la justicia de Dios, y luego confesamos a Cristo abiertamente y sin vergüenza.

Pablo usó una cita final tomada de Joel 2:32 para probar que esta salvación se ofrece a todos. “Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (10:13). Ya Pablo había probado que “no hay diferencia” en cuanto a

La Justicia Equivocada

la condenación (Romanos 3:20-23); ahora afirma que “no hay diferencia” en cuanto a la salvación. Los judíos no sólo carecían de una justicia especial que ellos pensaban alcanzar por medio de la ley, sino también fueron declarados tan pecadores como los gentiles que ellos condenaban.

Esta sección entera hace énfasis en la diferencia entre *la justicia de la ley* y *la justicia de la fe*. Podemos ver los contrastes en el siguiente sumario:

<u>La justicia de la ley</u>	<u>La justicia de la fe</u>
Sólo para el judío	Para “todo aquel”
Basada en las obras	Viene sólo por la fe
Justicia propia	La justicia de Dios
No puede salvar	Trae salvación
Trata de obedecer al Señor	Invoca al Señor
Lleva al orgullo	Glorifica a Dios

Habiendo explicado Pablo las razones del rechazo de Israel, ahora pasa al siguiente aspecto del tema.

El Remedio para su Rechazo (Romanos 10:14-17)

Este pasaje a menudo se ha usado como la base del programa misionero de la iglesia, y con toda razón, pero su aplicación primaria tiene que ver con la nación de Israel. La única manera en que los judíos incrédulos pueden ser salvos es por invocar al Señor; pero antes que puedan clamar a él tienen que creer. Para el judío esto significa creer que Jesús de Nazaret es verdaderamente el Hijo de Dios y el Mesías de Israel. También quiere decir creer en su muerte y resurrección (Romanos 10:9,10). Pero para creer, tiene que oír la Palabra, porque es la Palabra la que produce fe en el corazón del oyente (v.17). Esto significa que un mensajero de la Palabra tiene que ser enviado, y es

Justos

el Señor quien lo envía. Tal vez Pablo estaba recordando aquí su propio llamamiento a predicar la Palabra a los gentiles (Hechos 13:1-3).

La cita en Romanos 10:15 se encuentra en Isaías 52:7 y Nahum 1:15. La referencia en Nahum se trata de la destrucción del imperio asirio, los odiados enemigos de los judíos. Nínive era su ciudad principal, una ciudad impía a la cual Dios envió a Jonás unos 150 años antes de que Nahum escribiera. Dios había sido paciente con Nínive, pero ahora iba a derramar su juicio. Estas *buenas nuevas* eran las que el mensajero trajo a los judíos y también eran lo que hizo que sus pies fueran tan hermosos.

Isaías usó esta declaración para indicar un evento *futuro*—el regreso de Cristo y el establecimiento de su glorioso reino. “¡Tu Dios reina!” (lee Isaías 52:7-10). El mensajero con pies hermosos anunció que Dios había derrotado a los enemigos de Israel y que el Mesías reinaba en Jerusalén.

Pero Pablo usó la cita con una aplicación a la actualidad: los mensajeros del evangelio llevan las buenas nuevas a Israel hoy en día. La *paz* mencionada es “paz para con Dios” (Romanos 5:1) y la paz que Cristo ha efectuado entre judíos y gentiles al formar un cuerpo, la iglesia (Efesios 2:13-17). El remedio para el rechazo de Israel es oír la Palabra del evangelio y creer en Jesucristo.

Isaías 53:1 fue la próxima cita de Pablo, y prueba que no todo Israel obedecería su Palabra. Con este versículo se inicia uno de los capítulos mesiánicos más maravillosos del Antiguo Testamento. Por tradición, los eruditos judíos han aplicado Isaías 53 a la nación de Israel, y no al Mesías; pero muchos rabinos de la antigüedad vieron en él un cuadro del Mesías quien sufrió llevando los pecados de su pueblo (ve Hechos 8:26-40). En el tiempo de Isaías la

La Justicia Equivocada

gente no creía la Palabra de Dios, ni la cree hoy en día. Juan 12:37-41 cita Isaías 53:1 para explicar cómo la nación rehusó creer, aun habiendo visto los milagros de Cristo. El juicio vino sobre ellos porque no querían creer; luego no podían creer.

Fíjate que el confiar en Cristo no es sólo asunto de creer, sino también de obedecer. No creer en Cristo es desobedecer a Dios. Dios “manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (Hechos 17:30). Romanos 6:17 también iguala *creer* con *obedecer*. La fe verdadera toca la voluntad y resulta en una vida cambiada.

Nunca debemos tener en poco la obra misionera de la iglesia. Aunque este pasaje tiene una aplicación primaria a Israel, también se aplica a todas las almas perdidas alrededor del mundo. No se pueden salvar a menos que invoquen el nombre del Señor Jesucristo. Pero no pueden invocarle a menos que crean. La fe viene por el oír, así que tienen que oír el mensaje. ¿Cómo oirán? Un mensajero tiene que llevarles el mensaje. Esto quiere decir que Dios tiene que llamar al mensajero, y éste tiene que ser enviado. ¡Qué privilegio es ser uno de sus mensajeros y tener pies hermosos!

Mientras yo escribía este capítulo, sonó el teléfono y un hombre de negocios de nuestra iglesia me avisó que otra alma había sido ganada para Cristo. Aquel que me llamó había tenido serios problemas espirituales hacía unos años, y le pude ayudar. Desde entonces, ha guiado a muchos a Cristo, incluyendo a algunos en su oficina. Su llamada telefónica era para darme las buenas nuevas de que uno de sus socios había ganado a un amigo para Cristo; otro milagro en la cadena espiritual que había comenzado hacía ya tres años. Mi amigo tiene pies hermosos, y dondequiera que va comparte las buenas nuevas del evangelio.

Justos

Algunos de nosotros compartimos las buenas nuevas en nuestra patria, pero otros son enviados a lugares lejanos. A pesar de que hay algunas puertas cerradas, aún hay más puertas abiertas para el evangelio que antes; y tenemos mejores medios para la obra. Mi amigo, el Dr. Meyers Harrison, misionero veterano y profesor de misiones, dice que hay cuatro razones por las cuales la iglesia debe enviar misioneros: (1) *El mandamiento de arriba*—“Id por todo el mundo” (Marcos 16:15); (2) *El clamor de abajo*—“Le envíes a la casa de mi padre” (Lucas 16:27); (3) *El llamado de afuera*—“Pasa y ayúdanos” (Hechos 16:9); y (4) *La compulsión de adentro*—“El amor de Cristo nos constriñe” (II Corintios 5:14).

Hay un tercer aspecto del rechazo de Israel que Pablo discute.

Los Resultados de su Rechazo (Romanos 10:18-21)

Hay tres resultados y cada uno está respaldado con una cita del Antiguo Testamento.

Israel es culpable (10:18). Alguien podría haber argumentado con Pablo: “¿Y cómo sabes que Israel oyó realmente?” Su respuesta habría sido el Salmo 19:4, un salmo que hace hincapié en la revelación de Dios en la creación (Salmo 19:1-6) y en su Palabra (Salmo 19:7-11). *El Libro de la Naturaleza* y el *Libro de la Revelación* unidos proclaman la gloria de Dios. Israel tuvo la ventaja de ambos libros, porque vio la obra de Dios en la naturaleza y recibió la Palabra de Dios escrita. Israel oyó, pero no obedeció. No nos extraña que Jesús dijera a las multitudes, “el que tenga oídos para oír, oiga”.

El mensaje llega a los gentiles (10:19,20). ¡Qué gracia tan maravillosa! Cuando Israel rechazó a su Mesías, Dios envió el evangelio a los gentiles para que pudieran ser

La Justicia Equivocada

salvos. Esto fue predicho por Moisés en Deuteronomio 32:21. Pablo ya había tratado esta verdad en Romanos 9:22-26. Una razón para que Dios enviara el evangelio a los gentiles fue para provocar a celos a Israel (Romanos 10:19; 11:11). Fue una muestra de gracia tanto para los judíos como para los gentiles. El profeta Isaías también predijo que Dios salvaría a los gentiles (Isaías 65:1).

A medida que estudiamos el Nuevo Testamento descubrimos que “a los judíos primeramente” era el plan de operación. Cristo comenzó su ministerio con los judíos. El prohibió a los discípulos predicar a los gentiles o a los samaritanos cuando los envió en su primer viaje evangelístico (Mateo 10:1-6). Después de su resurrección les mandó a que esperaran en Jerusalén y que comenzaran allí su ministerio (Lucas 24:46-49; Hechos 1:8). En los primeros siete capítulos de Hechos, el ministerio es con los judíos solamente, o con los gentiles prosélitos. Pero cuando la nación apedreó a Esteban y la persecución se desató, Dios envió el evangelio a los samaritanos (Hechos 8:1-8), y luego a los gentiles (Hechos 10).

Los creyentes judíos se sorprendieron cuando Pedro fue a los gentiles (Hechos 11:1-18). Pero él explicó que fue Dios quien lo envió y que entendía con claridad que ambos, los judíos y gentiles, eran salvos en la misma manera—por la fe en Cristo. Pero los judíos legalistas se opusieron tanto que las iglesias tuvieron que convocar un concilio con el fin de discutir el asunto. El relato del concilio lo tenemos en Hechos 15. Su conclusión fue que los judíos y gentiles eran salvos por la fe en Cristo, y que un gentil no tenía que convertirse en judío antes de llegar a ser creyente.

Dios todavía suspira por su pueblo (10:21). Esta cita es de Isaías 65:2. “Todo el día”, sin duda, se refiere a este *día*

Justos

presente de salvación o al día de gracia en el cual vivimos. Mientras que Israel como nación ha sido rechazado, los judíos individuales pueden ser salvos. En la actualidad hay muchos judíos que se están convirtiendo al Señor. La frase “todo el día” nos recuerda el ministerio de Pablo a los judíos de Roma cuando Pablo llegó como prisionero. “Desde la mañana hasta la tarde” Pablo les exponía las Escrituras y procuraba convencerlos de que Jesús era el Mesías (Hechos 28:23). A través de Pablo, Dios estaba extendiendo sus brazos de amor a su pueblo desobediente, suspirando por ellos, y pidiéndoles que regresaran a él. El favor de Dios hacia los gentiles no cambió su amor por los judíos.

Dios quiere usarnos para compartir el evangelio con los judíos y los gentiles. Dios puede usar nuestros pies y nuestros brazos tal como usó los de Pablo. Jesucristo lloró sobre Jerusalén y anheló juntar a su pueblo bajo sus brazos. Sin embargo, esos brazos fueron extendidos en una cruz, donde Cristo voluntariamente murió por los judíos, así como por los gentiles. Dios es benigno y paciente “no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (II Pedro 3:9).

¿Se acabará la paciencia de Dios por Israel? ¿Hay algún futuro para la nación? Sí, lo hay y lo veremos en el próximo capítulo.

Romanos 11:1-36

¹Digo, pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. ²No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció. ¿O no sabéis qué dice de Elías la Escritura, cómo invoca a Dios contra Israel, diciendo: ³Señor, a tus profetas han dado muerte, y tus altares han derribado; y sólo yo he quedado, y procuran matarme? ⁴Pero ¿qué le dice la divina respuesta? Me he reservado siete mil hombres, que no han doblado la rodilla delante de Baal.

(Romanos 11:1-4)

¹⁹Pues las ramas, dirás, fueron desgajadas para que yo fuese injertado. ²⁰Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbezcas, sino teme. ²¹Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará. ²²Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado. ²³Y aun ellos, si no permanecieren en incredulidad, serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar. ²⁴Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo? ²⁵Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles;

(Romanos 11:19-25)

Dios no Ha Terminado con Israel

Por siglos la nación de Israel ha dejado perplejo al mundo. El gobierno romano reconoció la religión judía, pero aún llamó a la nación "secta nefanda". El gran historiador Toynbee clasificó a Israel como una civilización rara; pues dicha nación, por alguna razón, no encajó con sus teorías históricas.

Pablo usó todo el capítulo 11 de Romanos para presentar pruebas de que Dios no ha terminado con Israel. No debemos aplicar este capítulo a la iglesia hoy en día, porque Pablo está hablando acerca de un futuro literal para una nación literal. Citó cinco testigos para probar que hay un futuro en el plan de Dios para los judíos.

Pablo Mismo (Romanos 11:1)

"¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita". Si Dios hubiera desechado a su pueblo, ¿cómo podría explicarse la conversión del apóstol? El hecho de que su conversión se relata tres veces en el libro de los Hechos es significativo (capítulos 9,22,26). Sin duda el doctor Lucas no escribió estos tres capítulos repitiendo el testimonio de la conversión de Pablo para ensalzar al apóstol. Fueron escritos para mostrar que la conversión de Pablo es una ilustración de la conversión futura de Israel. Pablo se llamó a sí mismo "un abortivo" (I Corintios 15:8). En I Timoteo 1:16 él dice que Dios lo salvó para que "Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna".

Justos

En los relatos sobre la conversión de Pablo se halla muy poco que es semejante a nuestra experiencia de salvación en la actualidad. Ciertamente ninguno de nosotros hemos visto a Cristo en gloria ni lo hemos oído literalmente hablándonos desde el cielo. Tampoco fuimos cegados por una luz del cielo ni tumbados a tierra.

¿En qué manera, entonces, es la conversión de Pablo “un ejemplo”? Es un cuadro de la manera en que la nación de Israel será salva cuando Cristo venga a establecer su reino en la tierra. Los detalles se dan en Zacarías 12:10—13:1. La nación lo verá cuando él regrese (Zacarías 14:4; Hechos 1:11; Apocalipsis 1:7), lo reconocerá como su Mesías, se arrepentirá y lo recibirá. Será una experiencia similar a la de Saulo de Tarso cuando iba en el camino a Damasco a perseguir a los creyentes (Hechos capítulo 9).

Por eso Pablo se puso como el primer testigo. Pero el hecho de que Pablo haya sido salvo no es una prueba de que habrá un futuro para Israel. Más bien, lo que es importante es la *manera* en que fue salvo.

El Profeta Elías (Romanos 11:2-10)

Israel es la nación elegida por Dios. El los conoció de antemano, o sea, los escogió, y son suyos. Que la nación haya rechazado a Cristo, no es prueba de que Dios haya terminado con su pueblo. En su época, Elías pensó que la nación se había apartado por completo de Dios (lee I Reyes 19). Pero Elías descubrió que todavía había un remanente de verdaderos creyentes. Pensó que él era el único judío fiel que quedaba, pero se dio cuenta que había 7.000 más.

Pablo se refirió a este “remanente” en Romanos 9:27, el cual es una cita de Isaías 10:22,23. La nación entera nunca ha sido leal al Señor. Dios distingue entre los hijos naturales de Abraham y sus hijos espirituales (Romanos 2:25-29).

Dios no Ha Terminado Con Israel

El hecho de participar en el pacto por medio de la circuncisión no garantiza a los judíos la salvación. Así como Abraham, tienen que creer a Dios para recibir su justicia (Romanos 4:1-5).

Nota que este remanente es salvo por gracia y no por obras (Romanos 11:5,6). También, esta verdad se encuentra en Romanos 9:30-33. Es imposible mezclar la gracia con las obras, porque éstas anulan a la otra. Israel siempre ha tratado de agradar a Dios con buenas obras (Romanos 9:30—10:4). La nación rehusó someterse a la justicia de Cristo, tal como las personas religiosas con justicia propia rehusan someterse hoy en día.

Si un remanente ha sido salvo, demostrando así que Dios no ha terminado con su pueblo, entonces, ¿qué le ha sucedido al resto de la nación? Han sido endurecidos. Este fue el resultado de resistir a la verdad, así como el corazón de Faraón fue endurecido por resistir a la verdad. Pablo citó Isaías 29:10 para apoyar su afirmación, y también hizo referencia a Deuteronomio 29:4. Es fácil creer que un gobernante pagano se endurezca contra el Señor, pero no esperamos que lo haga el pueblo de Dios.

Los versículos 9 y 10 se citan del Salmo 69:22,23. Este Salmo es uno de los Salmos mesiánicos más importantes y el Nuevo Testamento hace referencia a él varias veces. Fíjate en particular en los versículos 4,9,21 y 22. “Sea vuelto su convite en trampa y en red” quiere decir que sus bendiciones se convertirían en sufrimientos y en juicios. Esto es lo que le ha sucedido a Israel: sus bendiciones espirituales debían haberles guiado a Cristo; sin embargo, llegaron a convertirse en trampa que les impidió llegar a él. Sus mismas prácticas y observancias religiosas llegaron a sustituir a la experiencia verdadera de salvación. Lamentablemente, este mismo error se comete en la actualidad al

Justos

depender las personas de sus prácticas y ritos religiosos en vez de confiar en Cristo, quien es representado por estas actividades.

Pablo aclaró que el endurecimiento de Israel no es ni total ni final, y esto prueba que Dios tiene un futuro para la nación. “Que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles” (Romanos 11:25). La existencia actual de un remanente de judíos creyentes, como lo hubo en la época de Elías, es evidencia de que Dios aún tiene un plan para su pueblo. Pablo no cometió el error de Elías quien dijo: “sólo yo quedo”, porque sabía que había un remanente de Israel que confiaba en Dios.

Los Gentiles (Romanos 11:11-15)

En Romanos 2:1-3 Pablo hace referencia a los gentiles para probar que los judíos eran culpables de pecado, pero aquí menciona a los gentiles para asegurar a Israel una futura restauración. Su lógica aquí es hermosa. Cuando los judíos rechazaron el evangelio, Dios lo envió a los gentiles y ellos creyeron y fueron salvos. Tres tragedias ocurrieron a Israel: La nación *tropezó* (v.11), *se perdió* (v.12, “defección”), y fue *excluida* (v.15). Ninguna de estas palabras sugiere un juicio *final* sobre Israel. Pero lo maravilloso es que a través de la caída de Israel, la salvación vino a los gentiles. Dios prometió que los gentiles serían salvos (Romanos 9:25,26) y cumplió su promesa. ¿No cumplirá su promesa a los judíos?

Es importante entender que las promesas a los gentiles en el Antiguo Testamento estaban relacionadas con el *levantamiento* de Israel—su entrada a su reino. Profecías como Isaías 11 y Isaías 60 aclaran que los gentiles tendrán parte en el reino de Israel. Pero Israel no se “levantó”;

Dios no Ha Terminado Con Israel

¡cayó! ¿Qué haría Dios con los gentiles? Dios introdujo un factor nuevo—la iglesia—en la cual los judíos y gentiles creyentes son uno en Cristo (Efesios 2:11-22). En Efesios 3, Pablo llama a este nuevo programa “el misterio”, es decir, *el secreto sagrado* que no fue revelado en el Antiguo Testamento. ¿Quiere decir esto que Dios ha abandonado el programa de su reino para Israel? Por supuesto que no. Solamente ha sido puesto a un lado hasta que llegue el tiempo para que se cumplan los planes de Dios para Israel.

Pablo afirmó que los gentiles tenían un ministerio vital para Israel. En la actualidad, los gentiles salvos provocan “a celos” a Israel (ve Romanos 10:19) por causa de sus riquezas espirituales que tienen en Cristo. Israel actualmente se encuentra en bancarrota espiritual, mientras que los creyentes tienen “toda bendición espiritual” en Cristo (Efesios 1:3). (Si un judío no salvo visitara las iglesias evangélicas que conoces, ¿sería provocado *a celos* y desearía tener lo que nosotros tenemos—o sólo sería provocado?)

Hay un futuro para Israel. Pablo lo llama “su plena restauración” (v.12) y su “admisión” (v.15).

Hoy Israel está espiritualmente caído, pero cuando Cristo regrese, la nación se levantará otra vez. Hoy Israel está excluido de Dios, pero un día será admitido otra vez. Dios nunca quebrantará su pacto con su pueblo, y él ha prometido restaurarlo. (Ve Jeremías 31:35-37 donde Dios relaciona sus promesas a Israel con el sol, la luna y las estrellas.)

Los Patriarcas (Romanos 11:16-24)

Después de mirar al futuro, Pablo habló enseguida del pasado para mostrar la herencia espiritual de Israel. Desde el principio Israel fue un pueblo especial, apartado por

Justos

Dios. Pablo usó dos ilustraciones para probar su argumento de que Dios no ha terminado con Israel.

La masa restante (11:16a). La referencia aquí es a Números 15:17-21. La primera parte de la masa debía ser ofrecida a Dios como símbolo de que toda la masa le pertenecía. La misma idea estaba involucrada en la fiesta de las primicias, cuando el sacerdote ofrecía una gavilla al Señor como símbolo de que la cosecha entera era suya (Levítico 23:9-14). La idea básica es que cuando Dios acepta una parte, santifica el todo.

Aplicando esto a la historia de Israel, entendemos el argumento de Pablo. Dios aceptó al fundador de la nación, a Abraham, y al hacerlo apartó también a sus descendientes. Dios también aceptó a los demás patriarcas, Isaac y Jacob, a pesar de sus pecados o faltas. Esto quiere decir que Dios tiene que aceptar “la masa restante”—la nación de Israel.

El olivo (11:16b-24). Este es un símbolo de la nación de Israel (Jeremías 11:16,17; Oseas 14:4-6). Es menester recordar que Pablo no estaba discutiendo la relación personal de los creyentes con Dios, sino el lugar de Israel en el plan de Dios. Las raíces del árbol lo sostienen; de nuevo, esto es un símbolo de los patriarcas que fundaron la nación. Dios hizo sus pactos con Abraham, Isaac y Jacob, y no los puede negar ni cambiar. Por lo tanto, la promesa de Dios a Abraham es lo que sostiene a Israel aún hoy.

Muchos judíos no creyeron. Pablo los representó con ramas cortadas del árbol. Pero vio acontecer algo maravilloso: Otras ramas fueron injertadas en el árbol para que participaran de la vida del árbol. Estas ramas fueron los gentiles. En el versículo 24 Pablo describió este *injerto* como “contra naturaleza”. Comúnmente una rama cultivada

Dios no Ha Terminado Con Israel

es injertada en un árbol silvestre y comparte su vida sin producir su pobre fruto. Pero en este caso fue la "rama silvestre" (los gentiles) la que fue injertada en el árbol bueno. "La salvación viene de los judíos" (Juan 4:22).

Decir que el olivo, con sus ramas naturales e injertadas, es un cuadro de la iglesia, sería un gran error. En la iglesia "no hay diferencia"; los creyentes son "uno en Cristo Jesús" (Gálatas 3:28). Dios no ve a los miembros del cuerpo como judíos o gentiles. El olivo ilustra la relación entre los judíos y los gentiles en el programa de Dios. El "desgajar" las ramas es equivalente a "cayesen" (v.11), a "su defeción" (v.12), y a "su exclusión" (v.15). Los que dicen que esta ilustración habla del destino eterno del creyente individual tuercen la verdad que Pablo está tratando de enseñar.

Pablo advirtió a los gentiles que tenían una obligación con Israel, y por lo tanto, no debían jactarse de su nueva posición espiritual (11:18-21). Los gentiles entraron en el plan de Dios por la fe, y no porque hayan hecho algo bueno. Pablo estaba tratando de los gentiles colectivamente, y no de la experiencia individual del creyente.

Es digno de notarse, que de acuerdo con la profecía bíblica, la iglesia gentil profesante será "cortada" por causa de su apostasía. Primera de Timoteo 4 y II Timoteo 3, junto con II Tesalonicenses 2, indican que la iglesia profesante se apartará de la fe en los últimos días. *No hay esperanza para la iglesia apóstata, pero sí la hay para el Israel apóstata. ¿Por qué? Por causa de las raíces del olivo.* Dios va a cumplir sus promesas a los patriarcas, pero cortará a los gentiles por causa de su incredulidad.

No importa cuán lejos Israel se ha descarriado de la verdad de Dios, las raíces aún están buenas. Dios todavía es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (Mateo 22:23;

Justos

Exodo 3:6). El cumplirá sus promesas a estos patriarcas. ¡Esto significa que el olivo volverá a florecer!

Dios Mismo (Romanos 11:25-36)

Pablo reservó a su mejor testigo para el final. Demostró que el mismo carácter y la obra de Dios estaban en juego en el futuro de Israel. Los hombres pueden disputar sobre la profecía y sus interpretaciones, pero cada uno debe comprender que está tratando con el *pueblo de Dios*, Israel.

El horario de Dios (11:25). Todo lo que le ha acontecido a Israel es parte del plan de Dios, y él sabe lo que está haciendo. La ceguera (el endurecimiento, v.7) de Israel como nación no es ni total ni final; sino parcial y temporal. ¿Cuánto tiempo durará? “Hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles” (v.25). Hay una *plenitud* para Israel (v.12) y para los gentiles. Hoy, Dios en su gracia está visitando a los gentiles y sacando un pueblo para su nombre (Hechos 15:12-14). Los judíos se están salvando individualmente, por supuesto; pero en la época actual Dios está tratando principalmente con los gentiles y está edificando su iglesia. Cuando esta edad termine, y haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces Dios tratará otra vez con la nación de Israel.

Romanos 11:25 es uno de varios versículos de la Biblia donde se usa la palabra “hasta”, todos los cuales son importantes. Mateo 23:32-39, Lucas 21:24 y Salmo 110:1 son otras referencias. Nos da confianza el conocimiento de que Dios sabe la hora y que nunca se tarda en cumplir su voluntad.

La promesa de Dios (11:26). Aquí se refiere a Isaías 59:20,21; se debe leer Isaías 60 para tener la historia completa. Dios ha prometido salvar a su pueblo y cumplirá su promesa. Algunos lo interpretan como salvación indivi-

Dios no Ha Terminado Con Israel

dual por medio del evangelio, pero tengo la convicción de que el profeta tenía en mente la conversión nacional. “Todo Israel será salvo” no quiere decir que cada judío que ha vivido se convertirá, sino que los judíos que vivan cuando el Redentor regrese lo verán, lo recibirán y serán salvos. Zacarías 12 y 13 dan los detalles. Me parece que hay demasiados detalles en estas profecías del Antiguo Testamento sobre la restauración nacional de Israel como para que las espiritualicemos y las apliquemos a la iglesia en la actualidad.

El pacto de Dios (11:27,28). Esta es, por supuesto, una continuación de la cita de Isaías 59; pero el hincapié se hace sobre el pacto de Dios con Israel. Dios escogió a Israel por gracia y no por mérito alguno de parte de dicha nación (Deuteronomio 7:6-11 y 9:1-6). Si la nación no fue escogida por causa de su justicia propia, ¿puede ser rechazada por su pecado? *Elección* significa *gracia*, no mérito. Los judíos son *enemigos* de los creyentes gentiles por su actitud hostil hacia el evangelio. Pero para Dios son “amados por causa de los padres”. Dios no quebrantará su pacto con Abraham, Isaac y Jacob.

La naturaleza de Dios (11:29). “Yo Jehová no cambio” (Malaquías 3:6). “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta” (Números 23:19). Los dones de Dios a Israel y su llamamiento no pueden ser quitados ni cambiados; pues, Dios dejaría de ser leal a su propia naturaleza perfecta. El hecho de que Israel no esté disfrutando sus dones, o viviendo de acuerdo con sus privilegios como nación elegida, no afecta ni en lo más mínimo esta verdad. Sin importar lo que los hombres puedan hacer, Dios será consistente consigo mismo y fiel a su Palabra. “¿Su incredulidad habrá hecho nula la fidelidad de Dios?” (Romanos 3:3).

Justos

La gracia de Dios (11:30-32). Pablo dijo que por la incredulidad de los judíos los gentiles fueron salvos. Ahora, puede ser que a través de la salvación de ellos Israel venga a conocer a Cristo. Fíjate que Pablo a menudo recuerda a los creyentes gentiles que ellos tienen una obligación espiritual hacia Israel de “provocarles a celos” (Romanos 10:19; 11:11,14). La dureza de Israel es sólo “en parte” (v.25), lo cual quiere decir que los judíos como individuos pueden ser salvos. “Dios sujetó a todos en desobediencia”—judíos y gentiles—para que *todos* pudieran tener la oportunidad de ser salvos por gracia. “No hay diferencia”. Si Dios puede ahora salvar a los judíos por su gracia y misericordia, ¿por qué no los puede salvar en el futuro?

Debemos recordar que Dios escogió a los judíos a fin de que los gentiles pudieran ser salvos. “Serán benditas en ti todas las familias de la tierra” fue la promesa de Dios a Abraham (Génesis 12:3). La tragedia fue que Israel llegó a ser exclusivo y falló en compartir la verdad con los gentiles. Pensaron que los gentiles tenían que llegar a ser judíos para ser salvos. Pero Dios declaró que ambos, judíos y gentiles, eran perdidos y condenados. Esto quiere decir que él podía tener misericordia de todos por causa del sacrificio de Cristo en la cruz.

La sabiduría de Dios (11:33-36). Habiendo Pablo contemplado el gran plan de salvación para los judíos y gentiles, todo lo que podía hacer era cantar un himno de alabanza. Como alguien ha dicho, “la teología llega a ser doxología”. Sólo un Dios sabio como el nuestro podía cambiar la caída de Israel en salvación para todo el mundo. Sus planes no serán frustrados ni sus propósitos quedarán sin cumplimiento. Ningún ser humano puede conocer por completo la mente del Señor; y entre más estudiamos sus caminos, más alabanza le ofrecemos. ¿Debemos concluir

Dios no Ha Terminado Con Israel

que Dios no sabe lo que hace, y que la nación de Israel ha arruinado completamente sus planes? ¡Por supuesto que no! Dios es demasiado sabio como para hacer planes que no se van a cumplir. Israel no quiso que Dios reinara sobre ellos, pero él se sobrepuso.

Pablo convocó cinco testigos y todos ellos concordaron en que hay un futuro para Israel. Cuando Israel se recobre de su *caída* y entre en su *plenitud*, el mundo experimentará las riquezas de la gracia de Dios como nunca antes. Cuando Jesucristo regrese y se sienta en el trono de David para reinar, entonces Israel será *reconciliado* y *admitido* y eso será como una resurrección.

Romanos 12:1—13:14

¹Así que, hermanos, os ruego por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. ²No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta. ³Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.
(Romanos 12:1-3)

⁹El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo, seguid lo bueno. ¹⁰Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros. ¹¹En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor; ¹²gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración; ¹³compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad. ¹⁴Benedicid a los que os persiguen; bendecid, y no maldigáis.

(Romanos 12:9-14)

¹Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. ²De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos. ³Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; ⁴porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo. ⁵Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia.

(Romanos 13:1-5)

11

Relaciones Correctas Producen Conducta Correcta

En todas sus cartas, Pablo concluye con una lista de deberes prácticos basados en las doctrinas que él había presentado. En la vida cristiana, la doctrina y el deber siempre van juntos. Lo que creemos nos ayuda a determinar nuestro comportamiento. No es suficiente entender las explicaciones doctrinales de Pablo. Debemos transformar nuestro *conocimiento* en *conducta* y mostrar en nuestra vida diaria que confiamos en la Palabra de Dios.

La idea clave en esta sección es *relaciones*. El término *teología relacional* es relativamente nuevo, pero la idea no es nueva. Si tenemos una relación correcta con Dios, tendremos una relación correcta con las personas que forman parte de nuestra vida. “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso” (I Juan 4:20).

Nuestra Relación con Dios (Romanos 12:1,2)

En Romanos 3:20 tenemos el “ya que” de condenación, el cual declara que todo el mundo es culpable ante Dios. En Romanos 5:1 tenemos el “pues” de la justificación, y en Romanos 8:1 el “ahora pues” de seguridad. En Romanos 12:1 tenemos el “así que” de dedicación, y esta dedicación es la base de las demás relaciones que Pablo discute en esta sección.

¿Qué es dedicación verdadera? Según Pablo la dedicación cristiana incluye tres pasos:

Presentar a Dios el cuerpo (12:1). Antes de confiar en Cristo, usamos nuestro cuerpo para placeres y propósitos

Justos

pecaminosos, pero ahora que le pertenecemos, queremos usar nuestro cuerpo para su gloria. El cuerpo del creyente es templo de Dios (I Corintios 6:19,20) porque el Espíritu de Dios mora en él (Romanos 8:9). Es un privilegio glorificar y magnificar a Cristo en nuestro cuerpo (Filipenses 1:20,21).

Tal como Cristo tuvo que tomar cuerpo con el fin de hacer la voluntad de Dios en la tierra, así tenemos que rendir nuestros cuerpos a Cristo para que pueda continuar la obra de Dios a través de nosotros. Debemos presentar los miembros del cuerpo como “instrumentos de justicia” (Romanos 6:13) para que el Espíritu Santo los use para hacer la obra de Dios. Los sacrificios del Antiguo Testamento eran sacrificios muertos, pero nosotros debemos ser sacrificios vivos.

Hay dos *sacrificios vivos* en la Biblia que nos ayudan a entender lo que esto realmente significa. El primero es Isaac (Génesis 22); y el segundo es nuestro Señor Jesucristo. Isaac por su propia voluntad se puso sobre el altar, y hubiera muerto en obediencia a la voluntad de Dios, pero el Señor envió un carnero para que lo sustituyera. Es como si Isaac hubiera muerto—murió al *yo* y voluntariamente se rindió a la voluntad de Dios. Cuando Isaac se levantó del altar era un *sacrificio vivo* para la gloria de Dios.

Por supuesto, nuestro Señor Jesucristo es la ilustración perfecta de un *sacrificio vivo*, porque en realidad murió como sacrificio, en obediencia a la voluntad del Padre. Pero resucitó, y ahora está en el cielo como un *sacrificio vivo*, llevando en su cuerpo las heridas del Calvario. El es nuestro Sumo Sacerdote (Hebreos 4:14-16) y nuestro abogado (I Juan 2:1) ante el trono de Dios.

El verbo *presentar* en este versículo significa *presentar de una vez por todas*. Este verbo indica que Dios manda

Relaciones Correctas Producen Conducta Correcta

que el creyente haga una entrega definitiva al Señor, tal como la novia y el novio en las bodas se entregan el uno al otro. Es esta entrega *de una vez por todas* lo que determina lo que hacen con sus cuerpos. Pablo nos da dos razones para esta entrega: (1) Es la respuesta correcta a todo lo que Dios ha hecho por nosotros; "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios..." y (2) esta entrega es "nuestro culto racional" o *nuestra adoración espiritual*. Esto significa que cada día es una experiencia de adoración en la vida del creyente cuando éste presenta su cuerpo al Señor.

Presentar a Dios la mente (12:2a). El mundo quiere controlar nuestra mente, pero Dios quiere transformarla (ve Efesios 4:17-14 y Colosenses 3:1-11). La palabra "transformaos" es la misma palabra "transfigurar" que se usa en Mateo 17:2. Se traduce también *metamorfosis*. Describe un cambio interno. El mundo quiere cambiar la mente del creyente; por eso ejerce presión externa. Pero el Espíritu Santo cambia nuestra mente dándonos poder interno. Si el mundo controla nuestra mente, somos *conformados*; si Dios controla nuestro pensar, somos *transformados*.

Por medio de su Palabra Dios produce en nosotros una mente que se ocupa de lo espiritual. A medida que el creyente pase tiempo meditando sobre la Palabra de Dios, memorizándola, y haciéndola parte de su ser interior, Dios producirá gradualmente en él una mente más espiritual.

Presentar a Dios la voluntad (12:2b). La mente controla el cuerpo, y la voluntad controla la mente. Muchos creen que pueden controlar su voluntad con *fuerza de voluntad*, pero normalmente fracasan. (Esta fue la experiencia que tuvo Pablo en Romanos 7:15-21). Sólo cuando rendimos la voluntad a Dios, su poder domina y nos da la fuerza de voluntad para hacer lo bueno y resistir lo malo. Así, seremos creyentes victoriosos.

Justos

Rendimos nuestra voluntad a Dios a través de la disciplina de la oración. Mientras pasamos tiempo orando, rendimos nuestra voluntad a Dios y oramos como el Señor: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”. Debemos llevar todo a Dios en oración, pidiendo que él haga su voluntad en todo.

Por muchos años he tratado de empezar cada día rindiendo mi cuerpo al Señor. Luego paso tiempo en su Palabra y le permito que transforme mi mente y prepare mis pensamientos para ese nuevo día. En seguida oro, y presento ante él los planes del día y le pido que obre como le parezca mejor. En particular oro por aquellas cosas que me molestan o me preocupan—y él siempre vela por mí. Para tener una buena relación con Dios, tenemos que empezar cada día rindiéndole nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestra voluntad

La Relación con Otros Creyentes (Romanos 12:3-16)

Pablo estaba escribiendo a creyentes que eran miembros de iglesias locales en Roma. Describió sus relaciones, unos con otros, usando como ilustración los miembros del cuerpo. (Usó este mismo cuadro en I Corintios 12 y Efesios 4:7-16.) La idea básica es que cada creyente es una parte vital del cuerpo de Cristo, y cada uno tiene una función espiritual que cumplir. Cada creyente tiene un don (o dones) que debe usar para la edificación del cuerpo y el perfeccionamiento de los miembros del cuerpo. En síntesis, pertenecemos el uno al otro, servimos el uno al otro, y nos necesitamos el uno al otro. ¿Qué es lo esencial para el ministerio espiritual y el crecimiento en el cuerpo de Cristo?

Una evaluación honesta (12:3). Cada creyente debe saber cuáles son sus dones espirituales y qué ministerio (o

Relaciones Correctas Producen Conducta Correcta

ministerios) debe tener en la iglesia local. No es incorrecto que el creyente reconozca los dones en su propia vida y en la vida de otros. Lo que es incorrecto es la tendencia a hacer una evaluación falsa de uno mismo. Nada causa tanto daño en una iglesia local que un creyente que se considera superior y trata de desempeñar un ministerio que no puede hacer. (Algunas veces los creyentes hacen lo contrario, y se subestiman a sí mismas. Ambas actitudes son incorrectas.)

Los dones que tenemos los recibimos por la gracia de Dios. Debemos aceptarlos y ejercerlos por la fe. Somos salvos “por gracia, por medio de la fe” (Efesios 2:8,9), y debemos vivir y servir “por gracia, por medio de la fe”. Ya que nuestros dones son de Dios, no debemos gloriarnos en ellos. Todo lo que podemos hacer es aceptarlos y usarlos para honor de su nombre. (Ve el testimonio personal de Pablo acerca de los dones en I Corintios 15:10.)

Una vez trabajé con dos hombres que tenían actitudes opuestas hacia sus dones: Uno constantemente los menospreciaba y no los usaba, y el otro frecuentemente se jactaba de dones que no poseía. En realidad, ambos eran culpables de orgullo, porque los dos rehusaban reconocer la gracia de Dios y darle la gloria. Moisés cometió un error similar cuando Dios lo llamó (Exodo 4:1-13). Cuando los creyentes en una iglesia conocen sus dones, los aceptan por fe, y los usan para la gloria de Dios, entonces Dios puede bendecir en una manera maravillosa.

Cooperación fiel (12:4-8). Cada creyente tiene un don diferente, y Dios ha derramado estos dones con el fin de que el cuerpo local pueda crecer en una manera adecuada. Pero cada creyente debe ejercer su don por fe. Puede ser que no veamos el resultado de nuestro ministerio, pero el Señor lo ve y lo bendice. Nota que “exhortación” (ánimo) es un ministerio espiritual así como predicar o enseñar. Dar

Justos

y mostrar misericordia son también dones importantes. A algunos Dios les ha dado la habilidad de dirigir o administrar las diferentes funciones de la iglesia. Cualquier don que tengamos debemos dedicarlo a Dios y usarlo para el provecho de toda la iglesia.

Es una tragedia cuando se hace más hincapié en un don que en los demás. “¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Son todos maestros? ¿Hacen todos milagros? ¿Tienen todos don de sanidad? ¿Hablan todos en lenguas? ¿Interpretan todos?” (I Corintios 12:29,30). La respuesta a todas estas preguntas es: No. Y cuando un creyente subestima los dones de otros mientras que exalta su propio don, niega el propósito mismo por el cual han sido dados: para el provecho de todo el cuerpo de Cristo. “Pero a cada uno le es dada manifestación del Espíritu para provecho” (I Corintios 12:7).

Los dones espirituales son instrumentos para edificar, no son juguetes ni armas. En la iglesia de Corinto, los creyentes estaban haciendo daño a la iglesia porque estaban abusando de los dones espirituales. Usaban los dones para fines propios y no como medios con el fin de edificar la iglesia. Hicieron tanto alarde de sus dones espirituales que perdieron sus virtudes espirituales. Tenían los dones del Espíritu, pero les faltaba el fruto del Espíritu—amor, gozo, paz, etc. (Gálatas 5:22,23).

Participación con amor (12:9-16). El hincapié aquí se hace sobre las actitudes de aquellos que ejercitan sus dones espirituales. Es posible usar un don espiritual en una manera no espiritual. Pablo repite esto mismo en I Corintios 13, el gran *capítulo del amor* en el Nuevo Testamento. El amor es el sistema circulatorio del cuerpo espiritual, que hace que todos los miembros funcionen en una manera sana y armoniosa. Este debe ser un amor honesto, no un

Relaciones Correctas Producen Conducta Correcta

amor hipócrita (v.9), y debe ser humilde y no orgulloso (v.10). “Prefiriéndoos unos a otros” (v.10) significa tratar a otros como más importantes que nosotros (Filipenses 2:1-4).

Debemos saber que cuando servimos a Cristo, habrá oposición satánica y tendremos días de desaliento. Pablo les amonesta a mantener su celo espiritual porque estaban sirviendo al Señor y no a los hombres. Cuando la vida se torna difícil, el creyente no debe dejar que su celo se enfríe. “Gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración” (Romanos 12:12).

Finalmente Pablo les recuerda que deben ser partícipes de los sentimientos de otros. El compañerismo cristiano es más que una *palmadita en la espalda* o un apretón de manos. Quiere decir compartir las cargas y las bendiciones de otros a fin de que crezcamos juntos y glorifiquemos al Señor. Si los creyentes no se pueden llevar bien con otros, ¿cómo podrán enfrentarse con sus enemigos? Una actitud humilde y una disposición de compartir son las características de un creyente que verdaderamente sirve al “cuerpo”. Nuestro Señor ministró a la gente común, y lo escuchaban de buena gana (Marcos 12:37). Cuando una iglesia local hace acepción de personas, dando preferencia a la *clase alta*, se aparta de las enseñanzas bíblicas en cuanto al servicio cristiano.

Nuestra Relación con Nuestros Enemigos (Romanos 12:17-21)

El creyente que procura obedecer a Dios tendrá enemigos. Cuando nuestro Señor sirvió en la tierra tuvo enemigos. Dondequiera que Pablo y los demás apóstoles fueron tuvieron enemigos que se opusieron a su obra. Jesús advirtió a sus discípulos que sus peores enemigos serían los

Justos

de su casa (Mateo 10:36). Desafortunadamente, algunos creyentes tienen enemigos porque les falta amor y paciencia, y no porque sean fieles testigos. Hay diferencia entre participar “de la ofensa de la cruz” (Gálatas 5:11; 6:12-15) y ser un creyente ofensivo.

El creyente no debe tratar de tomar el lugar de Dios vengándose. La mayoría de la gente devuelve mal por mal, o bien por bien. Pero el creyente debe vivir en un nivel más alto, y devolver bien por mal. Por supuesto, esto requiere amor, porque nuestra primera inclinación es a devolver la pelea. También requiere fe, creer que Dios puede obrar de tal manera que se cumpla su voluntad en nuestras vidas y en las de aquellos que nos ofenden. Debemos dar lugar a “la ira”—la ira de Dios (Deuteronomio 32:35).

Un amigo mío una vez oyó a un predicador criticarlo por radio, diciendo cosas que carecían de amor y fundamento. Mi amigo se enojó mucho y estaba planeando devolver la pelea, cuando un predicador piadoso dijo: “No lo haga. Si usted se defiende, el Señor no lo va a defender. Déjelo en las manos del Señor”. Mi amigo siguió el sabio consejo, y el Señor lo vindicó.

La exhortación en Romanos 12:20 nos recuerda las palabras de Cristo en Mateo 5:44-48. Estas palabras son fáciles de leer, pero difíciles de practicar. Seguramente debemos orar y pedirle a Dios amor mientras tratamos de mostrar bondad a nuestros enemigos. ¿Se aprovecharán de nosotros? ¿Nos despreciarán aún más? No es nuestro deber protegernos a nosotros mismos sino obedecer al Señor y encomendar a él los resultados. Pablo citó Proverbios 25:21,22 para animarnos a devolver bien por mal en el nombre del Señor. Las “ascuas de fuego” tal vez se refieren a los sentimientos de vergüenza que tendrán nuestros enemigos cuando les devolvemos bien por mal.

Relaciones Correctas Producen Conducta Correcta

Como hijos de Dios, debemos vivir en el nivel más alto—pagando bien por mal. Cualquiera puede devolver bien por bien y mal por mal. La única manera de vencer el mal es con el bien. Si devolvemos mal por mal, lo que estamos haciendo es echar leña al fuego. Y aunque nuestro enemigo no se convierta, experimentamos el amor de Dios en nuestros corazones y crecemos en gracia cuando devolvemos bien por mal.

Nuestra Relación con el Estado (Romanos 13:1-14)

Dios ha establecido tres instituciones: el hogar (Génesis 2:18-25), el gobierno (Génesis 9:1-17), y la iglesia (Hechos 2). Pablo estaba escribiendo a los creyentes que vivían en el corazón mismo del imperio romano. Aunque las grandes persecuciones no habían comenzado, ya estaban en camino. El cristianismo todavía era considerado como una secta judía, y la religión judía era aprobada en Roma. Pero vendría el día cuando sería muy difícil, si no imposible, para que un creyente fuera leal al emperador. No podría poner incienso sobre el altar y afirmar: “César es dios”.

En nuestro día hay personas que enseñan a la gente a rebelarse y formar alborotos y protestas en *el nombre de Cristo*. Lo que tratan de hacernos creer es que debemos desobedecer la ley, rebelarnos contra las autoridades, y permitir que cada quien haga lo que le parezca bien. Pablo refuta esta posición en este capítulo explicando cuatro razones por las cuales un creyente debe sujetarse a las leyes del país.

Por causa de la ira (13:1-4). Es Dios quien ha establecido el gobierno del mundo (ve Hechos 17:24-28). Esto no indica que él sea responsable de los pecados de los tiranos, sino sólo que la autoridad de gobernar viene originalmente de Dios. Esta fue la lección que Nabucodonosor tuvo que

Justos

aprender (ve Daniel 4, especialmente los versículos 17,25 y 32). Resistir a la ley es resistir a Dios quien ha establecido el gobierno en el mundo, y esto es invitar el castigo.

Los gobernantes tienen que llevar la espada; es decir, tienen el poder de castigar y aun de quitar la vida. Dios estableció el gobierno humano porque el hombre es pecador y es necesario que tenga alguna autoridad sobre él. Dios ha dado la espada a los gobernantes, y con ella la autoridad de castigar y aun ejecutar. La pena capital fue establecida en Génesis 9:5,6, y no ha sido abolida. Aunque no podamos siempre respetar al hombre que ocupa el puesto, debemos respetar su oficio, porque el gobierno fue ordenado por Dios.

En más de una ocasión, Pablo en su ministerio usó la ley romana para proteger su vida y para extender su obra. Los centuriones mencionados en el libro de los Hechos aparecen como hombres de carácter e ideales altos. Aunque los oficiales del gobierno no sean creyentes, son los “ministros de Dios” porque él estableció la autoridad del estado.

Por causa de la conciencia (13:5-7). Ahora tenemos un motivo más elevado. Cualquier ciudadano puede obedecer la ley por temor al castigo, pero el creyente debe obedecer por causa de la conciencia. Por supuesto, si el gobierno interfiere en la conciencia, entonces el creyente debe obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos 5:29). Pero cuando la ley está en lo correcto, el creyente debe obedecerla si quiere tener buena conciencia (I Timoteo 1:5,19; 3:9; 4:2 y Hechos 24:16).

El gobierno de los Estados Unidos de Norte América estableció un fondo especialmente para aquellas personas que sienten remordimiento en su conciencia por haber falsificado las declaraciones de sus impuestos. Dicho fondo

Relaciones Correctas Producen Conducta Correcta

les permite pagar lo que deben y aún permanecer anónimos. Algunos gobiernos municipales tienen un fondo similar. Leí acerca de una ciudad que había investigado algunos fraudes en impuestos, y anunció que varios ciudadanos iban a ser procesados. No dieron a conocer los nombres de los culpables. Esa semana, un número de personas visitaron la municipalidad y se pusieron al corriente en sus impuestos—y muchos no estaban en la lista de los acusados. Cuando la conciencia comienza a obrar, no podemos vivir en paz hasta que hayamos hecho lo correcto.

El versículo 7 nos manda pagar lo que debemos: impuestos, tributo, respeto, honor. Si no pagamos nuestros impuestos, mostramos falta de respeto a la ley, a los oficiales y al Señor. Y esto no puede menos que afectar la conciencia del creyente. Puede ser que no estemos de acuerdo con todo lo que se hace con el dinero que pagamos de impuestos, pero no debemos ofender nuestra conciencia rehusando pagarlos.

Por causa del amor (13:8-10). Pablo extendió el círculo de responsabilidad incluyendo a otras personas además de los oficiales del gobierno. “Amaos unos a otros” es el principio básico de la vida cristiana. Es el “nuevo mandamiento” que Cristo nos dio (Juan 13:34). Cuando ponemos en práctica la ley del amor, no hay necesidad de otras leyes, porque el amor las abarca a todas. Esto explica la razón por la que en el Nuevo Testamento se hallan pocas referencias a los diez mandamientos. En efecto, el mandamiento sobre el sábado no se cita en ninguna de las epístolas. Como creyentes, no vivimos bajo la ley; vivimos bajo la gracia. Nuestro motivo para obedecer a Dios y ayudar a otros es el amor de Cristo en nuestros corazones.

Justos

“No debáis a nadie nada” ¿se refiere también a las prácticas financieras del creyente? Algunos creen que sí, y que es pecado tener deudas. J. Hudson Taylor, el piadoso misionero a China, nunca incurría en deudas, basando su convicción en este versículo. Charles Spurgeon, el gran predicador bautista, tenía la misma convicción. Sin embargo, la Biblia no prohíbe pedir dinero prestado ni las transacciones financieras legales que involucran intereses. Lo que la Biblia prohíbe es cobrar interés muy alto, robar a los hermanos, y fallar en pagar con honestidad las deudas (ve Exodo 22:25-27 y Nehemías 5:1-11). Mateo 25:27 y Lucas 19:23 indican que la banca y las inversiones con el fin de obtener ganancias no son malas. Claro que ninguno debe endeudarse sin necesidad, o firmar contratos que no puede cumplir. “No robarás”. Pero, aplicar Romanos 13:8 a toda clase de obligación financiera legal, en mi opinión, es interpretar mal el significado del texto.

En esta sección Pablo se ha concentrado en el corazón mismo del problema—el corazón humano. Porque el corazón del hombre es pecaminosa, Dios ha establecido el gobierno. Pero las leyes no pueden cambiar el corazón; el corazón del hombre todavía es egoísta, y sólo puede ser cambiado por la gracia de Dios.

Por causa de Cristo (13:11-14). Hemos presentado ya tres motivaciones para obedecer la ley: el temor, la conciencia y el amor. A éstas agregamos nuestra devoción a Cristo Jesús. El hincapié se hace sobre la inminente venida de Cristo. Como sus siervos, queremos ser hallados fieles cuando él venga. La culminación de nuestra salvación está cerca. Está amaneciendo. Por lo tanto, debemos estar preparados.

Pablo hizo varias exhortaciones a la luz del inminente regreso del Señor. Primero les exhorta a *levantarse* (ve

Relaciones Correctas Producen Conducta Correcta

I Tesalonicenses 5:1-11 y Mateo 25:1-13). Luego nos dice: “desechemos... y vistámonos”. No queremos estar con vestidos sucios cuando el Señor venga (I Juan 2:28-3:3). El creyente se viste con las armas de luz, no con las obras de las tinieblas. No tiene razón para enredarse en los placeres pecaminosos del mundo. Finalmente, Pablo les amonestó a *ser maduros* (v.14). “Vestíos del Señor Jesucristo” significa llegar a ser más como él, recibir por fe para nuestra vida diaria todo lo que él es. Nuestro crecimiento depende de lo que comemos. Por esto Dios nos amonesta a no proveer para los deseos de la carne. Si alimentamos la carne, fallaremos; pero si alimentamos al hombre interior con las cosas nutritivas del Espíritu, tendremos éxito.

En otras palabras, un ciudadano cristiano debe ser el mejor ciudadano. Puede ser que los creyentes no concuerden sobre la política y los partidos, pero deben concordar en su actitud hacia el gobierno humano.

Romanos 14:1—15:7

¹Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones. ²Porque uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, come legumbres. ³El que come, no menosprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come; porque Dios le ha recibido.

(Romanos 14:1-3)

⁷Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. ⁸Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos. ⁹Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven. ¹⁰Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo.

(Romanos 14:7-10)

¹⁴Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo; mas para el que piensa que algo es inmundo, para él lo es. ¹⁵Pero si por causa de la comida tu hermano es contristado, ya no andas conforme al amor. No hagas que por la comida tuya se pierda aquel por quien Cristo murió. ¹⁶No sea, pues, vituperado vuestro bien; ¹⁷porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.

(Romanos 14:14-17)

¹Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. ²Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación. ³Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban, cayeron sobre mí.

(Romanos 15:1-3)

12

Cuando Hay Desacuerdos Entre Creyentes

La falta de unidad siempre ha sido un problema grande entre el pueblo de Dios. Aun el Antiguo Testamento relata guerras civiles y pleitos familiares entre el pueblo de Israel, y casi todas las iglesias locales en el Nuevo Testamento tuvieron que encarar el problema de divisiones. Los corintios estaban divididos en relación a los líderes humanos, y algunos de los miembros tenían pleitos entre sí (I Corintios 1:10-13; 6:1-8). Los creyentes en Galacia se estaban *mordiendo y devorando* unos a otros (Gálatas 5:15), y a los creyentes de Efeso y Colosas se les tuvo que recordar la importancia de la unidad cristiana (Efesios 4:1-3; Colosenses 2:1,2). En la iglesia en Filipos, dos mujeres reñían entre sí, y como resultado, estaban dividiendo la iglesia (Filipenses 4:1-3). No nos sorprende que el Salmista escribiera, "...cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía" (Salmo 133:1).

Algunos de estos problemas surgieron por causa de las costumbres que tuvieron algunos creyentes antes de su conversión. Los judíos, por ejemplo, eran legalistas y les sería difícil olvidar sus ideas erróneas del legalismo. Los gentiles nunca se preocuparon por observar leyes religiosas relativas a comidas y días. El primer concilio en la historia de la iglesia tuvo un debate acerca de la relación del creyente con la ley (Hechos 15).

Los creyentes en Roma tenían divisiones acerca de comidas y días especiales. Algunos de los miembros pensaban que era pecado comer carne, así que sólo comían

Justos

legumbres. Otros pensaban que era pecado no observar ciertos días santos de los judíos. Si cada creyente hubiera seguido sus convicciones propias sin tratar de imponerlas a los demás no hubiera habido problema, pero comenzaron a criticarse y juzgarse el uno al otro. Un grupo estaba seguro que el otro no era espiritual.

Lamentablemente, tenemos problemas similares en la actualidad porque no todos los creyentes están de acuerdo en cuanto a lo que es correcto o incorrecto, ya que no es siempre fácil determinarlo. Sabemos que ciertas actividades son malas porque la Biblia claramente las condena. También, sabemos que otras son correctas, puesto que la Biblia las ordena sin lugar a duda. Pero cuando consideramos áreas que no están bien definidas en las Escrituras, necesitamos otra clase de dirección. Pablo dio principios para guiarnos. Explicó cómo los creyentes pueden estar en desacuerdo sobre cosas no esenciales y aún mantener la unidad de la iglesia. Les dio a sus lectores tres amonestaciones.

Recibíós Unos a Otros (Romanos 14:1-12)

Notamos que esta sección comienza y termina con esta amonestación. Pablo se estaba dirigiendo a aquellos que eran *fuertes en la fe*, es decir, los que entendían mejor su libertad espiritual en Cristo y que no estaban exclavizados a los ritos concernientes a comidas o días de fiesta. Los *débiles en la fe* eran creyentes inmaduros quienes se sentían obligados a obedecer reglas legalistas acerca de lo que comían y acerca de cuándo adorar. Muchos tenían la idea de que los creyentes que seguían reglas estrictas eran los más maduros, pero este no era el caso necesariamente. En las congregaciones romanas los creyentes débiles eran los que se aferraban a la ley y no gozaban su libertad en el

Cuando Hay Desacuerdos Entre Creyentes

Señor. Los creyentes débiles juzgaban y condenaban a los creyentes fuertes, y los creyentes fuertes menospreciaban a los débiles.

“Recibíos unos a otros” fue la primera amonestación de Pablo; y dio cuatro razones por las que debían hacerlo:

Dios nos ha recibido (14:1-3). No es nuestra responsabilidad decidir los requisitos para el compañerismo cristiano en la iglesia; sólo el Señor puede hacerlo. Establecer restricciones a base de prejuicios personales (o convicciones) es ir más allá de la Palabra de Dios. Porque Dios nos ha recibido, debemos recibirnos unos a otros. No debemos argüir sobre estos asuntos, ni debemos juzgarnos o despreciarnos unos a otros. Tal vez San Agustín lo dijo mejor: “En lo esencial, unidad; en lo no esencial, libertad; en todas las cosas, amor”.

Cuando Dios envió a Pedro a los gentiles, la iglesia lo criticó por comer con estos nuevos creyentes (Hechos 11:1-3). Pero Dios reveló con claridad que había aceptado a los gentiles dándoles el mismo Espíritu Santo que él había derramado sobre los judíos el día de Pentecostés (Hechos 10:44-48; 11:15-18). Pedro no obedeció esta verdad en forma consistente porque después rehusó tener compañerismo con los creyentes gentiles en Antioquía, y Pablo tuvo que reprenderlo (Gálatas 2:11-13). Dios les mostró a Pedro y a Pablo que la comunión cristiana no debía basarse sobre comidas o calendarios religiosos.

En cada iglesia hay creyentes débiles y creyentes fuertes. Los fuertes entienden la verdad espiritual y la practican, pero los débiles no han crecido a ese nivel de madurez y libertad. El débil no debe condenar al fuerte y llamarlo no espiritual. El fuerte no debe despreciar al débil y calificarlo de inmaduro. Dios ha recibido a ambos, a los débiles y a los fuertes; por lo tanto, deben recibirse el uno al otro.

Justos

Dios sostiene a los suyos (12:4). Los creyentes fuertes eran juzgados por los creyentes débiles, y Pablo reprueba esta acción porque era incorrecto que éstos tomaran el lugar de Dios en la vida de sus hermanos más fuertes. Dios es el amo; el creyente es el siervo. Es incorrecto que alguien interfiera en esta relación.

Nos anima saber que el éxito en la vida cristiana no depende de las opiniones o de las actitudes de otros creyentes. Dios es el juez, y es poderoso para sostenernos en pie. La palabra *siervo* sugiere que los creyentes deben estar ocupados trabajando para el Señor; luego no tendrán tiempo o inclinación de juzgar o condenar a otros creyentes. Las personas que están ocupados en ganar almas para Cristo tienen cosas más importantes que hacer que investigar las vidas de otros creyentes.

Jesucristo es el Señor (14:5-9). La palabra “Señor” se encuentra 8 veces en estos versículos. Ningún creyente tiene derecho de hacer el papel de Dios en la vida de otro creyente. Podemos orar, aconsejar, y aun amonestar, pero no podemos tomar el lugar de Dios. ¿Qué es lo que convierte a un plato de comida en *santo* o a un día en *santo*? El hecho de relacionarlo con el Señor. La persona que considera cierto día como *santo* lo hace “para el Señor”. La persona que estima todos los días como sagrados, “para el Señor, lo hace”. El creyente que come carne da gracias al Señor, y el que se abstiene de carne, se abstiene “para el Señor”. Estar “plenamente convencido [o seguro] en su propia mente” (v.5) significa que cada hombre haga lo que hace *para el Señor*, y no simplemente por algunos prejuicios o por capricho.

Algunas normas y prácticas en nuestras iglesias son tradiciones, pero no son necesariamente bíblicas. Puedo recordar cuando algunos creyentes consagrados se opusie-

Cuando Hay Desacuerdos Entre Creyentes

ron a la radio cristiana “porque Satanás es el príncipe de la potestad del aire”. Las modas cambian de año en año. Los creyentes no tienen que pelear más acerca de las películas de Hollywood, porque la televisión las lleva directamente a los hogares. Algunas personas ponen las traducciones de la Biblia como prueba de ortodoxia. La iglesia está dividida y débil porque los creyentes no permiten que Jesucristo sea el Señor.

En Juan 21:15-25 vemos una ilustración interesante sobre esto. Jesús había restaurado a Pedro a su posición de apóstol, y otra vez le dijo: “Sígueme”. Pedro comenzó a seguir a Cristo, y entonces oyó que alguien caminaba a su lado. Era el apóstol Juan.

Entonces Pedro preguntó a Jesús: “Señor, ¿y qué de éste?” Nota la respuesta del Señor: “¿Qué a ti? Sígueme tú”. En otras palabras, *Pedro, asegúrate de que me has hecho el Señor de tu vida. Yo me ocuparé de Juan.* Siempre que escucho a los creyentes condenar a otros creyentes por algo en lo que están en desacuerdo, algo que no es esencial o prohibido por la Palabra de Dios, siento el deseo de decir “¿Qué a ti? Sigue a Cristo. Deja que él sea el Señor”.

Pablo hizo hincapié en la unión del creyente con Cristo: “Sea que vivamos o que muramos, del Señor somos” (v.8). Nuestra primera responsabilidad es con el Señor. Si los creyentes acuden al Señor en oración en vez de criticar a sus hermanos, habría comunión más fuerte en nuestras iglesias.

Jesucristo es el Juez (14:10-12). Pablo preguntó al creyente débil: “¿Por qué juzgas a tu hermano?” Luego preguntó al creyente fuerte: “¿Por qué menosprecias a tu hermano?” Ambos, el fuerte y el débil, tienen que comparecer ante el tribunal de Cristo, y no se juzgarán el uno al otro—serán juzgados por el Señor.

Justos

El tribunal de Cristo es el lugar donde las obras de los creyentes serán juzgadas por el Señor. No tiene nada que ver con nuestros pecados, ya que Cristo pagó por ellos y ya no pueden aparecer contra nosotros (Romanos 8:1). La palabra para el “tribunal de Cristo” en griego es *bema*, y se usaba para indicar el lugar donde los jueces se sentaban durante los juegos de atletismo. Si observaban a algún atleta quebrantar las reglas durante los juegos, inmediatamente lo descalificaban. Al fin de las competencias, los jueces entregaban los premios (ve I Corintios 9:24-27). Primera de Corintios 3:10-15 nos presenta otro cuadro del tribunal de Cristo. Pablo compara nuestro servicio con la construcción de un templo. Si edificamos con materiales baratos, el fuego los quemará. Si usamos materiales preciosos y duraderos, nuestras obras permanecerán. Si nuestras obras resisten la prueba, recibiremos recompensa. Si se queman, perderemos la recompensa, pero aún seremos salvos, aunque “así como por fuego”.

¿Cómo se prepara el creyente para el juicio del tribunal de Cristo? Haciendo a Jesucristo el Señor de su vida y obedeciéndolo con fidelidad. En vez de juzgar a otros creyentes, haríamos mejor si juzgáramos nuestra propia vida y nos aseguráramos de que estamos preparados para presentarnos ante Cristo en el *bema* (ve Lucas 12:41-48; Hebreos 13:17 y I Juan 2:28).

El hecho de que nuestros pecados nunca más se presentarán en contra nuestra no debe animarnos a desobedecer a Dios. El pecado en nuestra vida nos impide servir a Cristo como debemos, y esto significa perder la recompensa. En la vida de Lot tenemos un buen ejemplo de esta verdad (Génesis 18—19). Lot no andaba con el Señor como su tío Abraham y, como resultado, perdió su testimonio y aun a su familia. Cuando al fin vino el juicio,

Quando Hay Desacuerdos Entre Creyentes

Lot escapó del fuego, pero todo lo que tenía y por lo cual vivía se quemó. Fue salvo “así como por fuego”.

Pablo explicó que no tenían que dar cuenta a Dios por otros, sino por sí mismos. Así que debían estar seguros de que sus cuentas fueran buenas. Pablo estaba acentuando el principio del señorío de Cristo—hacer a Jesucristo el Señor de su vida y permitir que él sea el Señor en las vidas de otros creyentes también.

Dos de los creyentes más famosos durante la época de la Reina Victoria en Inglaterra fueron Charles Spurgeon y Joseph Parker; ambos fueron poderosos predicadores del evangelio. Al principio de sus ministerios tuvieron compañerismo e intercambiaban púlpitos. Después tuvieron un desacuerdo y aun los periódicos lo informaron. Spurgeon acusó a Parker de no ser espiritual porque éste frecuentaba el teatro. Sin embargo, Spurgeon fumaba cigarros, una práctica que muchos creyentes condenarían. ¿Quién estaba en lo correcto? ¿Quién estaba equivocado? Tal vez *ambos* estaban equivocados. Cuando se trata de asuntos dudosos en la vida cristiana, ¿no pueden los creyentes consagrados estar en desacuerdo sin ser desagradables? Un día un amigo me dijo: “He aprendido que Dios aun bendice a personas con las cuales estoy en desacuerdo”, y yo he aprendido lo mismo. Cuando Jesucristo es realmente el Señor en nuestra vida, le permitimos que trate con sus siervos como él quiere.

Edificaos Unos a Otros (Romanos 14:13-23)

Basándose en la primera amonestación, algunos podrían pensar que el creyente debe dejar que su hermano en la fe siga su propio camino y debe dejar que el débil permanezca débil. Pero esta segunda admonición explica más las cosas. El énfasis se hace aquí sobre nuestra responsabilidad

Justos

para con “el hermano”. En este pasaje vemos la norma para el amor fraternal. Si nos amamos, procuraremos edificarnos en la fe. Pablo expone varios hechos que nos ayudarían a edificar a nuestros hermanos.

Los creyentes se afectan unos a otros (14:13-15). Fíjate en varias maneras en que podemos afectarnos unos a otros. Podemos hacer tropezar a otros; agraviarles, aun destruirlos. Pablo estaba hablando de la manera en que el creyente fuerte afecta al creyente débil. El apóstol trató un problema similar en I Corintios 8—9, donde se hace la pregunta: “¿Deben los creyentes comer carne que ha sido ofrecida a los ídolos en los templos paganos?” El indicó allí que el conocimiento y el amor deben obrar juntos. “El conocimiento envanece, pero el amor edifica” (I Corintios 8:1). El creyente fuerte tiene conocimiento espiritual, pero si no manifiesta amor, su conocimiento dañará al creyente débil. El conocimiento debe estar acompañado con el amor.

A menudo los niños chicos tienen miedo de la obscuridad y piensan que algo o alguien está escondiéndose en un rincón oscuro. Por supuesto, la mamá sabe que no hay peligro, pero su conocimiento solo no puede darle consuelo y tranquilidad al niño. No se puede ayudar a un niño a conquistar el miedo tan solo por el uso de argumentos. Cuando la mamá se sienta al lado de la cama, y con voz amorosa asegura al niño que todo está bien, entonces el niño se puede dormir sin miedo. El conocimiento acompañado con amor ayuda a la persona débil a llegar a ser fuerte.

“Nada es inmundo en sí mismo” (v.14). No hay comidas inmundas, ni días inmundos, ni razas inmundas. (Lee Hechos 10 para ver cómo Pedro aprendió esta lección.) El efecto que ejerce cierta cosa sobre nuestra vida, determina si es buena o mala. Uno puede leer ciertos libros sin que

Cuando Hay Desacuerdos Entre Creyentes

le haga daño, mientras que un creyente débil sería tentado a pecar, leyendo los mismos. Pero el asunto no es solo: "¿Cómo me afecta a mí?", sino también: "¿Cómo afectará a mi hermano? ¿Lo hará tropezar? ¿Lo herirá o aun lo destruirá por inducirlo a pecar? ¿Es justo que yo dañe a mi hermano tan solo por disfrutar alguna comida?" ¡No!

Los creyentes deben tener prioridades (14:16-18). Como los fariseos de la antigüedad, los creyentes de hoy tienen la tendencia de poner la mayor énfasis en lo que es de menos importancia (Mateo 23:23,24). He visto iglesias dividirse por asuntos que son insignificantes comparados con las cosas vitales de la fe cristiana. Algunas iglesias se han dividido porque los hermanos no pudieron ponerse de acuerdo en cosas tan insignificantes como escoger el lugar donde se debe poner el piano en la iglesia y el servir comidas en día domingo. "El reino de Dios no es comida ni bebida..." (v.17). "Si bien la vianda no nos hace más aceptos ante Dios; pues ni porque comamos, seremos más, ni porque no comamos, seremos menos" (I Corintios 8:8).

No lo externo, sino lo eterno debe ser primero en nuestra vida: justicia, paz y gozo. ¿De dónde vienen? De la obra del Espíritu Santo en nuestras vidas (ve Romanos 5:1,2). Si cada creyente se rindiera al Espíritu y se ocupara en vivir una vida piadosa, no tendríamos creyentes que pelean unos con otros sobre asuntos pequeños. Las prioridades espirituales son esenciales en la armonía de la iglesia.

Los creyentes se deben ayudar unos a otros a crecer (14:19-21). Ambos, el creyente fuerte y el débil, necesitan crecer. El creyente fuerte necesita crecer en amor; el creyente débil necesita crecer en conocimiento. Mientras que un hermano sea inmaduro y débil en la fe, debemos tratar con él con amor. Pero si en verdad lo amamos, lo

Justos

ayudaremos a crecer. Dios no quiere que el creyente permanezca inmaduro, teniendo una conciencia débil.

Una ilustración acerca del hogar nos ayudará a entender este asunto. Cuando hay un niño en el hogar, ciertas cosas tienen que cambiar. Los padres procuran no dejar las tijeras en la silla o algo peligroso a su alcance. Pero a medida que el niño madura, los padres pueden ir ajustando las reglas de la casa y tratar con él en una forma más adulta. Es natural que un niño tropiece cuando está aprendiendo a caminar. Pero si un adulto tropieza con frecuencia, nos damos cuenta de que algo anda mal.

Los recién convertidos necesitan la clase de compañerismo que los protegerá y los animará a crecer. Pero no los podemos tratar como *recién nacidos* toda la vida. Los creyentes maduros deben ejercitar el amor y la paciencia y tener cuidado de no hacerlos tropezar. Pero los creyentes más nuevos deben crecer “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (II Pedro 3:18). Mientras maduran en la fe, pueden ayudar a otros creyentes a crecer. No se debe cambiar el ministerio de una clase de escuela dominical o de la iglesia local sólo para los creyentes *infantes*, porque esto estorbaría el crecimiento de todos, tanto débiles como maduros. El hermano débil debe aprender del fuerte, y el creyente fuerte debe amar al débil. El resultado será paz y madurez para la gloria de Dios.

Los creyentes no deben obligar a otros a que acepten sus opiniones (14:22,23). Hay ciertas verdades que todos los creyentes deben aceptar porque son el fundamento de la fe. Pero las otras áreas de desacuerdo no deben ser tomadas como requisito para compañerismo. Si tienes una convicción sincera acerca de un asunto, no intentes obligar a que todos la acepten. Ningún creyente puede tomar *prestadas* las convicciones de otros y ser honesto en su

Quando Hay Desacuerdos Entre Creyentes

vida cristiana. Si no las puede mantener y practicar *por fe*, está pecando. Aunque las convicciones de un creyente sean inmaduras, tal persona nunca debe ofender su conciencia. Esto haría un gran daño a su vida espiritual. Por ejemplo, el creyente maduro sabe que un ídolo no es nada. Pero un creyente, recién convertido de la idolatría, podría tener aún temores acerca de los ídolos. Si un creyente maduro obligara al recién convertido a comer carne sacrificada a ídolos, el creyente nuevo tendría problemas en su conciencia que posteriormente la debilitarían (ve I Corintios 8—9).

La conciencia se fortalece con el conocimiento. Pero el conocimiento tiene que estar acompañado con el amor, de otra manera destruye en vez de edificar. La verdad de que todas las cosas son limpias (vs.14,20) no hará crecer por sí misma al creyente. Cuando esta verdad se enseña con amor, entonces el creyente débil puede crecer y desarrollar una conciencia fuerte. Los creyentes pueden mantener diferentes convicciones sobre muchos asuntos, pero deben mantenerlas en amor.

Agradaos Unos a Otros (Romanos 15:1-7)

Pablo se incluyó a sí mismo entre los fuertes cuando trató el problema básico del *egoísmo*. El verdadero amor cristiano no es egoísta; más bien, busca compartir con otros y hacer felices a otros. Aun está dispuesto a sobrellevar a los creyentes nuevos, ayudándoles en su desarrollo espiritual—no aguantándolos, sino animándolos.

Por supuesto, el gran ejemplo es nuestro Señor Jesucristo. El pagó un enorme precio con el fin de servirnos. Pablo citó el Salmo 69:9 para confirmar esta verdad. ¿Piensa un creyente fuerte que está haciendo un gran sacrificio al dejar alguna comida o bebida? Entonces, que mida su sacrificio con el sacrificio de Cristo. Ningún sacrificio que podamos hacer se puede comparar con el sacrificio del Calvario.

Justos

La madurez espiritual de una persona se ve en su discernimiento. Está dispuesta a ceder sus derechos con el fin de ayudar a otros. No lo ve como una carga, sino como una bendición. Tal como los padres que aman a sus hijos se sacrifican por ellos, así el creyente maduro se sacrifica para ayudar a los nuevos creyentes a crecer en la fe.

Pablo menciona los dos recursos de poder espiritual de los cuales tenemos que echar mano si vamos a vivir para agradar a otros: la Palabra de Dios (v.4) y la oración (vs.5,6). Tenemos que confesar que a veces nos impacientamos con los creyentes nuevos, así como los padres se impacientan con los hijos. Pero la Palabra de Dios nos puede dar *la paciencia y el ánimo* que necesitamos. Pablo concluye esta sección orando por sus lectores, a fin de que puedan experimentar la unidad espiritual que solo Dios puede dar.

Esto nos indica que la iglesia local debe ocuparse sobre todo en la Palabra de Dios y la oración. El primer peligro real contra la unidad de la iglesia surgió porque los apóstoles estaban tan ocupados que no hallaron el tiempo necesario para la predicación de la Palabra y la oración. Cuando otros fueron elegidos para compartir el trabajo, los apóstoles volvieron a ocuparse en el ministerio que les correspondía, y la iglesia pudo así tener armonía y crecimiento (ve Hechos 6:1-7).

Por supuesto, el resultado fue que Dios fue glorificado (v.7). El desacuerdo y las divisiones no traen gloria a Dios, sino deshonra. Las palabras de Abraham a Lot se pueden aplicar aquí: “No haya altercado entre nosotros dos... porque somos hermanos” (Génesis 13:8). De seguro, los vecinos estaban observando la vida de Abraham y él quería que vieran en la conducta de él y Lot algo diferente, por cuanto éstos adoraban al Dios verdadero. Jesús, en su

Cuando Hay Desacuerdos Entre Creyentes

oración de Juan 17, oró por la unidad de la iglesia, lo cual traería gloria a Dios (Juan 17:20-26).

Recíbete el uno al otro; edifícate el uno al otro; y agrádate el uno al otro—todo para la gloria de Dios.

Romanos 15:8—16:27

⁹Pues os digo, que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres, ⁹y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia, como está escrito: Por tanto, yo te confesaré entre los gentiles, y cantaré a tu nombre. ¹⁰Y otra vez dice: Alegraos, gentiles, con su pueblo. ¹¹Y otra vez: Alabad al Señor todos los gentiles, y magnificadle todos los pueblos. ¹²Y otra vez dice Isaías: Estará la raíz de Isaí, y el que se levantará a regir los gentiles; los gentiles esperarán en él. ¹³Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo. ¹⁴Pero estoy seguro de vosotros, hermanos míos, de que vosotros mismos estáis llenos de bondad, llenos de todo conocimiento, de tal manera que podéis amonestaros los unos a los otros. ¹⁵Mas os he escrito, hermanos, en parte con atrevimiento, como para haceros recordar, por la gracia que de Dios me es dada ¹⁶para ser ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando el evangelio de Dios, para que los gentiles le sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo.

(Romanos 15:8-16)

²⁵Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, ²⁶pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, ²⁷al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén.

(Romanos 16:25-27)

13

El Hombre en Acción

Una de las palabras claves en los capítulos finales de Romanos es *servicio*. En efecto, Pablo usó tres diferentes palabras griegas para discutir el tema. En Romanos 15:8, 25,31 y 16:1 usó la palabra que se usa para siervo o servicio. Nuestra palabra *diácono* viene de esa palabra. El vocablo “ministrar” empleado en Romanos 15:16 y 27 era la palabra común que se usaba para indicar el servicio en el templo o en puestos públicos. En Romanos 15:16 se usa una palabra que no se encuentra en ninguna otra parte del Nuevo Testamento en griego; y significa “efectuar ritos sagrados, ministrar en un servicio sacerdotal”.

En esta sección Pablo explicó cuatro ministerios diferentes.

El Ministerio de Jesucristo a los Gentiles (Romanos 15:8-13)

Jesucristo es el ejemplo máximo de servicio. “Yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Lucas 22:27). Primero vino a ministrar a los judíos, para que por medio de Israel pudiese ministrar a los gentiles. El principio que Cristo siempre siguió durante su ministerio terrenal fue “al judío primeramente”, y también lo siguió la iglesia primitiva.

Por ejemplo, Juan el Bautista vino ministrando a la nación de Israel preparándola para la venida del Mesías. Cuando Jesús comenzó su ministerio, fue solamente al pueblo de Israel. Cuando envió a los apóstoles en su primera misión evangelística, les ordenó: “Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel”

Justos

(Mateo 10:5,6). Esto no quiere decir que él haya ignorado a los gentiles como individuos, porque ministró a algunos de ellos (Mateo 8:5-13 y 15:21-28); pero Israel era su principal interés.

Después de su resurrección, mandó a los apóstoles que permanecieran en Jerusalén y que allí comenzaran su ministerio (Lucas 24:44-49). El período comprendido en Hechos 1—7 se caracteriza por un ministerio a los judíos o a los prosélitos. No fue sino hasta Hechos 8 que el evangelio llegó a los samaritanos; y en Hechos 10 a los gentiles. Luego, por el ministerio de Pablo, se extendió a todo el imperio romano (Hechos 13:1-3).

Cuando Cristo vino a morir, confirmó las promesas que Dios hizo a Abraham y a los otros *patriarcas* de la nación judía (ve Lucas 1:30-33,46-55 y 67-80). Algunas de estas promesas ya se han cumplido, pero muchas todavía esperan su cumplimiento cuando Cristo venga a establecer su reino.

¿Era egoísta Dios al hacer hincapié en los judíos? No, porque a través de ellos enviaría las buenas nuevas de salvación a los gentiles. Los primeros creyentes fueron creyentes judíos. “La salvación viene de los judíos” (Juan 4:22). En la época del Antiguo Testamento Dios escogió a Israel para que aquella nación ministrara a los gentiles; pero en vez de eso, Israel siguió los caminos idólatras de los gentiles y tuvo que ser castigado. En el período del Nuevo Testamento Dios escogió a los creyentes judíos para que llevaran las buenas nuevas a los gentiles, y ellos obedecieron.

Hay una hermosa progresión en las promesas que Pablo citó en los versículos 9-12.

- Los judíos glorificaron a Dios *entre* los gentiles (v.9, cita del Salmo 18:49).

El Hombre en Acción

- Los gentiles se regocijaron *con* los judíos (v.10, cita de Deuteronomio 32:43).
- Todos los judíos y gentiles alaban a Dios *juntos* (v.11, cita del Salmo 117:1).
- Cristo reinará *sobre* los judíos y gentiles (v.12, cita de Isaías 11:10).

Romanos 15:8 cubre el período de los evangelios y Hechos 1—7. Romanos 15:9 describe el ministerio de Pablo entre los gentiles. Romanos 15:10 se puede aplicar al concilio de la iglesia mencionado en Hechos 15, cuando a los gentiles se les dio la misma posición que “su pueblo”. En la actualidad los judíos y los gentiles alaban a Dios juntos en la iglesia.

“Los gentiles esperarán en él” (v.12). En un tiempo los gentiles estaban “sin esperanza” (Efesios 2:12), pero ahora tienen esperanza en Cristo. Los creyentes no sólo tienen esperanza, sino también gozo, paz y poder (v.13). El Espíritu Santo de Dios comparte con ellos estas bendiciones a medida que se rinden a él.

Por causa de la fidelidad de los creyentes judíos en llevar el evangelio a los gentiles, las naciones del mundo hoy en día tienen la oportunidad de confiar en Cristo como su Salvador.

El Ministerio de Pablo a los Gentiles (Romanos 15:14-24)

A menos que entendamos el ministerio distintivo de Pablo, no podremos apreciar el mensaje de la gracia de Dios. Pablo explicó las características de su ministerio.

Lo recibió por gracia (15:14,15). Cuando Pablo era Saulo de Tarso, aquel rabino que perseguía la iglesia con afán de destruirla, no sabía nada de la gracia de Dios. Mas cuando se encontró con Jesucristo en el camino a Damasco

Justos

(Hechos 9), experimentó esa maravillosa gracia. Fue la gracia de Dios lo que lo salvó, y lo llamó y lo hizo apóstol (I Corintios 15:8-11). “Recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre” (Romanos 1:5). En Efesios 3, Pablo explicó su ministerio a los gentiles con mayores detalles.

Estaba centrado en el evangelio (15:16). Pablo usó dos palabras diferentes para “ministrar” en este versículo, pero el hincapié se hace en el servicio sacerdotal. Pablo se vio a sí mismo como un sacerdote ante el altar, ofreciendo a Dios los gentiles que había ganado para Cristo. Eran “un sacrificio espiritual” para la gloria de Dios (ve I Pedro 2:5). Aun la predicación del evangelio era *un deber sacerdotal*. Este vistazo al ministerio seguramente añade dignidad y responsabilidad a nuestro servicio. Era importante que los sacerdotes sólo ofrecieran a Dios lo mejor (ve Malaquías 1:6-14).

Nota la participación de la Trinidad en el ministerio de la Palabra. Pablo era ministro de Jesucristo; predicaba “el evangelio de Dios”; y servía en el poder del Espíritu Santo de Dios quien santificaba su ministerio. Es un privilegio, pero a la vez una gran responsabilidad, ser siervo del Trino Dios, y ganar a los perdidos para Cristo. Debemos recordar que ganar almas es un ministerio sacerdotal; una obligación sagrada. Debemos servir al Señor con dedicación y devoción tal como el sacerdote en el templo lo hacía.

Lo hacía para la gloria de Dios (15:17). “Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús en lo que a Dios se refiere”. La palabra traducida “gloriarme” tiene la idea de *jactarse, estar orgulloso*. Pablo la usó antes en Romanos 2:17,23; 3:27; 4:2 y 5:2,3,11. Pablo no estaba gloriándose de su ministerio, sino de lo que el Señor había hecho. El apóstol no sirvió y sufrió para ganar reputación personal;

El Hombre en Acción

pues, tenía un propósito más elevado. El quería traer gloria a Jesucristo. “Para que en todo tenga la preeminencia” (Colosenses 1:18).

Fue hecho en el poder de Dios (15:18,19). El Espíritu Santo capacitó a Pablo para el ministerio, y le dio poder para hacer señales y prodigios. Los milagros que Pablo hizo fueron “señales” en que vinieron de Dios y revelaron a Dios a otros. Y fueron “prodigios” (maravillas) porque causaron que la gente se maravillara. Pero el objetivo fue siempre abrir el camino para la predicación del evangelio. Los milagros fueron dados para autenticar al mensajero y al mensaje (Hebreos 2:1-4). Los milagros *por sí solos* no pueden salvar al perdido. Cuando Pablo sanó al cojo en Listra (Hechos 14), la gente pagana reaccionó, llamando a Bernabé y a Pablo dioses, y trataron de adorarlos. Cuando Pablo compartió con ellos el evangelio no respondieron con tanto entusiasmo. Finalmente apedrearon a Pablo y lo dejaron por muerto fuera de la ciudad.

El Espíritu de Dios le dio poder a Pablo para compartir la Palabra, y el propósito era “para la obediencia de los gentiles...” (Romanos 15:18). El apóstol compartió las buenas nuevas “con la palabra y con las obras”.

Puede ser que en la actualidad no podamos hacer milagros, ya que este fue un don apostólico especial. Pero “con la palabra y con las obras” podemos compartir el amor de Dios con los perdidos a nuestro alrededor. El cambio del carácter y de la conducta son milagros del Espíritu Santo, así como la sanidad de un enfermo.

Fue según el plan de Dios (15:20-24). Dios tenía un plan para la vida de Pablo: no debiera predicar donde otro apóstol hubiera trabajado. (Esta es una evidencia de que Pedro no fundó las iglesias de Roma, y que no había estado en Roma; porque esto hubiera sido un obstáculo

Justos

para que Pablo fuera allá.) “Desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico” (v.19) abarca como 2.252 kilómetros. Si se toma en cuenta la lentitud del transporte y los peligros involucrados (II Corintios 11:26,27), se puede apreciar los tremendos logros del ministerio misionero de Pablo. Aunque no es malo entrar en la labor de otro hombre (Juan 4:38), es también bueno tener un ministerio pionero y llevar el evangelio a territorio nuevo. Pablo citó Isaías 52:15 como la aprobación divina sobre esta clase de ministerio.

La vasta área de oportunidad en otras partes del imperio le impidió a Pablo visitar Roma antes. Su viaje no fue estorbado por la oposición satánica o por obstáculos físicos, sino por el mucho trabajo en el lugar en donde se encontraba. Su obra evangelística fue tan extensa que pudo decir que ya no había más lugar donde predicar en aquellas partes. Esto no significa que Pablo haya testificado personalmente a cada persona en esa área, sino que llevó el evangelio y dejó iglesias y creyentes que testificaban y se encargaban de que la obra siguiera adelante. Pablo terminó un trabajo antes de comenzar otro, lo cual sirve de ejemplo para nuestro ministerio en la actualidad.

El deseo de Pablo por varios años había sido visitar Roma y luego España, pero no tenemos evidencia de que haya llegado a España. La tradición dice que fue a España y a Bretaña después de ser librado de la prisión, pero no siempre se puede confiar en la tradición eclesiástica.

El Ministerio de los Gentiles a los Judíos (Romanos 15:25-33)

Pablo y sus compañeros habían recibido una ofrenda especial de las iglesias de los gentiles en Grecia para los creyentes judíos que sufrían en Jerusalén. Los detalles de

El Hombre en Acción

esta colecta se encuentran en II Corintios 8 y 9. Había varios propósitos en esta ofrenda especial. En primer lugar, era una expresión de amor de parte de los gentiles hacia sus hermanos judíos. Segundo, era un alivio práctico en un tiempo cuando estos hermanos pobres más lo necesitaban. Tercero, ayudó a unir a los judíos y gentiles en la iglesia. Fue un lazo que los unía más.

Pablo consideró esta ofrenda como el pago de una deuda. Los gentiles habían recibido de los judíos bienes *espirituales*. Ahora les estaban devolviendo bienes *materiales* como pago de la deuda. Pablo se consideraba “deudor” al mundo entero (Romanos 1:14). También consideraba a los creyentes gentiles como deudores hacia los judíos, porque fueron los judíos los que dieron a los gentiles la Palabra de Dios y al Hijo de Dios. Nosotros, los creyentes, debemos sentir una obligación hacia Israel, y debemos pagar la deuda orando por Israel, compartiendo el evangelio, y ayudando en una manera material. El antisemitismo no tiene lugar en la vida de un creyente espiritual.

Esta ofrenda no sólo fue el pago de una deuda, sino que también era “fruto” (Romanos 15:28). No era *botín* que Pablo haya robado de las iglesias. Era fruto—el resultado natural de su andar con el Señor (ve Juan 15:1-8).

Cuando fluye la vida del Espíritu a través de la iglesia, el dar no es un problema. Pablo, en II Corintios 8:1-5, describe el milagro de gracia que ocurrió en las iglesias de Macedonia.

Pablo estaba ansioso de que los creyentes judíos recibieran esta ofrenda y que fuera aceptable a ellos. Quería, con la ayuda de Dios, establecer un fuerte vínculo entre la primera iglesia en Jerusalén y las iglesias en otras partes del imperio. Desafortunadamente, aún había judíos que se oponían al mensaje de gracia predicado a los gentiles, y

Justos

que querían que éstos aceptaran su ley y que se hicieran judíos prosélitos. (Los eruditos en Biblia llaman a estas personas “judaizantes”. Estos legalistas seguían a Pablo dondequiera que iba y trataban de robarle las iglesias. La epístola a los Gálatas fue escrita para combatir sus malas obras.)

Las palabras “me ayudéis” en el versículo 30 sugiere un atleta dando lo mejor de su capacidad en una competencia. Quizás las palabras *luchar juntos* expresan mejor la idea. Este mismo término es usado en Colosenses 4:12 refiriéndose a la oración de Epafras. Este verso no significa que tenemos que pelear con Dios para obtener lo que necesitamos. Más bien, significa que nuestro orar no debe ser una experiencia casual que no proviene del corazón. Debemos poner tanto fervor en nuestras oraciones como lo hace un luchador en su lucha.

El Ministerio de los Creyentes hacia Pablo (Romanos 16:1-27)

En este notable capítulo, Pablo saludó a lo menos a 26 personas por nombre, así como a dos creyentes anónimos; y también saludó a varias iglesias que se congregaban en los hogares. Terminó con saludos de nueve creyentes que estaban con él en Corinto cuando escribió la carta. ¿Que significa esto? Muestra que Pablo era amigable así como ganador de almas. El no trató de vivir una vida solitaria; tenía amigos en el Señor, y los apreciaba. Fueron de ayuda para él en lo personal y en su ministerio. En mi lectura de biografías cristianas, he descubierto que los siervos a quienes Dios ha usado más fueron personas que podían hacer amigos. Se multiplicaban a sí mismos en las vidas de sus amigos y compañeros en el ministerio. Es verdad que un creyente puede servir a Dios y vivir aparte de los demás

El Hombre en Acción

creyentes, sin embargo, la mayoría de los creyentes se necesitan el uno al otro. Somos ovejas, y las ovejas andan juntas.

Algunos amigos que saludar (16:1-16). Pablo mencionó primero a Febe, quien era miembro de la iglesia de Cencrea y portadora de la carta a los creyentes de Roma. Ningún mensajero llevó jamás carta más importante. Cencrea era un puerto marítimo de Corinto, y tal vez Febe fue ganada para Cristo durante el ministerio de año y medio de Pablo en esa ciudad. La palabra “diaconisa” significa “sierva”, y algunos estudiosos creen que Febe servía en la iglesia como *diaconisa*. Es posible, porque en la iglesia primitiva hubo mujeres que visitaban a los enfermos, ayudaban a las mujeres más jóvenes y a los pobres. Pablo testificó que Febe había sido su ayudante (literalmente *protectora*) y la de otros creyentes, y encargó a la iglesia el cuidado de ella. Sería interesante tener más detalles acerca de cada uno de estos personajes. Algunos datos interesantes acerca de Aquila y Priscila se hallan en Hechos 18:1-3,18,19,26. Dónde y cuándo arriesgaron su vida por Pablo no lo sabemos, pero nos alegra que lo hayan hecho (ve también I Corintios 16:19 y II Timoteo 4:19). Cuando Pablo escribió esta epístola ellos se encontraban en Roma y la iglesia se reunía en su casa. En este capítulo Pablo saludó varias congregaciones semejantes que se reunían en hogares particulares (Romanos 16:10,11, 14,15).

Cuatro personas son llamados “amados” por Pablo: Epeneto (v.5), Amplias (v.8), Estaquis (v.9), y Pérsida (v.12). Pablo recordaría en particular a Epeneto porque fue el primero de sus convertidos en Asia. Parece ser que pertenecía a la casa de Estéfanos, porque en I Corintios 16:15 esta familia es llamada “las primicias de Acaya”.

Justos

Pablo llamó a Adrónico y a Junias “parientes”. Esto puede significar que eran parientes según la carne, o sólo que eran también judíos, posiblemente de la tribu de Benjamín, como Pablo. En una ocasión estuvieron en prisión con Pablo. La palabra “apóstol” aquí no indica que tuvieron el mismo oficio que Pablo, sino que eran “mensajeros” del Señor. La palabra “apóstol” puede significar las dos cosas.

El Rufo mencionado en el versículo 13 puede ser el mismo de Marcos 15:21, pero no podemos estar seguros. Si es así, entonces la experiencia de Simón en el Calvario probablemente contribuyó a la conversión de su hijo Rufo y la familia de éste.

Pablo y Rufo no eran familiares. “Su madre y mía” significa sólo que la madre de Rufo había sido como una madre para Pablo (Marcos 10:30).

Esta lista muestra el papel que estas personas jugaron en el ministerio de Pablo y en el de las iglesias. Febe había “ayudado” a muchos. Priscila y Aquila eran “colaboradores” y expusieron sus vidas por Pablo. La conversión de Epeneto resultó en la salvación de otros en Asia. María *trabajó mucho*. Adrónico y Junias fueron a la cárcel con Pablo. Damos gracias a Dios por estos creyentes dedicados que cumplieron sus ministerios para la gloria de Dios. Sigamos sus pisadas.

Algunos enemigos que evitar (16:17-20). No todos estaban colaborando con Pablo en difundir el evangelio. Hubo algunos que, por razones egoístas, estaban dividiendo las iglesias enseñando falsa doctrina. Tal vez eran los mismos judaizantes que habían causado problemas a Pablo en otras iglesias (ve Filipenses 3:17-21). En vez de predicar la verdad, difundían su propia propaganda religiosa, usando el engaño y la astucia. Tenemos hoy en día el mismo

El Hombre en Acción

problema, y los creyentes deben tener cuidado de los falsos maestros. Vienen a la puerta con revistas, libros y cintas grabadas, tratando de convencernos de que están enseñando la verdad. Pablo da dos instrucciones: que nos fijemos (que los identifiquemos), y que los evitemos.

Es cuestión de obediencia al Señor y de testimonio para otros. El asunto no es el de hacer o conservar amistades, sino el de agradar al Señor y de mantener un testimonio consistente. El versículo 20 indica que estos falsos maestros en verdad vienen de Satanás, y que un día aun él será derrotado por completo.

Algunos siervos fieles que honrar (16:21-24). ¡Qué lista de héroes! Timoteo a menudo es mencionado en el libro de los Hechos y en las epístolas. Era *hijo* de Pablo “en la fe” y colaborador en muchos lugares difíciles (ve Filipenses 2:19-24). Lucio era pariente judío como lo eran Jasón y Sosípater. No podemos probar que Jasón sea el mismo que protegió a Pablo en Tesalónica (Hechos 17:1-9). Aquel Jasón tal vez era gentil.

Tercio era el secretario que escribió la carta dictada por Pablo. Gayo era el hombre en cuyo hogar Pablo vivió en Corinto. Primera de Corintios 1:14 dice que Pablo ganó a Gayo para Cristo y lo bautizó cuando fundó la iglesia en Corinto. Parece ser que había una congregación de creyentes que se reunía en su casa. Erasto tenía un cargo en la ciudad, tal vez era el tesorero. El evangelio alcanzó a todos los niveles de la sociedad; a la gente de categoría y a la gente común (I Corintios 1:26-31; 6:9-11).

El versículo 24 probablemente fue escrito por la propia mano de Pablo, ya que este era *su sello oficial* en cada carta (ve II Tesalonicenses 3:17,18).

La bendición final es la más larga que Pablo haya escrito. Refleja su ministerio especial a los gentiles. El

Justos

“misterio” se refiere al programa de Dios de unir a los creyentes judíos con los gentiles en un cuerpo: la iglesia (ve Efesios 3). Este era el mensaje por el cual los judaizantes perseguían a Pablo, porque querían mantener los privilegios de los judíos. Ambos, judíos y gentiles, en las iglesias de Roma necesitaban conocer cuál era el programa de Dios. En parte, Pablo lo había explicado en los capítulos 9 al 11.

Los creyentes son establecidos con la verdad; esto explica la razón por la cual Pablo escribió esta carta: explicar a los creyentes cual es el plan de Dios para la salvación a fin de que fueran establecidos, y que pudieran compartir la verdad con los perdidos. Después de todo, no podemos compartir con otros lo que no tenemos.

Esto significa que nuestro propio estudio de Romanos debe hacernos más estables en la fe, y más entusiastas para compartir a Cristo con otros. Y el resultado: “Al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre”.

¿Estás Descontento Con Tu Vida Espiritual?

Entonces, hallarás la ayuda que necesitas en esta hermosa exposición de la Epístola a los Romanos.

En ella el autor explica cómo puedes estar bien con Dios, con otros y contigo mismo.

Sin duda, la Epístola a los Romanos es uno de los libros más importantes de toda la Biblia. Dr. Wiersbe, conocido autor y predicador, dice: "Si entiendes la Epístola a los Romanos, tendrás la clave para entender el resto de la Biblia. Mejor aun, sabrás el secreto de la vida cristiana".



Literatura Evangélica para el Mundo Hispánico

Editorial Bautista Independiente
3417 Kenilworth Blvd.
Sebring, Florida 33870

ISBN 1-879892-06-5
EBI-WWW 525